

HARLEQUIN®

Recrea el tiempo para ti™

BIANCA®

160 ptas. • Argentina $2,70 • México $10,90

Lecho nupcial

Helen Bianchin

Lecho nupcial

Suzanne recibió con asombro la noticia de la boda de su madre. Y con más asombro descubrió que se casaba con el padre de su novio, Sloane, del que llevaba separada unas semanas. Para su horror, no le quedaba más remedio que asistir al evento con él pues, ¿cómo iba a explicar que su relación había terminado?

Sloane tenía su propio plan: durante el fin de semana de la boda simularían ser una pareja feliz. Lo que implicaba compartir una habitación... y una cama. En secreto, Sloane se proponía convertir el simulacro en la segunda boda del fin de semana...

Capítulo 1

DEBIA ser martes trece, decidió Suzanne mientras leía el inmaculado documento legal que reposaba sobre su mesa y subrayaba una cláusula que le pareció dañina para los intereses de su cliente.

Aquella mañana, Sydney amaneció con un día de perros y Suzanne se había levantado con el ulular del viento y una intensa y helada lluvia. Por supuesto, se empapó atravesando la calle que separaba su pequeño apartamento del garaje.

Su coche decidió entonces no arrancar. Llamó a su compañía y le hicieron saber que había una auténtica lluvia de llamadas y que nadie podría ir a rescatarla antes de una hora al menos. Dos horas después, supo el diagnóstico, la batería estaba agotada, y tardó una hora más en remplazarla y poder al fin conducir hasta su trabajo.

Como consecuencia de todo lo anterior, había llegado muy tarde al despacho de abogados del centro donde trabajaba desde hacía pocos meses. Lo que no había sentado muy bien a los dos clientes que llevaban horas esperándola. Tampoco su jefe, uno de los socios, apreció mucho que se hubiera perdido la temprana reunión del personal.

Y al entrar en su despacho, la esperaban llamadas sin atender, papeles amontonados sobre su mesa y tres citas retrasadas, una tras otra. El almuerzo había sido dejado de lado, por imposible.

A media tarde seguía luchando por recuperar el día, y aligerar un trabajo que amenazaba con desbordarse y obligarla a llevarse papeles a casa.

—Suzanne, tienes una llamada urgente por la tres

—la voz de la recepcionista parecía intimidada y vagamente culpable por haber roto la instrucción de no pasarle llamadas—. Es tu madre —añadió como justificándose.

Su madre jamás la llamaba al trabajo. Una mano de hielo apretó el corazón de Suzanne mientras tomaba el auricular:

—Georgia, pasa algo?

Una risa ligera rompió la tensión.

—Cielo, todo está bien. Es que quería que fueras la primera en conocer las noticias.

—¿Noticias, mamá? —Suzanne hizo un esfuerzo por mantener un tono alegre—. ¿Te ha tocado la lotería? ¿Has comprado un coche nuevo? ¿Te vas de viaje?

Hubo una pausa al otro lado.

—Has acertado en dos.

—¿Qué dos?

—Bueno, tesoro —comenzó Georgia con una risa encantada—. Efectivamente me marcho de viaje. A París, ¿qué te parece? Y me ha tocado la lotería, qué duda cabe.

—Qué maravilla —dijo Suzanne, asombrada. Georgia siempre estaba jugando a todos los juegos de azar posibles, pero nunca ganaba nada.

—Bueno, es una forma de hablar.

El tono ligeramente cauto de su madre hizo que Suzanne se dejara caer sobre el respaldo de su silla.

—No quiero adivinanzas, madre. ¿Qué ha pasado?

—Nada malo, cielo.

¿En qué se había metido su prudente madre?

—Estoy escuchando -dijo con un suspiro.

—Sé paciente, hija —la voz de su madre tembló un instante antes de lanzarse a un crescendo excitado—. Es todo tan reciente, que apenas lo creo. Y jamás te hubiera molestado en el trabajo, sino fuera porque no puedo esperar ni un minuto más.

—Dilo de una vez.

Hubo un silencio demasiado largo.

—Voy a casarme.

La alegría por oír algo positivo se mezcló al instante con el temor y la preocupación y Suzanne se mordió el labio. Su madre no salía con nadie. Tenía amigos, pero no un hombre en concreto.

—No sabía que salieras con alguien -dijo con lentitud y oyó la risa ligera de su madre al otro lado—. ¿Quién es y dónde lo has conocido?

—Nos conocimos en tu fiesta de pedida, cielo.

Tres meses. Sólo se conocían hacía tres meses.

—¿Quién es, mamá?

—Trenton Wilson Willoughby. El padre de Sloane.

Oh, señor. El calor se retiró del rostro de Suzanne y le enfrió la voz, que sonó helada.

—¿No hablas en serio? —«dime que es una broma», suplicó en silencio.

—Pareces... escandalizada —respondió Georgia con cautela, y Suzanne se esforzó en recuperar el equilibrio.

—Sorprendida —corrigió—. Es algo tan inesperado...

—A veces el amor surge de esta manera. Te enamoraste de Sloane en cuestión de semanas.

De tal palo, tal astilla.

—Sí —asintió con desgana. Sloane le había regalado un anillo de

brillantes, la había llevado de viaje inesperadamente y pedido que se instalara en su casa de la Bahía, antes de que ella tuviera tiempo de pensar, o al menos de recuperar el aliento. Cegada por una atracción ineludible, había accedido a todo.

—¿Cuándo os casáis? —necesitaba tiempo, al menos para explicar las cosas. Para contarle a su madre que ya no vivía con Sloane.

—Este fin de semana —Georgia parecía tremendamente emocionada.

Este fin de semana. La mente cansada de Suzanne intentó recordar qué día era. Miércoles. Aquello era una locura.

—No te parece que es...?

—¿Un poco repentino? —Terminó su madre—. Sí, cielo, me lo parece. Pero Trenton es un hombre muy convincente.

Suzanne tomó aire y lo soltó poco a poco.

—Estás segura, madre?

—Tanto como es posible estarlo —oyó un leve temblor en la voz de su madre—. ¿No vas a felicitarme?

Oh, vaya. No había logrado recuperarse del todo.

—Claro que sí. Y tienes todas mis bendiciones. Estoy feliz si tú lo estás —estaba diciendo tonterías, lo sabía, pero ya no podía detenerse—. ¿Dónde va a ser la boda? ¿Ya tienes vestido?

Georgia empezó a reír y probablemente a llorar, sospechó Suzanne.

—La isla Bedarra, el sábado por la tarde. ¿Te creerás que Trenton ha reservado todas las plazas de hotel de la isla para que tenerla sólo para nosotros? Tengo listo un vestido de seda color crema, con sombrero y zapatos a juego. Y queremos que Sloane y tú seáis testigos.

La isla Bedarra era una propiedad privada dedicada al turismo, situada entre un grupo de islas tropicales al norte de Queensland. Al menos tres horas de avión, además de la avioneta o barco a Bedarra.

—Trenton lo ha organizado todo para que vengáis el viernes por la mañana y os quedéis hasta el lunes.

Por supuesto la organización de Trenton incluiría el jet privado de la familia. Sloane, gimió Suzanne mentalmente.

Habían pasado tres semanas desde que salió de su casa, dejando una nota en la que explicaba brevemente que quería estar sola un tiempo. No decía la verdad, pues no hablaba de la existencia de una amenaza anónima que le exigía que rompiera su compromiso.

Una amenaza que no se había tomado en serio hasta que la

joven responsable de la misma se había lanzado en la carretera sobre el coche de Suzanne para mostrar la seriedad de sus intenciones, se había identificado después y había prometido repetir el intento homicida si no obedecía.

La secuencia de los acontecimientos había sido cuidadosamente planeada y ejecutada mientras Sloane estaba en viaje de negocios. Los insultos violentos de la joven habían hecho dudar a Suzanne sobre su estabilidad mental, y la habían hecho pensar que sería prudente salir de la casa de Sloane y mudarse a un piso al otro extremo de la ciudad.

Pero había subestimado a Sloane. Cuando ella se negó a contestar a sus llamadas, éste se presentó en su oficina, entrando sin anunciarse. Suzanne se había negado a dar explicaciones sobre su escueta nota de ruptura y Sloane mostró una cólera tan fría e hiriente que Suzanne estuvo a punto de echarse a llorar en cuanto lo vio salir por la puerta.

Y ahora no tendría más remedio que verlo de nuevo.

Suzanne colgó lentamente, tras despedirse de su madre, y se quedó mirando la pared. Georgia y Trenton, nada menos. ¿Era consciente su madre del lío que había armado?

Pero sería mejor no dejar que las dudas la paralizaran. Suzanne marcó el número del despacho de Sloane. Su premura sirvió de poco. Le indicaron que Sloane Wilson Willoughby estaba en un juicio y faltaría toda la tarde. Suzanne dejó su recado y colgó.

Le maldijo en voz baja. De poco le sirvió mascullar insultos a su suerte mientras intentaba concentrar- se de nuevo en sus documentos legales. Anotó las cláusulas que debían desaparecer, reformuló una frase, y escribió otra que faltaba. Después, entregó el documento a la secretaria para que lo rehiciera y enviara a su cliente.

La tarde estaba siendo una locura de ansiedad y trabajo, y cuánto más tiempo pasaba, más se tensaban los nervios de su estómago. Cada vez que sonaba el teléfono, se preparaba mentalmente para escuchar la voz de Sloane, pero siempre le anunciaban a otra persona.

¿Estaría haciéndola esperar a propósito? ¿Para hacerla sudar un rato? Fuera cual fuera su intención, estaba destrozando su sistema nervioso.

A las seis de la tarde, sonó su teléfono cuando estaba despidiendo a un cliente, y tras cerrar la puerta, corrió a contestar.

—Sloane Wilson Willoughby está en la dos —la información le llegó en la voz ligeramente emocionada de la recepcionista y

Suzanne alzó los ojos al cielo mientras esperaba.

Sloane tenía aquel efecto en la gente. Las mujeres, en particular, respondían de forma bastante tonta a su seductora voz y a su seductor nombre. Cuando lo tenían ante los ojos, el efecto se volvía dramático y las mujeres más sensatas se convertían en vampiresas sin escrúpulos.

Ella había pasado por lo mismo. Una parte de sí misma no dejaba de sentirse do1inte por lo que habían tenido y perdido.

Así que tomó aire antes de contestar:

—Sloane —dijo. Preguntarle por su salud le parecía algo terriblemente banal.

—Suzanne.

El saludo educado y frío rompió algo en su interior y tuvo que esforzarse en mantener la calma mientras volvía a sentarse.

—Georgia me ha llamado. Supongo que tu padre te ha dado la noticia.

—Sí —breve, claro y sin compromiso.

No iba a ponérselo fácil. Pero no había forma de escapar y era mejor afrontar los hechos.

—Tenemos que hablar.

—Estoy de acuerdo —asintió Sloane sedosamente—. Cenemos hoy —citó un restaurante en el centro y añadió—: A las siete y media.

Suzanne tenía que pasar otra hora en la oficina para no irritar a su jefe. Inició una protesta:

—No creo que pueda…

—El restaurante o tu casa —la voz de Sloane adquirió el tono de la seda al romperse—. Elige.

No vaciló.

—Las ocho —ante todo un lugar público, donde fuera posible mantener la cordura. La idea de Sloane entrando en su apartamento era más de lo que podía soportar.

—Muy bien.

No estaba bien, pero tampoco parecía que tuvieran otra opción.

Suzanne colgó el teléfono y se esforzó en atender a los documentos que tenía que leer y corregir.

De forma que eran más de las siete cuando logró llegar a su casa. En media hora estaba duchada, vestida, se había recogido el cabello húmedo en un moño informal, y aplicado con velocidad experta algo de maquillaje sobre sus rasgos cansados por la dureza del día. Rehizo el camino familiar al centro sin problemas, y entregó las llaves al aparcacoches. Con todo, llegó un cuarto de

hora tarde.

Suzanne empujó las puertas de cristal y entró en el vestíbulo del hotel. No tardó ni un segundo en localizar la figura conocida, vestida con traje oscuro, que la esperaba en medio del salón. Observó, con el pulso acelerado, cómo se levantaba ágilmente, desplegando su soberbio cuerpo de atleta y sus casi dos metros de altura. Miró otra vez el rostro lleno de personalidad, herencia de la familia, los penetrantes ojos negros y el cabello espeso, oscuro y ondulado. Se sorprendió, como siempre, de la sensación de poder que emanaba de él, unido a la sabiduría de un hombre que conoce bien las virtudes y los fallos de los seres humanos.

Sloane la observó a su vez mientras avanzaba hacia él, pendiente de sus gestos, captando cada detalle del traje de chaqueta rojo que enmarcaba su cuerpo pequeño, el cabello rubio recogido y los tacones que invariablemente llevaba para parecer más alta.

Poseía una feminidad innata que no siempre facilitaba la imagen de profesional que tan duramente intentaba lograr. Repasó las curvas dulces y femeninas, las piernas largas y bien formadas, la piel suave como

la seda y siempre dorada, los ojos azules, grandes y profundos y aquella boca por la que se podía morir.

Había probado las delicias de aquella boca, saboreado el placer de su cuerpo y había puesto un anillo de compromiso en su mano. Todo ello diez semanas antes de que se marchara de casa con una excusa en la que no había creído ni un solo instante.

—Sloane —Suzanne llegó hasta él y aceptó que la tocara el brazo a guisa de saludo. Se dijo que ya no era sensible al aroma limpio y masculino de Sloane, apenas mezclado con el perfume de una exclusiva colonia de hombre. Se repitió que era inmune a la sensualidad latente que parecía emanar de cada uno de sus poros.

Sloane miró sus rasgos pálidos y las ojeras profundas en su rostro menudo.

—¿Mucho trabajo?

La amabilidad de su pregunta no la engañó lo más mínimo. Simuló indiferencia y optó por bromear.

—Ahora me dirás que he perdido peso.

Sloane alzó la mano y acarició con el pulgar la mejilla de la chica, viendo cómo se dilataban sus ojos azules.

—Dos o tres kilos esenciales, diría yo.

La caricia era como fuego y Suzanne sintió que sus músculos se contraían involuntariamente.

—Eres juez, jurado y abogado en esto.

—Sólo amante —dijo Sloane.

—Ex amante —le corrigió ella y vio cómo la boca sensual de Sloane se curvaba con ironía.

—Yo no lo elegí.

Suzanne se apartó deliberadamente un paso y lo miró a los ojos valientemente.

—¿Pasamos al restaurante?

—No quieres beber algo primero?

Lo que quería era mantener las distancias y acortar los riesgos.

—No —pensó en cómo limar su aspereza—. No tengo mucho tiempo.

Hubo un claro humor, con un leve toque de amargura, en la pregunta que le hizo después, mientras iban a los ascensores.

—¿Dedicación al deber, Suzanne?

—Te basta saber que ha sido uno de esos días, y tengo que recuperar trabajo —explicó ella con menos humor.

Se abrieron las puertas y Suzanne le precedió en el ascensor. Eran los únicos ocupantes y Sloane alargó el brazo para dar al botón del piso.

Al hacerlo, rozó el brazo de Suzanne y ésta quiso ignorar la sensación erótica que le producía cualquier roce, aun involuntario. Se le aceleró el pulso y notó cómo se erizaba protectoramente el fino vello rubio de su brazo.

¿Se daba cuenta Sloane del efecto que tenía sobre ella? Esperaba que no fuera así, pues estaba dispuesta a aparentar indiferencia para facilitar las cosas.

El restaurante estaba lleno, pero el maitre los acompañó a la mesa reservada y llamó al camarero para que les atendiera.

Suzanne leyó la carta con interés y pidió la sopa del día, almejas y un pescado al horno como plato principal.

—¿Tenemos que mantener una conversación educada —dijo Sloane con ironía en cuanto desapareció el camarero—, o podemos ir directamente al grano?

Suzanne apartó los ojos del trozo de pan y se esforzó en aguantar su mirada.

—Lo de cenar fue idea tuya.

Era evidente la rabia sorda latiendo bajo el auto- control de Sloane.

—¿Qué esperabas? ¿Un telefonazo para quedar el viernes en el aeropuerto?

—Sí.

La sonrisa de Sloane carecía completamente de humor.

—Ah, sinceridad ante todo.

—Es uno de mis rasgos más admirables.

Les llevaron las bebidas y Suzanne bebió el agua con gas. En esos momentos, deseó haber pedido algo más fuerte. Una copa quizás la hubiera relajado. Observó cómo Sloane bebía con ganas su refresco antes de dejar el vaso y reclinarse en la silla.

—No has contestado a mis mensajes.

Era difícil aguantar su mirada, pero procuró hacerlo.

—No tenía mucho sentido.

—Difiero.

Era un leguleyo hábil y un brillante estratega. Era también famoso por su frialdad en los juicios. Cuando lo único en lo que estaba pensando era en tomarla por los hombros y sacudirla hasta que le dijera la verdad.

—Estamos aquí para hablar de nuestros padres, de su boda —dijo sensatamente Suzanne—. No viene a cuento realizar la autopsia de nuestra aventura.

—¿Autopsia? —Repitió Sloane con una amenaza velada—. ¿Aventura?

Iba a jugar con ella, como un animal depredador juega con su presa. Iba a esperar, a observar, calculando cada gesto, sin dudar de su capacidad de ataque. Hasta que se lanzara a matar. La única duda era cuándo.

Suzanne se puso en pie y tomó su bolso.

—He tenido un día horrible y tengo mucho trabajo—dijo con los ojos lanzando chispas—. No quiero jugar al gato y al ratón contigo.

Una mano se cerró sobre su muñeca y Suzanne tuvo que controlarse para no salir huyendo.

—Siéntate.

Ojalá se hubiera marchado en aquel momento. Pero tenía que pensar en Georgia. Por muy terrible que resultara el fin de semana, no podía faltar a la boda de su madre. Era impensable salir huyendo.

—Por favor —añadió Sloane, y sin hablar Suzanne se dejó caer en la silla.

Como si hubiera esperado la ocasión, el camarero apareció con la sopa. Suzanne la removió lentamente con la cuchara, agradeciendo el silencio.

Cuando el camarero retiró el primer plato, Sloane volvió al ataque, ordenando con simpatía:

—Cuéntame cómo ha sido tu día.

Suzanne le estudió con atención:

—¿Es interés genuino o un intento de mantener la conversación en un tono cordial?

—Ambas cosas.

Su leve sonrisa burlona era casi una negación y Suzanne se sintió profundamente ofendida.

—Hablemos del fin de semana -dijo.

—Espera, por favor. Ni siquiera hemos empezado el segundo plato.

A ese paso, iba a terminar el día con una indigestión, pensó Suzanne.

—El coche se negó a arrancar esta mañana y el taller tardó siglos en mandar a alguien. Me empapé y llegué tarde a trabajar —se encogió de hombros—. Más o menos, eso ha sido.

—Puedo enviarte uno de mis coches mientras arreglan el tuyo.

Una oleada de rabia sacudió la aparente calma de

Suzanne:

—Ni hablar. No harás tal cosa.

—Eres una cabezota -declaró Sloane con algo parecido al odio.

—Sólo práctica —y no quería ser vista con su Jaguar o su Porsche.

—Cabezota —repitió Sloane.

—Hablas como mi madre —respondió Suzanne con una sonrisa voluntariamente dulce.

—Dios no lo quiera.

La rabia volvió a la superficie y Suzanne- lo miró con ira:

—¿No te gusta Georgia?

—Lo que no me gusta es que creas que albergo algún sentimiento paternal respecto a ti —la corrigió Sloane con aire burlón.

Suzanne sostuvo su mirada y luego decidió atacar a su vez:

—Dudo mucho que te haya faltado algo en toda tu privilegiada vida.

Debió dar en el clavo, pues la burla despareció de su mirada.

—¿Excepto el amor de una mujer buena?

—La mayor parte de las mujeres se mueren por estar contigo -declaró Suzanne con cinismo.

—Se mueren por el prestigio de la casa Wilson Willoughby —corrigió Sloane sin rencor—. Por no hablar de la fortuna de la familia.

La mansión familiar con sus increíbles vistas sobre el puerto de Sydney, la flota de coches de lujo, los sirvientes. Sin mencionar la casa de Sloane y sus coches. Los apartamentos en las capitales

europeas. El barco de la familia, el avión privado de la familia.

Y luego estaba la firma Wilson Willoughby que dirigía Trenton y que era sin duda el más prestigioso bufete de la ciudad. Bastaba entrar en su amplio portal, observar los muebles antiguos y las pinturas contemporáneas para saber de la riqueza y el buen gusto de los dueños.

—Eres un cínico.

La expresión de Sloane no cambió.

—Un realista.

Llegaron los platos principales, y Suzanne saboreó la exquisita carne de las almejas en una salsa única, especialidad del restaurante.

—Ahora que has empezado a comer, ¿querrás un poco de vino?

¿Y dejar que se le subiera a la cabeza? Tenía que tener cuidado.

—Medio vaso —dijo con cautela y se propuso hacerlo durar toda la cena—. He oído que tienes un caso muy difícil.

Sloane se limpió la boca con la servilleta antes de dejarla sobre el mantel de hilo.

—Las noticias vuelan.

Todo lo que afectaba a Sloane Wilson Willoughby era noticia, fuera y dentro de los tribunales. El camarero les llevó el vino y Sloane le llenó medio vaso.

Les llevaron el plato siguiente y Suzanne admiró el pescado horneado con guarnición de verduras del tiempo y patatas. Parecía casi un sacrilegio estropear el cuadro y comenzó a probar bocados con delectación.

—¿Entiendo que Georgia tiene tu aprobación como futura madrastra?

Sloane la miró con detenimiento y calma. Ya parecía más relajada y sus mejillas habían recuperado el color.

—Georgia es una mujer encantadora. Estoy seguro de que ella y mi padre van a ser felices juntos.

La falsa dulzura de su tono puso en alerta a Suzanne, que lo miró con soma:

—Podría decir lo mismo de Trenton.

Sloane alzó su copa y dio un trago de vino antes de mirarla con intensidad.

—La pregunta sigue en pie... ¿que quieres hacer respecto a nosotros?

El estómago de Suzanne se encogió al instante y ganó tiempo:

—Qué quieres decir con esa pregunta?

—A menos que le hayas contado otra cosa a Georgia nuestros

respectivos progenitores creen que vivimos en una nube de felicidad prenupcial —Sloane recordó como si hablara con un niño obstinado —. ¿Vamos a pasar el fin de semana simulando que seguimos juntos? ¿O prefieres que echemos a perder su gran día contándoles que nos hemos separado?

Suzanne no quería pensar en su relación, ni despertar recuerdos que estaban a flor de piel. Ojalá pudiera olvidarlo, pero una pequeña voz burlona rió en su interior.

La ropa cara no disimulaba el cuerpo hermoso y lleno de sensualidad de Sloane. Durante muchas noches, había permanecido despierta en la cama, frustrada y recordando la sensación de estar en aquellos brazos, de recibir sus besos en lugares inimaginables, y escalar las cimas del placer con un hombre que conocía cada senda, cada travesía.

—Tú decides, Suzanne.

Lo miró y vio su carácter implacable bajo el aspecto encantador, como un hierro envuelto en terciopelo. Como abogado experimentado tenía el dominio de las palabras y del gesto. Lo había visto en acción y se había sentido admirada y fascinada. Y al mismo tiempo, había sabido siempre que tendría mucho que temer si se convertía en su enemigo.

Le estaba proponiendo una simulación y no entendía ni por qué consideraba la idea. Y sin embargo, ¿qué solución había?

No quería echar a perder la felicidad de su madre. No pensaba decir la verdad de momento, ni deseaba dar explicaciones.

—No es posible viajar a Bedarra y salir de allí en un solo día?

—No.

Era su única esperanza, teniendo en cuenta la fecha de la boda y la situación.

—¿No puedes mover algunos hilos? —probó de nuevo.

no?

—¿Te da miedo pasar un tiempo conmigo, Suzanne

—Preferiría reducirlo al mínimo —reconoció ella con su innata sinceridad.

—¿Qué hilos quieres que mueva?

—Sería mejor para mí llegar a Bedarra el sábado por la mañana y volver el domingo.

—¿Y defraudar a Trenton y a Georgia? —tomó su vaso y bebió de nuevo el excelente vino—. ¿No has pensado que a tu madre le gustaría tener tú apoyo moral y ayuda práctica antes de la boda?

Suzanne reconoció para sí que tenía razón.

—Pero podremos volver el domingo.

—No lo creo.
—Por qué?
Sloane dejó su copa sobre la mesa con innecesaria precaución.
—Porque yo no pienso volver hasta el lunes.
Lo miró con un sentimiento de rabia impotente.
—Estás complicando todo esto a propósito, ¿verdad'?
—Trenton lo ha organizado todo para salir de Sydney el viernes y regresar el lunes. No veo motivo para molestar a todo el mundo cambiando los planes.
Un ligero temblor recorrió la espina dorsal de Suzanne. Tres días, o más bien cuatro, para hablar con precisión. ¿Podría soportar tanta tensión?
—Quieres cambiar el plan, Suzanne?
Su voz sedosa, falsa, fortaleció su resolución y lo miró a los ojos.
-No.
—¿Puedo pedir tu atención para elegir postres?
El camarero había aparecido a tiempo y Suzanne concentró su atención en la tentadora y artística bandeja de pasteles y dulces que presentaba para su elección. Pidió una porción de tarta de chocolate y nata absolutamente pecaminosa y comentó, mirando al camarero:
—Esto es decadente. Tendré que hacer cientos de flexiones cada mañana para combatir las calorías. O correr más kilómetros.
Incluso cuando vivía con Sloane prefería salir a correr por las calles o el parque en lugar de permanecer en el gimnasio de su lujoso edificio.
—Se me ocurre algo infinitamente más agradable como ejercicio físico.
—¿Sexo? —era el vino lo que la hacía sentirse tan valiente? Con delicadeza propia de una dama, señaló las natillas que había pedido Sloane y añadió—: Deberías vivir un poco más, arriesgarte.
—¿Riesgo, Suzanne? —su voz era seda pura, con la entonación caliente que tanto éxito le reportaba en los tribunales.
Saber que probablemente perdería no impedía a Suzanne disfrutar de una pelea verbal.
—Figurativamente hablando.
—O es que te da miedo explicarlo más?
Los ojos de la joven estaban llenos de luz, brillantes de humor malévolo.
—Me refiero a hacer cosas inesperadas.
Pocas personas se atrevían a retarlo de aquel modo, y nadie lo hacía con la gracia de aquella rubia menuda y frágil.
—Define «inesperado».

Suzanne ladeó la cabeza.

—Ser menos… convencional.

—Crees que debería jugar más? —el énfasis sutil era intencionado y observó el pestañeo rápido de la mujer y el leve color rosado que cubrió sus mejillas. La miró mientras tragaba saliva y supo con satisfacción, que había acertado y que podía hundir un poco más la flecha—. Tengo un recuerdo muy vívido de cómo solíamos jugar juntos tú y yo.

Y ella también, pensó Suzanne y maldijo a Sloane por nombrarlo. Dejó la cucharilla sobre su plato.

—Si no te importa, podrías decirme qué has pensado para el viernes.

—Le he dicho al piloto que salimos a las ocho.

—¿Quieres que quedemos en el aeropuerto?

—¿No te parece que es llevar demasiado lejos la independencia?

—¿Para qué vas a conducir hasta mi casa para rehacer todo el camino de vuelta?

Algo brilló en sus ojos, pero fue inmediatamente disimulado.

—No me importa nada.

Claro que no. Era ella la que estaba complicando el asunto por pura perversidad.

—Iré a tu apartamento y dejaré mi coche allí durante el fin de semana —concedió.

Sloane inclinó la cabeza con asentimiento burlón.

—Si insistes.

Era una victoria mínima, y por instinto Suzanne supo que era la clase de victoria que no valía la pena ganar.

Sloane pidió café y luego pagó la cuenta. Después la acompañó mientras el portero acercaba su coche.

—Buenas noches, Suzanne.

Sus rasgos parecían extraordinariamente sombríos en la penumbra y su tono vagamente sardónico. Una imagen y una sensación que siguió en ella muchas horas después mientras intentaba en vano conciliar el sueño.

Capítulo 2

SI EL miércoles había sido malo, el jueves fue espantoso. Suzanne pidió y obtuvo dos días libres, lo que la obligó a reorganizar todas sus citas y consultas, dejar terminado lo más urgente, delegar lo inabarcable y gastar su hora de almuerzo en elegir algo apropiado para la boda de su madre.

La dedicación al deber hizo que se quedara unas horas de más y llegó a su casa a las nueve de la noche, muerta de hambre. Tuvo que cenar sin sentarse para poder hacer la maleta.

Necesitaba ropa elegante, de playa y de tarde, se dijo, mientras contemplaba su armario, contenta de conocer el estilo de vida de los Wilson Willoughby y saber que debía elegir lo mejor de lo mejor.

Podía olvidarse de los vaqueros, los pantalones cortos y las camisetas amplias. Tenía que ir directamente a la seda, los trajes de chaqueta, las camisas de moda, y el atuendo de tenis. Y por supuesto necesitaba bañadores, imprescindibles para la temperatura de las islas tropicales del norte.

Sabía que muchos de los invitados llegarían con tres maletas para contener lo que consideraban el mínimo indispensable para un fin de semana.

Suzanne logró meter todo lo necesario en una maleta mediana, que dejó en el suelo de su dormitorio, a

la espera de completarla por la mañana con el neceser y el pijama.

Por fin, fue al salón y con una bebida, se sentó ante la televisión, buscando en los canales con la esperanza de encontrar algo que despertara su interés. Un drama de abogados, deporte, una serie antigua, una película en blanco y negro, y un documental sobre los ritos satánicos. Apagó la televisión y tomó una revista atrasada para pasar el rato.

Estaba demasiado nerviosa para concentrarse y, después de diez minutos, se levantó, llevó la lata vacía a la cocina, y se desvistió para darse una ducha.

No era tarde, pero se sentía agotada y tensa, y sabía que sería buena idea meterse en la cama si quería estar más o menos fresca al día siguiente.

Sin embargo no pudo dormirse y estuvo dando vueltas y vueltas durante lo que le parecieron horas.

Al fin, harta de mirar al techo, se levantó y decidió que, puestos a mirar, prefería la televisión.

Allí despertó horas más tarde, con dolor de espalda, y la televisión mostrando las rayas grises de un canal sin programas. Miró su reloj en la semioscuridad y comprobó, con un gemido de angustia, que estaba a punto de amanecer. No valía la pena meterse en la cama para una hora de sueño, así que se estiró y fue a la cocina a hacerse un café.

Lo conveniente para el día que la esperaba era un atuendo cómodo y elegante y, tras tomar café y ducharse rápidamente, se puso unos pantalones de lino y un top de seda a juego. Apenas se maquilló, sólo un poco de color en las mejillas y un toque rosado en los labios. Un moño alto terminaría deshaciéndose, de manera que optó por dejarse el pelo suelto.

A las siete, añadió una chaqueta negra muy moderna, comprobó el gas y las luces, cerró la maleta y bajó a la calle.

En aquella hora temprana, el tráfico era todavía fluido, y disfrutó del paseo camino de la zona residencial del norte. Al acercarse al puerto, pudo observar el perfil de la ciudad, los edificios altos bañados en una neblina marina, que se mezclaba con la frialdad de un día de invierno que amenazaba lluvia.

Incluso las aguas del puerto ofrecían un aspecto amenazante, gris y verdoso, y los barcos que atravesaban las aguas parecían moverse con dificultad hacia sus destinos.

Una vez superado el puente, tardó poco en llegar a la atractiva zona de la Bahía Rosa. El apartamento de Sloane estaba en un edificio de pisos muy cerca de la curva de la bahía y dominándola.

Suzanne admiró los edificios antiguos, y los modernos chalets recién construidos, elevándose armónicamente a cada lado, entre la vegetación rica y cuidada, hasta que giró en la curva que llevaba a la casa de Sloane.

La estaba esperando fuera, su cuerpo elegante apoyado en el costado del Jaguar. Los pantalones cómodos, una camisa abierta y una chaqueta de sport habían sustituido el traje de chaqueta habitual y parecía la imagen misma del ejecutivo saludable en fin de semana.

Se veía que todas las prendas eran de diseño, y los zapatos eran italianos. No solía llevar ningún adorno, sólo un reloj dorado que debía tener un precio desorbitado, a juzgar por su sofisticada sencillez. Su guardarropa contenía una colección soberbia y, sin embargo, Sloane no era engreído ni vanidoso.

Suzanne detuvo el coche, salió de éste y se volvió a saludarlo.

—Buenos días, ¿no llego tarde, verdad? —sabía que era puntual pero no pudo evitar la pregunta.

La independencia le gustaba en todo el mundo, pero la fiera determinación de Suzanne era algo que lo sacaba de quicio. Sus ojos mostraron frialdad mientras la examinaba. Los pantalones beis y la chaqueta negra ponían en evidencia sus delgadas curvas y aumentaban la sensación de fragilidad de su cuerpo. El leve maquillaje no había logrado disimular sus ojeras. Por algún motivo, se sintió satisfecho al comprobarlo. Le hubiera molestado que Suzanne durmiera a pierna suelta mientras él sufría por el insomnio.

—Voy a meter tu coche en el garaje —dijo mientras le quitaba la maleta y la guardaba en su maletero.

En pocos minutos, aparcó el vehículo y volvió a ocupar el asiento del conductor del Jaguar. Arrancó suavemente y tomó la carretera del aeropuerto.

—El jet va a tomar tierra en Brisbane para recoger a Georgia y a Trenton.

Suzanne mostró su sorpresa.

—Pensé que Trenton vendría con nosotros desde

Sydney.

—Mi padre ha estado en Brisbane la última semana

—hizo una pausa y le dedicó una mirada de soslayo—. Para asegurarse, eso me ha dicho, de que Georgia no salía huyendo.

Georgia había tenido pocas relaciones, o ninguna. En su casa, no había habido amigos varones pasando la noche, ni «tíos» para Suzanne. Georgia había sido antes que nada una madre devota y una trabajadora incansable, diseñando ropa desde su propia casa.

Había un lazo indestructible entre ellas, basado en una comprensión tierna y profunda. Siempre había sido tratada como una igual por su madre.

Con cuarenta y siete años, Georgia era una mujer atractiva, con un cuerpo delgado y menudo, el cabello rubio, ojos azules y una naturaleza alegre y bondadosa como pocas. Se merecía ser feliz con una pareja igualmente entrañable.

—Desde Brisbane iremos directamente la isla Dunk, y de allí a Bedarra —siguió explicando Sloane.

Suzanne giró la cabeza y contempló el paisaje, las casas donde comenzaba un nuevo día. Las madres preparaban desayunos. los niños adormilados se vestían antes de salir hacia los colegios.

El tráfico se había ido haciendo denso y eran casi las ocho cuando Sloane entró en el aeropuerto, superó la Terminal principal y fue hacia la zona donde los esperaba el avión privado.

Suzanne se desabrochó el cinturón cuando detuvo el coche, e iba a salir cuando Sloane se inclinó hacia ella.

—Olvidas algo.

Contuvo la respiración mientras Sloane tomaba su mano y deslizaba en su dedo el anillo de pedida. Miró el solitario diamante y al alzar los ojos se encontró con los de Sloane.

—A Trenton y Georgia les extrañaría que no lo llevaras puesto —masculló él con odiosa dureza.

Comenzaba la farsa. Una carcajada ligeramente histérica nació y murió en su garganta. ¿A quién quería engañar?

—Va a ser un fin de semana glorioso.

—Desde luego.

—Sloane —vaciló, temiendo hablar, pero decidida a establecer algunas reglas—… No irás a…

Sus ojos eran demasiado oscuros, demasiado inteligentes.

—No iré a qué, Suzanne?

—Sobreactuar.

Su expresión no cambió lo más mínimo.

—Define sobreactuar.

Ojalá se hubiera callado. Una pelea verbal con él era una batalla perdida y además iba a darle ideas perversas.

—Preferiría que el contacto físico fuera el mínimo.

Esta vez los ojos negros brillaron con humor.

—Asustada, Suzanne?

—¿Por eso? Ni lo sueñes.

Sloane no pestañeó y Suzanne sintió que su corazón se detenía.

—Pues quizás deberías estarlo —amenazó con dulzura.

Un escalofrío recorrió su piel. Tenía que detener aquello. Llamar a su madre y explicarlo todo.

—No —dijo Sloane—. Ya iremos viendo.

—¿Lees la mente?

—La tuya es transparente.

Lamentó considerablemente que adivinara su estado de ánimo. Con cualquier otra persona podía dominar sus gestos, y mostrarse impenetrable. Pero Sloane sabía atravesar cualquier muralla que ella erigiera ante él.

Deseó fervientemente que fuera lunes y estuvieran de regreso. Que el fin de semana fuera sólo un recuerdo.

Un avión privado, de forma estilizada y con las letras WW en el costado, esperaba a que subieran. Sloane llevó sus maletas y saludó al piloto antes de entrar.

El interior era lujoso, cómodo, limpio, la posesión más cara de

un hombre rico.

Una azafata delgada y guapa los recibió en la cabina.

—Si no les molesta sentarse y atarse los cinturones, estamos listos para despegar.

Fue a la puerta para asegurarla, comprobó que los pasajeros estaban cómodos y habló con el piloto por el interfono.

Comenzó el sonido de los motores y el avión se dirigió hacia las pistas. En pocos minutos estaban surcando el cielo, en dirección norte, intentando ver a través de las nubes la línea de la costa.

—¿Zumo, té o café?

Suzanne optó por el zumo de naranja mientras Sloane pedía un café, y tras servirles, la azafata se refugió en la zona de atrás.

—¿No sacas el portátil? —Preguntó Suzanne, extrañada de que Sloane no dedicara las horas libres al trabajo—. ¿Ni los documentos para leer?

Sloane la miró con intensidad.

—Ambos están en la maleta. Pero me parece que me vendrá bien un descanso.

Lo había dicho con indolente ironía.

—No me molesta si te pones a trabajar.

—Y así no tendrías que hablar conmigo, ¿no es eso?

Suzanne le dedicó una sonrisa lenta e hipócrita:

—Cómo lo has adivinado?

Los ojos de Sloane se estrecharon apenas.

—¿No crees que deberíamos ponernos de acuerdo sobre lo sucedido en las tres últimas semanas? —Se reclinó cómodamente en su asiento—. Los pequeños detalles, como las películas que hemos visto, el teatro, las cenas con los amigos.

Residencias separadas y vidas separadas. Días de trabajo y ansiedad, noches solitarias y tristes.

No era precisamente una narración alegre, se dijo Suzanne, incapaz de evitar la comparación con los días felices y vivos que había compartido con él. Todo había sido una sucesión de cenas, fiestas, o noches de intimidad en su piso. Noches llenas de amor, un cuerpo fuerte y cálido que abrazar, y el despertar cada mañana entre sus brazos, con sus besos.

Algo le apretó las entrañas y tuvo que cerrar los ojos, abriéndolos al instante para expulsar la nostalgia.

_Suzanne?

Era esencial mantener la mente clara, y Suzanne lo miró a los ojos, reconoció la expresión enigmática y pudo sonreír.

—Sí, claro —dijo, recordando que había ido una vez al cine. Citó la película y le contó el argumento—. ¿Y tú? Supongo que has tenido una loca vida social.

—Razonablemente tranquila —apuntó Sloane—. Decliné asistir a una cena de los Parkinson —sostuvo su mirada—. Conté que tenías una gripe.

—¿Y que hemos hecho el resto del tiempo?

Su expresión recuperó la malévola alegría.

—Cenamos juntos, o nos quedamos en casa.

Suzanne recordó de nuevo lo que sucedía entre ellos, de manera inevitable, cuando se quedaban en casa. El juego erótico que comenzaba en cuanto se encontraban en la casa, bebiendo en la copa del otro, cocinando juntos, tomando una copa en el salón con una película que nunca terminaban de ver. El roce de los dedos, los labios buscando la piel más sensible, el despertar sensual que prometía una pasión sin fin y un acuerdo perfecto entre dos seres que gozaban uno del otro en todos los sentidos.

A veces no había juego erótico, sino la más salvaje pasión, las bocas buscándose y las manos deshaciendo nudos y botones con la urgencia de encontrar la piel. A veces incluso lograban alcanzar el dormitorio.

Suzanne mantuvo su mirada, luchó contra el nudo en su garganta y decidió no responder a su provocación. De nuevo, quiso ser frívolamente, sin lograrlo. No tenía otra opción que callarse. Si abría la boca, saldría un sonido ahogado, inarticulado.

Contempló la oscuridad de sus ojos, un brillo de deseo rápidamente ahogado y quiso morir al ver cómo sus labios se curvaban con sensualidad.

—Recuerdos, Suzanne?

Tenía que hablar con ligereza, con humor. Para que nunca supiera lo que sentía.

—Algunos recuerdos fueron buenos, muy buenos —se lo merecía, por jugar con ella. Por otra parte, había recuerdos que era mejor olvidar. Como la maldad de algunos de sus congéneres de clase social.

Oh, Dios mío. Estaba metiéndose en aguas profundas con cada pensamiento. Si apenas llevaba una hora con él, ¿cómo terminaría tras un fin de semana?

Agarró una revista de la bolsa delantera y comenzó a pasar páginas hasta que encontró un artículo que la interesó. O al menos podía fingir que la interesaba en el corto vuelo hasta Brisbane.

Sintió alivio cuando el avión aterrizó al fondo de la Terminal de

Brisbane. Suzanne contempló una limusina que los esperaba. El padre de Sloane salió en cuanto pusieron las escaleras y pudo subir.

—Buenos días.

Trenton se movió con agilidad para abrazarlos. El parecido entre padre e hijo era evidente, el cuerpo similar, aunque el de Trenton un poco menos atlético y con una incipiente barriga.

Era un hombre amable, ingenioso, con un aspecto afable que ocultaba un ojo implacable para los negocios.

Suzanne se puso en pie y se dejó abrazar por su supuesto suegro y padrastro.

—Suzanne, qué alegría verte, cariño —dijo mientras la soltaba y sonreía a su hijo—. Sloane, Georgia está haciendo una llamada desde el coche —su sonrisa se amplió y sus ojos brillaron con humor mientras añadía—: Preparativos de última hora para la boda. Podéis bajar a charlar con ella mientras me ocupo de que suban el equipaje.

Georgia se estaba pintando los labios cuando Suzanne se deslizó en la parte trasera de la limusina y besó la mejilla de su madre.

—¿Nerviosa?

—No —negó su madre—. Pero necesito que alguien me diga que no estoy haciendo el idiota.

Georgia había enviudado al poco tiempo de casar- se, quedando a cargo de una hija que apenas recordaba a su padre, atropellado en una noche oscura por un conductor borracho. La vida no había sido dura para ellas en un sentido material, pues mucho trabajo y un presupuesto estricto habían permitido confort e incluso algún capricho.

—No es una tontería -dijo Suzanne.

Georgia pareció ansiosa mientras acariciaba la mejilla de su hija.

—Hubiera preferido que nos casáramos después de tu boda con Sloane. ¿No te importa, verdad?

Era difícil mantener una expresión neutra ante la oleada de remordimientos que sintió al escuchar a su madre y tener que mentirle.

—No seas tonta, mamá -dijo dulcemente—. Sloane tiene un juicio tras otro. No podemos hacer planes hasta que tenga unas semanas de respiro —intentó parecer ligera y lo logró—. Y además no creo que Trenton hubiera permitido ningún retraso.

—No —rió Georgia.

Trenton tendió la mano. Suzanne la aceptó y salió del coche, mirando mientras ayudaba a salir a Georgia y le dedicaba un guiño burlón.

—Es hora de embarcar, querida.

Los tres subieron al jet y en pocos minutos habían despegado de nuevo y se encontraban en una cabina íntima, en un ambiente íntimo y con un énfasis particular en la intimidad. Tardó pocos minutos en darse cuenta de que Trenton estaba tan enamorado de Georgia como ella de él.

Cualquier duda que Suzanne pudiera seguir teniendo se evaporó, pues había entre ellos una química y una complicidad enternecedoras.

Una voz interior, sardónica, le recordó que ella poseía una intimidad similar con Sloane.

En cuanto se encendieron las luces que permitían desabrocharse los cinturones, Trenton se puso en pie y sacó una botella de champaña del pequeño bar del avión.

—Se impone un brindis, ¿no os parece? —quitó el tapón y comenzó a servir las copas de cristal con el champán francés antes de alzar la suya—. Por la salud, la felicidad —miró a Georgia y luego a Sloane y Suzanne con una sonrisa confiada—... Y por el amor.

Sloane chocó el borde de su copa con la de Suzanne. Sus ojos expresaban una ternura que la dejó sin aliento.

«Ten cuidado», se dijo. «Es puro teatro». Y porque recordaba que era una farsa, fue capaz de dedicarle una sonrisa adorable antes de volverse hacia su madre y Trenton.

—Brindo por vosotros.

El alcohol antes de la comida no era un hábito en Suzanne y decidió que la locura del champán no era un inicio prudente de un largo día. Afortunadamente, aparecieron canapés y sándwiches como por encanto y eligió uno mientras mojaba los labios en el champán.

Sloane le retiró un mechón de la cara con un gesto deliberadamente evocador. Le encantaba ver cómo se dilataban sus pupilas ante sus gestos, como se estremecía muy levemente su piel...

Iban a ser cuatro días muy interesantes. Y tres noches, contó con malévolo placer. Tiempo suficiente para descubrir unas cuantas cosas.

Suzanne sintió que se atragantaba con el canapé. ¿Estaba loca? Lo que había parecido la única solución lógica se presentaba ahora como un paseo por un campo minado.

Capítulo 3

LA ISLA de Bedarra parecía una joya verde en un mar color zafiro. Hermosa y secreta, era un enclave de belleza natural al que sólo se llegaba por barco desde la isla de Dunk.

A primera vista parecía completamente recubierta por la vegetación. Sólo cuando se acercaron lo suficiente, Suzanne pudo distinguir el tejado rojo de una villa casi oculta por el denso follaje, y luego otra más.

Supo después que había dieciséis casas privadas en toda la isla, que sólo se podía caminar para desplazar- se, y que los precios eran muy caros. Admiró la hermosura del agua mientras la lancha avanzaba hacia la isla. Aquel era un lugar único, un paraíso a salvo del ruido y el caos de la vida urbana.

Una percepción sensorial agudizada la alertó de la cercanía de Sloane, y se quedó quieta, tensa, mientras él ponía una mano a cada lado de la balaustrada, encerrándola así entre sus brazos.

No la tocaba, pero Suzanne percibía intensamente los pocos milímetros que separaban sus cuerpos, y lo fácil que sería reclinarse sobre su pecho.

Cerró los ojos para rechazar el recuerdo poderoso de momentos similares, cuando estaban juntos. Mirando las luces de la ciudad dormida desde la terraza del apartamento; o bien en la cocina, mientras ella intentaba cocinar un plato. En todas las ocasiones, Sloane la había abrazado por detrás y besado la nuca, la garganta, el lóbulo de la oreja.

En aquellos momentos, se había vuelto, exaltada por la caricia, girando entre sus brazos para besarlo, con lentitud, o con hambre. Inevitablemente, terminaban en la cama, dedicados horas a su juego favorito.

Suzanne apretó el pasamanos mientras la embarcación perdía velocidad y se dirigía hacia el pequeño puerto. ¿Estaría Sloane recordando lo mismo que ella? ¿O acaso no sentía ninguna emoción y sólo jugaba a ponerla nerviosa?

Tendría que dominar su fantasía o iba a terminar con una crisis nerviosa.

—Tenemos que desembarcar.

Sintió en su piel el movimiento de Sloane para alejarse y la magia del momento fue interrumpida por las voces unidas de Georgia y Trenton.

—Es precioso —comentó con sencillez Georgia mientras seguían el camino hacia el hotel.

—Muy íntimo —añadió Trenton—. Con total privacidad y ningún periodista.

Y para eso Trenton hubiera pagado cualquier precio, pensó Suzanne, que había vivido en carne propia lo difícil que era salir a cenar con Sloane sin verse asaltados por algún fotógrafo o periodista especializado en la alta sociedad.

Una serie de exóticas telas de la región decoraban con sus colores chillones el vestíbulo de madera del hotel.

El gerente los recibió con calor, inscribió sus nombres con profesional celeridad y les dio las llaves de sus bungalows individuales antes de hacer que los acompañaran hasta ellos.

Suzanne se sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Por supuesto que iba a compartir habitación con Sloane. ¿Qué había creído? ¿No se suponía que vivían juntos?

—Nos vemos en el salón para comer —dijo Trenton echando un vistazo a su reloj—. Os parece... ¿en media hora?

Fueron juntos por el camino entre árboles y flores dejaron a Trenton y Georgia en su bungalow y siguieron hasta el suyo.

Suzanne oyó los gritos de los pájaros en las copas lejanas de los árboles y se preguntó cómo serían, si habría loros de vistoso plumaje, o pájaros blancos de lento vuelo marino.

Sloane abrió la puerta y dejó entrar a Suzanne, que esperó a que cerrara antes de volverse hacia él.

—Lo sabías, ¿verdad? —preguntó con rabia apenas disimulada.

—Qué estaríamos juntos? Claro —la miró con seriedad—. ¿No esperarías que nos instalaran por separado?

Miró cómo Sloane se movía por el cuarto y deseó tirarle algo a la cabeza.

—Y por supuesto, no habrá otro cuarto libre.

Sloane se volvió hacia ella, mirándola con paciencia.

—Aunque hubiera cuartos, tendríamos que seguir juntos

—La imagen perfecta de la unidad -dijo Suzanne con humor pesado y vio cómo Sloane alzaba una ceja.

—Creo recordar que estábamos de acuerdo en que era la mejor opción.

En un momento de locura en que había puesto los sentimientos de su madre por delante de los suyos

Suzanne miró las dos camas y el baño y suspiró ante la perspectiva de la forzada convivencia. Y apenas habían empezado, se dijo con desesperación.

—Qué cama prefieres? —preguntó en tono civilizado y neutro, para establecer algunas reglas. Las reglas eran una buena cosa,

ponían límites y establecían distancias, y cumpliéndolas a rajatabla quizás sobrevivieran al fin de semana.

Sloane la miró reflexivamente.

—¿No quieres compartirla?

—No —no quería ni pensar en ello, no se atrevía a pensar en ello. Ya era bastante malo tener que compartir habitación con él.

Y compartir la misma cama era imposible, salvo que tuviera ganas de una aventura. Y no era así. Para ella el sexo significaba intimidad, sensualidad y amor. No era un ejercicio físico.

Sloane observó su rostro expresivo, percibió su lucha, y reconoció sus ocultos argumentos.

—Qué pena —dijo.

Las pestañas de Suzanne se alzaron nerviosamente y sus ojos brillaron de indignación.

—¿No esperarías que aceptara?

—No —su sonrisa era ahora sardónica y había en sus ojos un juego seductor cuando le tocó la punta de la nariz—. Pero te pones tan guapa cuando te enfadas.

Maldito tipo. Suzanne tomó aire para no empezar a insultarlo.

—Creo -dijo con el gesto duro—... que deberíamos evitar provocarnos, o podemos terminar a golpes.

—Verbales, claro.

La burla ligera terminó de enfadarla.

—Físicos, si no tienes cuidado.

—Eso parece interesante —rió Sloane, guiñando sus ojos tan oscuros como debían ser los del demonio—. Te advierto algo, Suzanne. No esperes que actúe como un caballero.

Aquella conversación llevaba un mal camino y Suzanne quiso dejarla de lado. Con deliberada y costosa calma, observó las dos camas, intentó imaginar el enorme cuerpo de Sloane en la pequeña, y dijo:

—Puedes quedarte con la cama grande.

—Muy generosa.

—La mitad del armario es para mí, y tenemos derecho al mismo tiempo de baño.

Una sonrisa perezosa curvó los labios de Sloane.

—Hecho.

Lo miró con recelo. La tranquila aceptación de sus normas era algo... inesperado.

Llamaron a la puerta y Sloane descendió sin prisas para abrir a un camarero que les llevaba las maletas. Después, llevó ambos bultos al dormitorio y los dejó en el suelo.

—Voy a deshacerla -declaró Suzanne, deseando hacer algo práctico.

Pero no dejaba de pensar en Sloane, que repetía sus gestos con su propia ropa mientras colgaba las prendas más delicadas en el armario, guardaba la ropa interior en un cajón, y los utensilios del baño en una de las baldas.

—¿Quieres que demos algo a planchar?

—No -dijo Suzanne mientras observaba cómo Sloane preparaba un traje y dos camisas, los metía en la bolsa adecuada y la dejaba sobre la cama para que la recogiera el camarero.

-Cuando estés lista nos reuniremos con Georgia y Trenton.

Suzanne sólo necesitaba cepillarse el pelo y retocar sus labios.

—Dame unos minutos —dijo.

En el baño se miró al espejo con espíritu crítico. Tenía los ojos sombríos y estaba demasiado pálida. Unos toques de colorete, rimel y barra de labios añadieron a su rostro el color que faltaba y decidió recogerse el cabello en un moño informal sobre la cabeza.

Su mano se dirigió automáticamente al frasco de perfume que Sloane le había regalado, pero vaciló y se retiró sin culminar el gesto.

¿Y por qué no?, se dijo. No pretendía seducir a nadie, sólo adoraba ese aroma. Y si Sloane malinterpretaba su gesto, peor para él. Tomó el perfume y se roció las muñecas y el escote, sintiéndose mucho mejor.

Sloane la miró con objetividad cuando salió del baño, luego tomó sus gafas de sol, le tendió las suyas y la precedió por la escalera y fuera de la villa.

Suzanne no dejaba de sentir la proximidad del cuerpo masculino mientras recorrían el paseo hasta el restaurante. Era como un imán que arrastraba algo en su interior, despertando emociones que no quería confesar.

—¿Tienes hambre?

El sol los acariciaba y una brisa fresca atemperaba el calor. Suzanne sonrió ampliamente:

—Sí.

Hubo un brillo en los ojos oscuros de Sloane, y una risa breve antes de tomarle la mano y llevársela a los labios.

El estómago de Suzanne se encogió ante la intimidad del gesto y maldijo la forma en que sus sentidos se ponían en tensión.

Intentó soltar su mano sin éxito.

—Es un poco prematuro montar estos numeritos, ¿no crees?

—Estamos en un lugar público y no sabemos quién puede vernos

o oírnos.

La diversión de Sloane la irritó y dijo:

—Estás pasándolo muy bien, ¿verdad? Sloane alzó la ceja.

—Es una rara oportunidad de ganarte una mano

—bromeó ambiguamente.

—No te pases, Sloane —amenazó en voz baja y recibió una sonrisa irónica en respuesta.

—Tienes demasiada imaginación.

Desde luego. Ese era el problema.

El restaurante era espacioso y las mesas estaban en el interior, o fuera, protegidas del sol por un techo de caña. Era un lugar hermoso y lleno de paz, abierto sobre la curva de la bahía, y las ondulaciones verdes de la isla que proporcionaban una sensación de lejanía.

—¿Prefieren dentro o en la terraza?

—La terraza —respondió Suzanne sin vacilar.

Georgia y Trenton no habían llegado y eligió una mesa protegida de los rayos del sol.

Observó a Sloane tomar asiento junto a ella y agradeció la protección de las gafas de sol. Así era mucho más fácil manejar la situación.

Aunque la idea la hizo sonreír para sí. ¿A quién quería engañar? Nunca era fácil manejar nada con él. Esa era su prerrogativa. El control, que algunos llamarían manipulación, era un talento que había llevado a la excelencia en los foros públicos. En su vida privada añadía encanto y seducción a ese rasgo mortífero.

—¿Agua mineral?

Miró a Sloane, cuyos ojos estaban también ocultos por las gafas, y sonrió.

—Un zumo de naranja.

La curva generosa de su boca se relajó y el humor tomó el control de sus rasgos.

—¿Lo prefieres, Suzanne, o es por llevarme la contraria?

—¿Por qué haría yo eso, Sloane? —Respondió rápidamente Suzanne—. ¿Cuando se supone que en los tres próximos días tenemos que proyectar una imagen de armonía y celebración?

—¿Por qué entonces?

Su tono era sedoso, pero indicaba que no llevara demasiado lejos sus provocaciones o el juego que ambos habían decidido jugar podría terminar.

Una joven camarera les tomó nota, su sonrisa brillante, la expresión levemente nerviosa mientras miraba con demasiada

juvenil insistencia los rasgos atractivos de Sloane.

Suzanne sintió un sobresalto de algo que se negó a llamar celos. ¿Por qué reaccionaba su cuerpo de manera tan visceral ante aquel hombre cuando había decidido expulsarlo de su mente?

Una cosa era conservar la frialdad cuando hablaban por teléfono y otra muy distinta mantener las barreras erigidas cuando lo tenía en frente y sentía que todos los muros podían terminar reducidos a polvo.

La conversación era un terreno más seguro que el silencio.

—Cuéntame cómo es el caso en el que estás metido.

—¿Te interesa de verdad, Suzanne?

Su impertinencia hizo saltar a Suzanne.

—Qué prefieres? ¿Una educada disertación sobre el tiempo?

—Podrías tratar de darme una versión auténtica de lo que te empujó a dejarme.

Directo al cuello. Tendría que mostrarse frívola, pues no había otra salida.

—¿Y arriesgarnos a que Georgia y Trenton se presenten en mitad de una encendida pelea?

Sloane se puso las manos bajo la nuca y estiró las piernas.

—Mi querida Suzanne, rara vez tengo la necesidad de alzar la voz.

¿Por qué enfadarse cuando podía utilizar las palabras como un bisturí para diseccionar la verdad y desnudar al oponente? La rabia y el enfado habían sido el monopolio de ella cuando se sentía en inferioridad de condiciones.

—No es el momento ni el lugar.

La reaparición de la camarera interrumpió la conversación y Suzanne observó cómo la joven colocaba con deliberada lentitud los dos vasos largos con zumo de naranja y agua mineral sobre los posavasos de colores.

—Si necesitan algo más, llámenme —la sonrisa de la joven era una invitación dirigida exclusivamente a Sloane y flotó en el ambiente cuando regresó al bar.

—Oh, Dios —suspiró Suzanne con falsa dulzura—. Si ni siquiera tienes que mover un dedo.

La sonrisa de Sloane tenía un punto de dureza.

—Supongo que tengo que agradecerte que notaras que no he intervenido lo más mínimo.

«Noto todo lo que te concierne», pensó Suzanne para sí. Tomó su vaso y bebió un trago del zumo.

—Pues parece... muy dispuesta.

Sloane dejó de sonreír.

—Olvidas —comentó con perversidad— que estoy contigo.

Las palabras eran simples, pero el mensaje no lo era.

Hizo un esfuerzo por alzar la ceja con gesto burlón.

—Estamos al principio del viaje y ya nos estamos peleando todo el tiempo. ¿Cómo estaremos después de cuatro días?

El humor de su sonrisa era tan evidente a pesar de las gafas de sol que Suzanne sintió un dolor en el estómago que tuvo que llamar angustia.

—No lo sé —comentó con indolencia—. Estoy más bien interesado en el desarrollo de los acontecimientos

—Alzó el vaso y lo chocó ligeramente con el de Suzanne—. Por nosotros.

—No hay ningún nosotros —declaró Suzanne, implacable.

—¿En serio?

Suzanne se quitó las gafas y le lanzó una mirada furiosa.

—Acércate demasiado y verás que muerdo.

—Ante tal amenaza, me retiro.

Lo haría, por supuesto, dejando claro al mismo tiempo que podía perder batallas pues estaba seguro de ganar la guerra. La idea la escandalizó y preparaba una respuesta hiriente cuando Sloane advirtió:

—Georgia y Trenton acaban de entrar.

Suzanne se puso las gafas y sonrió a su presunto amor con dulzura, contenta de poder disimular sus emociones tras los cristales oscuros. Por su parte, Sloane se inclinó hacia ella y le hizo una caricia en la mejilla.

Una acción obvia en su significado, que indicaba que pensaba sacar ventaja de cualquier situación en la que ella estuviera indefensa. Pero si estaba dispuesto a jugar con ella, el juego tendría que ser justo, pensó Suzanne con deseos de venganza.

Con tranquilidad tomó la mano de Sloane y se la llevó a la boca y muy despacio, mordisqueó un dedo, y luego mordió con fuerza.

El triunfo, aunque breve, valía la pena. La mirada de Sloane, prometiendo devolverle la provocación, así lo decía.

—¿Verdad que es un lugar idílico? —dijo Georgia sentándose junto a su hija.

—Maravilloso —dijo Suzanne con ligereza. Valía la pena pasar por cualquier cosa con tal de ver a su madre tan feliz.

—Ya lo tengo todo dispuesto con el personal del hotel —explicó Trenton nada más sentarse.

La camarera apareció a su lado, ambos pidieron bebidas, y la

joven se marchó de nuevo.

—Todo está bajo control.

¿Cómo podía ser de otra forma?, pensó Suzanne. Bastaba el nombre de Wilson Willoughby para que todos los presentes se pelearan con tal de agradarlos.

El éxito no solía acompañar a los inseguros, cobardes o ineptos. Y nadie podía acusar a Trenton o a Sloane de tener alguno de aquellos defectos. En realidad la palabra que mejor los definía era el poder. Como todo poder, había algo implacable en él, y repulsivo, se dijo Suzanne y a un tiempo sintió la paradoja de su propia postura pues no dejaba de admirarlo.

—¿Cuándo llegan los invitadas?

—Mañana por la mañana. El barco va a hacer un recorrido para traerlos desde la isla Dunk.

La comida consistía en marisco de entrada, seguido por pescado frito con ensalada y una variedad de frutas exóticas de postre.

—¿Conozco a todos los invitados? —Suzanne procuraba mantener la conversación en un tono grato, pero no pudo evitar la punzada de pánico en su estómago.

Sloane la miró con interés, pero no dijo nada.

—Seguro que sí —respondió Trenton con una sonrisa relajada. Fue nombrando a todos y Suzanne sintió que la tensión la atenazaba mientras esperaba un nombre en concreto, disolviéndose en el aire cuando comprobó que no estaba en la lista.

Sloane parecía no perderse ninguno de sus gestos, por sutiles que fueran. La observaba como un animal de presa, esperando que cometiera un error para atacar.

—¿Nos vamos? —Georgia sonrió débilmente—. Necesito terminar de sacar las cosas y comprobar que todo está en orden.

Sloane se puso en pie y apartó la silla de Suzanne, que lo había imitado. Rozó su brazo con la mano y la joven sintió la oleada inmediata de sangre en su rostro, pero nada podía hacer mientras Sloane la tomaba por la cintura y la dirigía tiernamente hacia la salida.

Aunque la tentación de sacudirse y liberarse fuera intensa, tenía que reprimirse. Con cierta desesperación se volvió hacia su madre.

—¿Necesitas que te ayude esta tarde a preparar las cosas?

«Di que sí», por favor, rogó en silencio sabiendo que nadie, y mucho menos su radiante madre, atendería su ruego. La ley de Murphy había dominado su vida desde aquel miércoles de lluvia en que contestó al teléfono.

—Oh, gracias, cariño. Pero no hace falta.

Por supuesto. Trenton lo había organizado todo antes de dejar la ciudad, y en aquella isla idílica había sirvientes de sobra para atender a cualquier deseo o capricho de Georgia.

—Los últimos días han sido una locura —continuó Georgia dedicándole una mirada tierna a Trenton—. Y ahora sólo tengo ganas de relajarme —la ternura se acentuó y se acompañó de una sonrisa alegre—. Debéis aprovechar para recorrer la isla y conocerla. Podemos vemos para tomar una copa antes de la cena. ¿Qué tal a las seis?

Había poco que añadir al plan de Georgia, y Suzanne tuvo que aguantar el firme abrazo de Sloane hasta que estuvieron solos en el bungalow y pudo soltarse.

Observó el salón elegantemente decorado y fresco, y sintió que necesitaba escapar de allí.

—Me voy a pasear —dijo y subió al dormitorio. En el baño se cambió, poniéndose pantalones cortos y una camiseta sin mangas, así como zapatillas para caminar.

—Voy contigo.

El tono autoritario la detuvo en seco y se giró para mirarlo.

—Y si no quiero que vengas?

—Iría de todos modos.

La rabia tiñó sus mejillas pálidas de fuego y añadió un brillo peligroso a sus ojos.

—Vas a intentar que esto sea infernal, ¿verdad?

El llegó hasta ella en dos pasos.

—Todo lo que hagamos este fin de semana lo haremos juntos, ¿lo entiendes?

—¿Todo, Sloane? —alzó la barbilla, retándolo—. ¿No es eso demasiado literal?

Los ojos oscuros que la miraban desde arriba se endurecieron un instante y Suzanne procuró no pestañear mientras él alzaba la mano y le acariciaba la mejilla con algo parecido a violencia contenida.

—Estamos de acuerdo en mantener las apariencias durante un par de días, ¿verdad?

Suzanne nunca le había visto perder el control, sólo había observado una expresión helada en sus ojos casi negros, o había percibido una dureza inusual en su voz en los tribunales, o discutiendo por teléfono con otro abogado. Pero nunca con ella.

Sintió un escalofrío. Debía relajar la tensión que se había instalado entre ellos.

—Pues espero que tengas zapatos más adecuados

—dijo—. Con esos zapatos italianos no vas a poder seguirme.

El pulgar de Sloane recorrió el labio inferior de Suzanne y luego dejó caer la mano y se dio la vuelta.

—Espérame unos minutos mientras me cambio.

Suzanne decidió entonces ponerse un bikini bajo su atuendo, se cepilló el pelo, se echó una toalla al hombro y, con las gafas puestas, bajó las escaleras.

Al momento bajó Sloane, con pantalones cortos y alpargatas. Se le veía relajado y contento, pensó Suzanne. Una apariencia que podía ser terriblemente engañosa.

Lo siguió por un sendero, observando a gusto el juego de su espalda poderosa y su nuca firme, mientras su aroma, mezclado con el de la isla, llegaba hasta ella, mareándola.

Olerlo y ver al mismo tiempo aquel cuerpo que había conocido tan bien, sabiendo lo que aquel hombre podía hacerle, era una tortura.

Había dedicado cada hora y cada minuto desde que se había separado de él a la trabajosa y triste tarea de erigir murallas contra el deseo, contra la alquimia poderosa. Noche tras noche, había recorrido los motivos por los que debía alejarse de él: a duras penas conseguía convencerse entonces de que había hecho lo sensato.

Pero su instinto seguía luchando con el sentido común, y odiaba su sentimiento de continua ambivalencia.

—Bueno, ¿por dónde empezamos? —dijo Suzanne, convencida de que la voluntad saldría ganando—. ¿Qué te parece la playa?

—Por qué no?

La voz de Sloane tenía una nota divertida y Suzanne lo miró para descubrir a qué venía tanta soma. Pero era imposible ver nada tras los cristales oscuros de sus gafas de sol.

Capítulo 4

LA ARENA parecía miel derretida al sol, surcada por delicadas caracolas y por las algas, regalo de la marea que ahora se retiraba.

Suzanne se detenía de vez en cuando a recoger caracolas, por el placer de lanzarlas luego al agua verde y transparente.

La playa estaba en paz y podía pensarse que eran los únicos seres humanos en la isla. El sol calentaba gratamente la piel, refrescada por la suave brisa que provenía del mar.

No dejaba de sentir la poderosa presencia del hombre que caminaba a su lado. Ahora que estaban menos vestidos, era patente su pequeñez frente a la fuerza de él, lo que la hacía sentirse vulnerable y ansiosa

—¿Trepamos a esas rocas para ver qué hay al otro lado?

Habían seguido la curva de la playa hasta alcanzar el límite rocoso que cortaba la arena y se adentraba en el mar. Todo le parecía mejor que volver a sus habitaciones.

—Muy bien.

Alcanzaron una pequeña cala, completamente protegida por la muralla de roca, con bancos de arena blanca que se adentraban en el agua. Un lugar solitario y de una belleza que aturdía.

—¿Quieres que vayamos más allá?

—Quiero nadar —contestó Suzanne sin vacilar y lo miró de reojo.

La calidez de su sonrisa cortó su respiración.

—Te sigo.

¿Llevaría bañador o pensaba bañarse desnudo? El lugar era tan solitario que en realidad no importaba. Salvo a ella, claro está.

—¿Te molesta?

Su tono de voz hizo que el estómago de Suzanne diera un incómodo vuelco.

—Claro que no.

¿Por qué sería que la decisión de darse un baño le parecía ahora una locura? Eres una idiota, se reprendió mientras se quitaba la ropa.

Suzanne no miró a Sloane, pero sabía que la estaba imitando, y le bastó un rápido vistazo disimulado para saber que al menos se había puesto el bañador antes de salir.

Lo que no impedía que su cuerpo se manifestara en toda su hermosa virilidad, un cuerpo que podía dejar sin respiración a cualquier mujer.

Y lo peor era que el cuerpo no era lo importante. Sloane poseía

un magnetismo primitivo; se combinaba con su penetrante inteligencia, presente siempre en sus ojos, que hablaban de un alma que había conocido el mundo, luchado en él y triunfado. Y a la vez, aquellos pozos negros y profundos podían hacerse dulces, provocadores, prometedores de intensos placeres sexuales e inesperada ternura.

Recordar la intensidad de aquellos ojos la había mantenido noches y noches despierta, luchando contra la angustia y el deseo.

A la luz del día, podía engañarse y decirse que estaba bien y podía olvidarlo.

Pero ahora se enfrentaba a su compañía durante casi cuatro días. Había sido un error, un terrible error. No llevaba ni siete horas en aquella absurda aventura y ya era un nudo de nervios, a punto de saltar de ansiedad cada vez que Sloane reducía la distancia entre ellos.

¿Cómo era posible que hubiera aceptado tan peligrosa farsa?

Por Georgia. Por su querida madre, que merecía ser feliz el día de su boda sin que sus problemas enturbiaran su gozo. No era mucho pedir de una hija.

—Vas a darte un baño o sólo mirar el mar?

La voz de Sloane sacó a Suzanne de sus pensamientos y esbozó una sonrisa.

—Te echo una carrera.

Corrió por la arena hasta que el agua le llegó a la cintura y entonces se sumergió, braceando con placer hasta encontrarse a unos metros de la playa.

Unos segundos después, una cabeza morena emergía junto a ella, v lo miró como si de un tiburón se tratara.

—Me miras —dijo Sloane suavemente—, como si fuera a lanzarme sobre ti.

No era una buena jugadora de póquer, decidió en silencio una consternada Suzanne. Sus ojos eran demasiado expresivos. Sloane sabía interpretar cada matiz de su voz, entender cada gesto de sus labios.

—Por qué ibas a hacer algo así? Aquí no puede vernos nadie — replicó Suzanne.

—No fuerces tu suerte, querida.

Se acercó más y sus piernas se cerraron sobre las de Suzanne antes de que ésta tuviera tiempo de huir. La mano de Sloane la tomó por la cintura y no pudo emitir ninguna protesta antes de que la besara con una ternura que no ocultaba la voluntad de poder.

Sintió que se sofocaba, que perdía pie, mientras Sloane la llevaba bajo el agua. La abrazó tan fuertemente que Suzanne sintió su cuerpo excitado, la presión dulce de su boca y la fuerza de sus piernas cuando se impulsó para llevarlos de nuevo a la superficie.

Dejó de respirar y luego tomó aire ansiosamente cuando Sloane deshizo su abrazo y se separó sin brusquedad. En los ojos de Suzanne había una mezcla de indignación y sorpresa y empezó a protestar, pero Sloane le puso un dedo sobre los labios para cortar sus palabras.

—Sólo lo he hecho por si las dudas —murmuró con ironía antes de cubrir de nuevo su boca.

Esta vez no hubo nada dulce en su beso, y el corazón de Suzanne empezó a correr al sentir su lengua presionando para adquirir el control de sus sentidos. Gimió y se dejó ir, sin opciones ante la pasión de sus gestos.

No hubiera podido decir cuánto tiempo estuvieron besándose hasta que la urgencia dejó paso a una ardiente caricia de sus labios. Luego alzó la cabeza.

Tenía las pupilas casi negras mientras la miraba y por un instante Suzanne sintió una humillante punzada de nostalgia.

Hubiera querido pegarle. Lo habría hecho, si pensara que podía hacerle daño. Pero eligió las palabras.

—Si has terminado de jugar al macho, me gustaría salir del agua y secarme —por nada del mundo reconocería lo trastornada que se sentía.

Su risa suave casi la hizo perder el control. Intentó darle una patada, pero perdió el equilibrio.

—Qué poco femenina —se burló Sloane con una indolencia que casi la hizo gritar de rabia.

—No me siento nada femenina —le aseguró Suzanne, odiándolo por conservar tanto poder sobre ella. Le bastaba con recordar cómo habían sido las cosas entre ellos para romperse en pedazos.

Sin más palabras, se dio la vuelta y nadó hasta la costa, sin fijarse en si la seguía o no.

Se tumbó sobre la toalla tras sacudirse el pelo para que se secara antes, cegada por la brillantez del sol.

Tenía una piel clara y delicada que debía proteger, de manera que se puso crema por el cuerpo y, cuando terminó, su bikini de lycra estaba casi seco. De manera que se puso el pantalón y la camiseta y recogiendo sus cosas, echó a andar hacia las rocas para seguir explorando el lugar... sola.

Necesitaba soledad y calma, pensó sin preocuparse por lo que

Sloane estuviera haciendo. Al menos no estaba con ella.

Se concentró en observar las transparentes lagunas dejadas por el mar entre las rocas. Sólo se escuchaba el suave batir de las olas contra la costa y, de vez en cuando, el grito de algún pájaro molesto por su presencia. De esta forma, fue avanzando de roca en roca hasta dar la vuelta en una curva de la isla, contemplando extasiada la playa blanca que se abría al otro lado y que llegaba hasta el punto más distante que alcanzaba a ver.

¿Estaría adquiriendo un nuevo sentido dedicado a percibir la presencia de Sloane? El caso es que algo la hizo girarse y mirar atrás. Quizás fuera el efecto de la intensa complicidad que había compartido con aquel hombre, pero siempre era consciente de su cercanía.

La figura de Sloane se recortaba contra el sol mientras acortaba la distancia en zancadas firmes, y Suzanne siguió avanzando, más deprisa.

Tontamente, pues puso mal un pie, resbaló y fue a dar en el suelo, deteniendo la caída con las manos.

No se había roto nada, pensó en un segundo. Al día siguiente tendría un moretón en la cadera, pero no era grave. Ni siquiera se había rozado las piernas y la mano no le dolía.

—¿En qué estás pensando?

La rabia de Sloane era evidente mientras se arrodillaba a su lado. Suzanne le devolvió la mirada iracunda mientras contestaba:

—Intentaba llegar a la arena antes de que me alcanzaras.

Sloane le tocó las piernas y las manos con gestos profesionales.

—¿Te has hecho daño?

«Físicamente estoy intacta», estuvo a punto de responder. Mejor no hablar de las emociones.

La sangre corría por su mano izquierda y Suzanne lo observó con fascinada sorpresa, preguntándose cómo podía ser tan escandaloso cuando ni siquiera se había dado cuenta.

—Voy a lavar la herida —dijo.

—Necesita un antiséptico.

Suzanne se encogió de hombros.

—Me pondré algo cuando volvamos.

Sloane le dedicó una mirada severa.

—¿Te has vacunado del tétanos últimamente?

—Supongo que sí, no exageres —intentó apartar su mano, pero Sloane no la soltó, lo que aumentó su exasperación.

La mirada de él era oscura e inexpresiva, aunque no ocultaba la

familiar determinación, y de pronto, sin una palabra, se llevó su mano a la boca y empezó a lavar la herida con su lengua.

La provocación hizo que Suzanne se estremeciera de pies a cabeza mientras las sensaciones sacudían su cuerpo y el mundo desaparecía a su alrededor. Sólo aquel hombre era capaz de embrujarla de ese modo, de envolverla en una sensualidad que hacía que le temblaran las piernas.

Lo miró actuar, contemplando con fascinación el vello que escapaba de su camisa abierta, dejándose invadir por su olor a colonia y sal marina.

Tenía el corazón desbocado y tomó aire, respirando dificultosamente para regular su inestable corriente sanguínea. Pero con la respiración, el calor recorrió sus venas, alcanzando cada punto erótico de su cuerpo con una intensidad casi insoportable.

A aquella distancia, podía ver la sombra de barba que cubría ya sus mejillas morenas. Recordó tontamente que Sloane necesitaba afeitarse dos veces al día. No iba a resistir tres días así si no empezaba a recuperar el control.

—No lo hagas —la tardía negativa sonó levemente hipócrita y Suzanne tragó saliva para aclarar su garganta.

—¿Que no haga qué? —alzó la vista para mirarla—. ¿Que no me ocupe de ti? ¿Que no te quiera?

El dolor en su pecho fue tan agudo e inmediato como el causado por un golpe y Suzanne sólo pudo decir:

—Sloane...

—¿Me vas a rechazar otra vez, Suzanne? —su voz era demasiado equilibrada y tranquila cuando soltó su mano—. ¿Crees que ignorar lo que hubo entre nosotros nos lleva a algún lado?

Suzanne se atrevió al fin a mirarlo a los ojos.

—No. Pero lo estoy intentando.

—¿Por qué?

La calma sedosa de la pregunta despertó el enfado y rabia de Suzanne, cuya piel se sonrojó levemente mientras sus ojos claros se entornaban.

—Te niegas a entenderlo, ¿verdad? —el calor emanaba de todos sus poros—. El amor —hizo una pausa para respirar y continuó—... no sirve para defendernos de la realidad.

Se puso en pie en un movimiento fluido, pero Sloane la siguió.

—Desprecias mi inteligencia.

—¿En serio? —Suzanne se puso a caminar—. Pues quizás deberías ponerla un poco más en duda.

Bajó con precaución las últimas rocas hasta pisar la arena,

seguida de cerca por Sloane.

—Suzanne.

Giró en redondo para mirarlo. Bien, si quería pelea, la tendría.

—¿Qué quieres, Sloane? ¿Cortarme la cabeza porque me atreví a evaluar la situación y decidí retirarme a tiempo? —lo miraba, desafiante, dispuesta a ocultar la indefensión absoluta que sentía en su fuero interno ante todo lo sucedido.

La mirada de Sloane parecía fuego líquido.

—Maldita sea, ¿te sentías tan insegura de ti, o de mí, como para que no hubiera otra opción que tirar la toalla?

—No he tirado la toalla! -era más fácil hablar con la sonrisa que curvó los labios de Sloane tenía algo maligno.

—Claro que lo hiciste.

—No es verdad!

De nuevo había permitido que Sloane se hiciera dueño de la situación.

—¿Cómo lo llamarías?

—Una retirada táctica.

Guardó silencio unos segundos, sin revelar sus sentimientos.

—Tienes mucho sentido común —dijo por fin, mientras sus ojos se oscurecían—. El suficiente, o así lo creí, como para comprender la clase de hombre que soy más allá de las posesiones materiales.

A Suzanne le fue casi impoib1e hablar sin desvelar lo que estaba sintiendo.

—Oh, claro que lo comprendí. Me enamoré del hombre —la expresión de Suzanne se volvió intensa y dolorosa—. Y entonces descubrí que era imposible separar al hombre de sus apellidos.

—¿Y por ese motivo tomaste el camino más fácil y renunciaste a todo lo que había entre nosotros?

Se sentía como un microbio extraño siendo examinado en el laboratorio y en ese momento lo odió con todas sus fuerzas.

—Maldita sea, Sloane! ¿Y qué querías que hiciera?

—Quedarte conmigo.

Dos palabras. Pero era tanto lo que decían y lo que ocultaban.

—No me gusta el masoquismo.

Esta vez lo había sorprendido.

—¿De qué me hablas?

—Eres el premio gordo en un concurso de millonarios —una sonrisa tensa torció un instante sus labios—. Y yo, pobre de mí, no soy más que una nulidad que se atrevió a usurpar la plaza por la que suspiraban una serie de mujeres.

Al decirlo, el dolor, la rabia, la golpeó de nuevo y tuvo que bajar

los ojos para ocultar su angustia.

—Decidí no competir -era mucho más que eso, por supuesto. Estaba hablando de los comentarios maliciosos, pero dejando de lado la amenaza que pendía sobre su vida.

—Absurdo, puesto que no había competición

—anunció Sloane, poniendo un énfasis tranquilo en cada palabra, pendiente del gesto de tristeza que reflejó el rostro de la joven.

—¿Me crees responsable de las aspiraciones de otras mujeres?

Suzanne apretó los puños hasta que los nudillos se pusieron blancos y habló con toda la calma de la que fue capaz:

—No más que de ser quien eres.

Sloane deseó sacudirla por los hombros.

—Y siendo quién soy, ¿debería elegir una de las princesas de la alta sociedad con la calidad genética requerida, llevarla al altar y tener con ella los dos hijos de rigor?

La sola alusión dolía.

— ¿Debería conformarme con un matrimonio sin amor? —siguió Sloane sin mostrar piedad—. Basado en el deber y cierto afecto —su voz descendió hasta ser un susurro violento—. ¿Es eso lo que estás diciendo?

Suzanne lo miró con rabia ante su insensible interrogatorio.

—No estoy en la tribuna de los testigos, Sloane. Sloane no la tocó, pero ella se sintió como si lo hubiera hecho.

—Concédeme ese capricho. Haz como si lo estuvieras.

—¿Y jugar al juego de la verdad sólo para tu diversión? Lo siento, pero no me apetece jugar.

Sloane la miró con tanta intensidad, que no pudo apartar los ojos.

—Yo tampoco estoy jugando.

—Pero lo haces a diario en los tribunales —Suzanne buscó una salida, pero sólo logró que él sonriera con ironía.

—No permito que mi profesión se mezcle con mi vida personal.

—Eres tan hábil con las palabras —estalló Suzanne, harta de su escrutinio—, que dudo que puedas separar ambas cosas.

—¿Eso piensas?

Dio un paso hacia ella y Suzanne deseó escapar. Su gesto no pretendía se intimidatorio, pero la joven se sintió amenazada.

—Sloane

Sloane le acarició lentamente la mejilla.

—Dime que ya no me amas.

Oh, Dios. Suzanne cerró los ojos, y volvió a abrirlos, abrumada

por la pena que desgarraba su interior. No pudo moverse, ni lo deseó cuando Sloane la besó de nuevo, furiosamente.

Tuvo que forzarse en no abrazarlo para olvidar entre sus brazos todo pesar. Hubiera sido tan fácil dejar- se ir y permitirle que la consolara y excitara y llevara a un viaje mágico de emociones. Pero cuando el viaje terminara, sólo le quedaría su orgullo pisoteado.

Sin embargo, la magia sensual que sólo él poseía se estaba abriendo camino en su interior, rompiendo lazos, hasta que no hubo más que el calor de su beso y la promesa de saciar sus sentidos.

Ahogó un gemido en su garganta y deseó más, mucho más. Deseó deshacerse de la ropa, pegarse a su cuerpo, sentir sus músculos bajo las manos y dejar que sus labios recorrieran cada centímetro de su encendido cuerpo.

«Qué estás haciendo?» La insidiosa pregunta llegó hasta su cerebro para torturarla. Se resistió unos segundos, pero la magnitud de la realidad y de lo que aquello podía provocar terminó venciendo, enfriando poco a poco su sangre exaltada.

Sloane percibió su cambio y maldijo interiormente su resistencia. Durante un instante, tuvo la tentación de vencerla, pero renunció, sabiendo que Suzanne se rebelaría ante cualquier gesto de poder o posesión.

Por el contrario, decidió enfriar sus emociones. Lentamente, fue aligerando la presión de su boca y relajando su abrazo, hasta que se limitó a besar suavemente el contorno henchido de sus labios.

Mientras la iba soltando, acarició con nostalgia sus caderas, sus brazos delgados, su nuca en tensión, con gestos hechos más tranquilizar que para excitar.

Por fin se decidió a abandonar su boca y descender por la curva de su cuello hasta posar un beso en su hermosa garganta palpitante.

Lo único que deseaba era tomarla en brazos, quitarle la ropa y hacer el amor con ella hasta que no quedara en su mente ni un vestigio de duda sobre su amor por ella.

Sólo que sabía que Suzanne respondería físicamente a su abrazo y no quería que eso ocurriera mientras hubiera dudas en su mente. Deseaba obtenerla en cuerpo y alma. Lo deseaba todo de ella.

¿Quién había sido capaz de envenenar los dardos y dirigirlos con tan mortal precisión, que habían destruido su confianza y no le habían dejado otra opción que huir de su lado?

Pensó en algunas mujeres de su entorno capaces de tan perversa acción, pero aún le quedaba mucho por descubrir.

Sloane volvió a besarla, esta vez amistosamente en los labios y luego se apartó, sin tocarla, sonriendo con cierta diversión ante la

mirada ausente de la joven.

—Hay un camino que sale de esta playa. ¿Quieres que veamos si lleva a nuestro bungalow?

La estaba dejando marchar... de momento. Suzanne se dijo que estaba aliviada e ignoró la frustración que sentía.

—Vamos —dijo con decisión-’. A lo mejor podemos echar un partido de tenis antes de la cena.

La mirada de Sloane volvía a ser sarcástica.

—Con la intención de cansarte un poco?

Lo que de verdad deseaba Suzanne era acostarse y caer rendida en la cama y dormir toda la noche, en lugar de esperar en la oscuridad preocupada por cada gesto de Sloane, por cada movimiento de su cuerpo.

—Incluso puede que te deje ganar -dijo frívolamente. Seguro. Sloane tenía la fuerza y experiencia como para echarla de la pista en tres minutos.

Sloane rió con ganas, se puso las gafas de sol y le tendió la mano. Suzanne vaciló un segundo y luego dejó que sus dedos se deslizaran en la mano caliente del hombre.

Alcanzaron un camino de arena e iniciaron la marcha por la pista que se internaba en la selva, disfrutando del frescor de los árboles que ocultaban los rayos del sol. Aquello debía estar lleno de insectos, pensó Suzanne, pero no se dejaban ver. Todo estaba en paz. Era un lugar hermoso e idílico, del que nunca querría salir si no fuera porque...

Ojalá la situación fuera distinta. Pero esa era la línea de pensamiento que debía evitar. La vida estaba llena de «ojalás» y «si no fuera porque». En las recientes semanas de soledad, había recorrido todos los caminos que empezaban con aquellas expresiones.

El silencio permitía la introspección y prefirió entretenerse hablando.

—Me han dicho que vas muy bien en el caso Allenberg.

Sloane tenía la reputación de ser un investigador escrupuloso y cuidar hasta el mínimo detalle de sus casos. Disfrutaba en los juicios y solía elegirlos más por la dificultad intelectual que por la minuta que pudieran reportarle.

—Interesante.

Esa sí que era una respuesta ambigua. ¿Qué le parecía interesante? ¿Que mencionara el juicio? O que tuviera que hablar para distraer la tensión entre ellos?

Suzanne lo miró con atención.

—¿Tienes dudas?

El camino había dejado de ascender y ahora recorría la línea de la costa. Sin duda debía llevar a la parte habitada.

—Nunca hay que pasar por alto el elemento sorpresa. Suzanne tuvo la intuición de que no se estaba refiriendo a su caso.

—Estoy segura de que lo has previsto todo.

Siempre lo hacía.

Sloane le dedicó una mirada ambigua.

—Eso espero.

El silencio era tan intenso, que parecía envolverlos en su abrazo. De nuevo, parecía que eran dos náufragos en una isla desierta. Resultaba reconfortante saber que el personal y sus parientes no estaban lejos. Y al día siguiente, llegarían todos los invitados.

Tanto mejor. En un lugar tan peligrosamente solitario la gente sería bienvenida. Así tendría que ocupar- se de la vida social y no le quedaría tiempo para estar a solas con Sloane.

Capítulo 5

LA SENDA por la que avanzaban estaba limpia de maleza, pero era irregular, y Suzanne pensó que debían mantenerla así deliberadamente para lograr el deseado ambiente de selva tropical.

Sloane caminaba a su lado, adaptando su paso al suyo. ¿Cuánto tardarían en llegar a la zona residencial? ¿Diez minutos? ¿Más tiempo? Todo dependía de la forma fantasiosa del camino. Imaginaba que su dibujo había sido complicado a propósito por el diseñador de jardines para hacer más placentero el paseo.

—Hubiera sido más rápido ir por la playa —comenté Suzanne, y Sloane sonrió con indolencia.

—Pero por aquí no tenemos que pasar las rocas.

Suzanne lo miró sonriendo a su vez.

—No era muy difícil escalar.

Sloane ladeé la cabeza y permitió que sus gafas se deslizaran unos milímetros mientras alzaba la ceja con humor.

—Y aun así te las arreglaste para caerte.

—Es el efecto que causas en la gente —declaró Suzanne con buen humor.

—¿La gente?

—Ya sabes, se mueren por tu compañía o se empeñan en abandonarla a toda prisa.

—Esa es una explicación muy básica —replicó Sloane siguiendo el juego—. ¿Te importaría darme más argumentos?

Su respuesta fue una negativa a la que siguió la risa ahogada de Sloane, momento que Suzanne aprovechó para acelerar el paso y dejarlo atrás.

Los árboles daban una agradable sombra, protegiéndolos de los rayos del sol. El tiempo era perfecto, la isla maravillosa, y en otras circunstancias, Suzanne habría considerado que estaba en el paraíso.

—A lo mejor podrías explicarme qué clase de comentarios te hicieron sentirte tan mal, ya que no quieres decirme quién los provocó?

Suzanne tomó aire y lo expulsó lentamente.

—¿Nunca te das por vencido?

-No.

Había sido una pregunta idiota.

—No vale la pena.

—No estoy de acuerdo.

Suzanne se sintió vengativa.

—No soy de clase alta —alzó la mano, doblando los dedos mientras iba enumerando las razones de su afirmación—. No he ido a un colegio privado. Y desde luego no era de élite. Mi madre sigue trabajando, ¿no es increíble? —se Sintió inspirada—. ¿Cómo alguien como yo se atreve a competir con la crème de la créme de la alta sociedad de Sydney? Una cosa es que tuvieras una aventura conmigo, pero, ¿casarte? Nunca.

No era posible evaluar su expresión. ¿Acaso no se daba cuenta de que cada pulla y cada rumor habían sido como una flecha que le atravesaba el corazón? ¿Por qué no decía nada?

—Pero no dudo de que Supieras defenderte.

Su comentario, lleno de humor, empeoró el talante de Suzanne. Lo miró con rabia.

—Decidí seguir el juego y expliqué a diestro y siniestro que seguías conmigo porque era muy buena en la cama.

Lo que era ridículo: él era el experto y ella se había limitado a responder sensualmente al más mínimo toque de él.

—Y qué hay de lo demás?

—¿Qué quieres decir?

—No me creo que te ofuscaras tanto por unos comentarios estúpidos.

No le habían preocupado las amenazas verbales. Los mensajes anónimos ya habían sido otra cosa.

—Recibí un anónimo por correo.

Hubo algo inquietante en la repentina atención de Sloane.

—¿Cómo era?

—Un papel normal con letras recortadas de periódicos.

—¿Qué decía?

—Que tenía dos días para salir de tu vida —incluso ahora sentía frío al recordarlo.

—Me arrepentiría.

Un músculo se tensó en su mandíbula y soltó nos juramentos con rabia.

—Por qué no me lo dijiste?

—Porque no me lo tomé en serio.

Sloane tuvo que hacer un esfuerzo para no desatar su enfado con ella.

—¿Pero ocurrió algo que te hizo cambiar de opinión?

Una serie de incidentes aislados que tomó por casualidades. Hasta que ocurrió algo. Y su error había sido intentar solucionarlo sola.

—Suzanne.

La voz de Sloane era demasiado tranquila. Daba miedo.

Ella le sostuvo la mirada.

—Volvía a casa una noche después del trabajo y alguien intentó echarme de la carretera. Después me demostró con claridad que la vez siguiente no sería tan afortunada —hizo una pausa y tomó aire —. Una persona me explicó que debía salir de tu vida.

—Por qué no me dijiste nada, maldita sea?

Suzanne no se doblegó ante su duro tono.

—Estabas fuera.

—¿Y qué? —de nuevo la tentación de sacudirla por los hombros era intensa.

Suzanne dejó que su propio enfado emergiera.

-¿Qué habrías hecho?

—Volver inmediatamente a casa.

Conociendo la importancia de su cliente londinense, Suzanne lo había dudado.

—Créeme —le aseguró Sloane.

—Me las arreglé sola.

—¿Cómo?

—Asegurándole a ella que iría a la policía si volvía a intentarlo o si me pasaba algo -Suzanne estaba muy pálida y sus ojos brillaban.

Y la segunda decisión había sido salir de su casa y negarse a verlo de nuevo. Había elegido dejarle al margen, no confiar en su ayuda. La rabia silenciosa de Sloane se acentué. Les había hecho pasar un verdadero calvario.

Pero sólo había una pregunta en su mente.

—¿Quién fue?

Su tono seguía siendo tranquilo, pero Suzanne reconoció la ira interior y su esfuerzo por dominarla.

—He decidido no decirlo.

Ahora los ojos de Sloane brillaban aterradoramente y parecían casi brutales.

—No es una decisión tuya.

Era difícil resistirse a su presión, pero Suzanne no cedió.

—Sí que lo es.

—¿Eres consciente de que puedo ponerme a investigar y descubrir quién es? — Suzanne no apartó los ojos.

—¿Para qué? ¿De qué vas a acusarla? No me hirieron —sólo se había visto acosada por una mujer muy enferma con una obsesión maligna.

—La amenaza es un delito y puede perseguirse

-dijo Sloane cuyos ojos parecían dagas de obsidiana.

—Lo sé tan bien como tú —Suzanne estaba decidida a resistir—. Su padre es una persona que respeto cuyo prestigio se vería sacudido por el escándalo. En su honor, he decidido no hablar.

Un hilo muy fino separaba a Sloane de la furia ciega y se preguntó si Suzanne sabría lo cerca que estaba de romperse. Pero la joven no parecía mostrar ningún temor ante él. Sólo expresaba una determinación que sería difícil doblegar. Pero debía intentarlo.

—Me decepcionas.

Pero Suzanne se le adelanté, pues llevaba semanas imaginando la escena.

—¿Vas a emplear tus tácticas psicológicas conmigo, Sloane? —alzó la cabeza—. Pierdes el tiempo. Y no intentes convencerme de que el amor es más fuerte que todo. Estamos en la dura realidad, esto no es fantasía. No hay nada que hacer.

—¿Quieres realidad, Suzanne?

Bajó la cabeza y Suzanne sintió su aliento cálido antes de los labios que tomaron con fuerza su boca. Su lengua penetró con facilidad, rompiendo barreras, y Suzanne le echó los brazos al cuello, incapaz de resistirse al ansia de su cuerpo.

Sloane la agarró por la cintura mientras con la otra mano le acariciaba el pelo, besándola de una forma tan erótica, que Suzanne perdió todo sentido del tiempo.

Sintió que su piel revivía, que cada nervio reaccionaba ante la caricia de aquel hombre y gimió en voz alta cuando apretó sus nalgas para pegarla a su cuerpo, alzarla y besarle el cuello, la garganta, descender suavemente por la delicada curva de su pecho.

No fue capaz de articular una protesta cuando Sloane le quitó la camiseta y desabrochó su bikini, apartándolo antes de tomar un pezón entre sus labios y lamerlo hasta que Suzanne estuvo totalmente entregada al fuego que recorría sus venas.

Pero aquello no era suficiente. Se aferró a sus hombros y sus manos recorrieron la piel de Sloane, acariciando el vello que cubría su pecho. Sintió la flexión de sus músculos bajo sus manos, que lo acariciaban, alcanzando su cintura, deslizándose bajo el elástico de sus pantalones para apretar sus nalgas, pegarle más a ella y sentir contra su vientre la poderosa virilidad del hombre.

Un gemido ahogado escapó de los labios de Suzanne cuando Sloane metió la mano bajo sus shorts y la parte inferior de su bikini y se detuvo a acariciar el vello rizado entre sus muslos, buscando con destreza el húmedo centro que guardaban.

Le bastó con rozarla. Una de sus caricias y Suzanne comenzó a trepar un muro imaginario de placer, subiendo con cada roce hasta una sensación casi insoportable.

Todo su cuerpo tembló y pareció vibrar en una sensación única, que abarcaba sus nervios y su mente y la hacía alzarse y elevarse como si no fuera a caer nunca.

Sloane supo que podía tomarla, allí mismo, y que no lo detendría. Hubiera sido tan fácil y la satisfacción tan intensa, que requirió de toda su fortaleza mental para resistirse.

Sintió el calor húmedo de su clímax, contempló con alegría sus gritos suaves, la tensión deliciosa de su boca mientras se dejaba ir contra él con una completa entrega.

Lenta, gradualmente, Suzanne recuperó la conciencia del lugar en el que estaba, y con quién. Y de lo que había sucedido.

Sloane contempló sus mejillas arreboladas, la lánguida y sorprendida expresión de sus ojos antes de que ocultara su mirada asombrada bajo el velo pudoroso de sus pestañas.

No dijo nada mientras la dejaba volver al suelo y vio cómo algo se formaba y moría en su garganta, como si luchara por encontrar las palabras adecuadas.

—No digas nada —dijo Sloane con dulzura, poniéndole un dedo en los labios—. Lo que nosotros compartimos es mucho más que la satisfacción sexual —sus ojos se oscurecieron—. Esa es la realidad que no quiero que olvides —su dedo se deslizó hasta la comisura de sus labios, y dibujó la curva de su barbilla.

Le sonrió, con una sonrisa cálida, levemente humorística, que la hizo derretirse.

—Hasta el día en que puedas mirarme a los ojos y decir que ya no hay amor. Entonces —hizo una pausa y presionó su labio inferior con el dedo—... es posible que te escuche.

Suzanne se sentía tan perdida como una pluma flotando en la brisa. No era posible que él estuviera diciendo lo que ella creía que estaba diciendo. ¿O sí?

—¿Volvemos a casa?

Suzanne abrió la boca y volvió a cerrarla. Por fin murmuró:

—Sloane, no creo que...

—Quieres quedarte aquí?

Oh, no, por nada del mundo. No se atrevía. Era un riesgo repetir el pasado. ¿Y cuánto duraría? ¿Veinte minutos? Un estremecimiento agitó sus hombros delgados al recordar lo profunda y feliz que había sido su unión.

Una entrega completa, reconoció en silencio. Si le permitía que la besara de nuevo, que la tocara de nuevo, terminaría rogándole que siguiera para siempre. Y aquella divina locura era lo que no debía repetir si quería salir del fin de semana con su dignidad intacta.

Sloane observó las emociones reflejadas en su expresivo rostro y supo interpretarlas.

Extendió la mano y Suzanne la aceptó, invadida por la sensación deliciosa de sentir sus dedos cálidos envolver los suyos.

Siguieron las curvas caprichosas del camino hasta llegar a la playa que lindaba con la zona hotelera. La conversación, por mutuo e implícito acuerdo, derivó hacia temas intrascendentes relacionados con los amigos y la familia que debía llegar al día siguiente.

Eran casi las cinco, pensó Suzanne tras un rápido vistazo a su reloj. Sólo necesitaba media hora para ducharse y vestirse para la cena, y aún le sobraba otra media.

—¿Quieres darte un baño en la piscina? —Sloane habló como si hubiera adivinado su temor a encontrarse en el bungalow a solas con él.

¿Sabía también por qué? Tenía un nudo en la garganta y el estómago revuelto y dudaba entre el llanto y la risa histérica. En general, el estado de sus emociones era desastroso. Y ella tenía la culpa.

Casi toda la culpa. No podía olvidarse de la participación de Sloane con sus provocaciones. ¿Qué pretendía? ¿Acaso buscaba un poco de sexo con ella en recuerdo de los viejos tiempos? ¿Quería demostrarle lo que se estaba perdiendo lejos de él?

Pero esas razones no eran propias del hombre que había conocido y decidió no darle más vueltas.

Se volvió hacia él con una sonrisa falsa.

—Por qué no? —y siguiendo sus palabras, fue hacia la piscina, se quitó la ropa y se lanzó directamente al agua ejecutando un ágil salto.

El agua estaba deliciosamente fresca e hizo varios largos con placer antes de ponerse de espalda dejando que su cuerpo flotara a su antojo.

Podía cerrar los ojos y olvidarse del mundo. Todo estaba en paz y era casi posible pensar que la vida era buena, que no podía existir maldad ni prisas ni presiones sociales. Nada podía amenazarla allí. Estaba en el paraíso.

Oyó un salto en el agua y unos segundos después, Sloane

emergía junto a ella.

—No es buena idea quedarte dormida en el agua

—dijo el hombre salpicándola.

—No dormía.

—El primero en salir tiene derecho a la ducha—murmuró Sloane con soma—. A menos que quieras compartirla.

El calor volvió a apoderarse del cuerpo de Suzanne, que observó el humor en los ojos de Sloane y se sintió indignada. Así que se lo estaba pasando en grande a su costa.

Le sonrió lánguidamente:

—Me das ventaja?

La sonrisa de Sloane se amplió y mostró su dentadura blanca.

—Me siento generoso.

Suzanne se colocó en posición de carrera.

—El primero en salir gana, ¿verdad?

Era una gran nadadora, pero Sloane contaba con la ventaja de su fuerza y su mayor tamaño. Llegaron a un tiempo al borde y en un movimiento sincronizado se alzaron sobre los brazos para salir del agua.

—Un final perfecto —declaró Sloane con el mismo aire divertido observando mientras Suzanne se sacudía el agua del cabello.

La joven se inclinó a recoger su ropa.

—¿Por qué será que el resultado no me sorprende?

—Debo entender que no vamos a compartir la ducha?

Aunque se detuvo un segundo ante la poderosa imagen evocada, Suzanne fue capaz de disimular su excitación.

—Ni en sueños, Sloane.

—Ese es el problema, querida, que mis sueños son muy vívidos —su voz era ahora sedosa y peligrosa—. ¿Y los tuyos?

En technicolor y completados con efectos emocionales gloriosos.

Pero no iba a contestar, así que se volvió y se apresuró por el camino de piedra que llevaba a su bungalow, contenta de llevar su propia llave.

Una vez dentro, fue directamente al piso alto, buscó su bata y se metió en el cuarto de baño.

Abrió el grifo de agua caliente, se desnudó y entró bajo la cascada de la ducha. Diez minutos más tarde, salió del baño, con una toalla anudada a la cabeza, y descubrió a Sloane en el proceso de elegir su atuendo.

—Has terminado?

No llevaba camisa, y los cortos pantalones de algodón evidenciaban sus nalgas fuertes, no ocultaban otros atributos de su

cuerpo y acentuaban sus muslos largos y musculosos. Por no hablar de la desnudez del pecho y los hombros.

Suzanne apartó la mirada de él.

—Cuando termines, necesito usar el secador de pelo.

Cruzó el cuarto hasta el armario y eligió para la noche un elegante vestido verde y sandalias a juego. Se dejó caer sobre la cama con un suspiro cuando oyó la puerta del baño cerrarse tras él.

Cada vez que creía que había descubierto una forma de actuar con Sloane, éste cambiaba de actitud. Empezaba a pensar que se estaba comportando de forma impredecible a propósito para sacarla de quicio.

Suzanne se quitó la bata de seda, se deslizó en el vestido y se puso las sandalias. Después buscó su maquillaje y recordó que lo había dejado en el baño.

Diablos. ¿Cuál sería la reacción de Sloane si invadía su intimidad? No sería nada nuevo entre ellos. Habían compartido mucho más que un cuarto de baño en el pasado. Sólo que, entonces, el juego entre ellos era el amor y no eran capaces de separarse ni un minuto.

Mientras que ahora... estaban en un juego muy diferente. Las reglas habían cambiado y también los jugadores.

Diez minutos después, Sloane salió del cuarto, recién lavado y afeitado, con una toalla anudada en su cintura. La miró y alzó la ceja, sonriendo:

—Demasiado tímida para compartir el baño?

Suzanne quería golpearle.

—Quedamos en que cada uno tenía su tiempo.

La risa suave de Sloane actuó sobre sus nervios y la hizo sonrojarse.

—Lo admití porque de otro modo me habrías mordido— Sloane alcanzó sus calzoncillos, se los puso con habilidad, se soltó la toalla y se puso los pantalones—. Y no tenemos tiempo para disfrutar de una buena pelea —tomó una camisa del armario y se la puso—. O de lo que hubiera seguido. Nos esperan para cenar.

Los ojos de Suzanne brillaban como zafiros mientras dejaba escapar su indignación ante su arrogancia.

—Nada hubiera seguido a la pelea —dijo con vehemencia.

Sloane sostuvo su mirada unos instantes que parecieron eternos y después inició una lenta exploración del cuerpo de Suzanne.

Esta se sintió como si la estuviera tocando. Su piel se estremeció bajo la caricia de sus ojos y su pulso se aceleró, mientras sentía que le subía un profundo sonrojo. Incluso dejó de respirar y sólo luchó

por que su respuesta inmediata no fuera completamente transparente para él.

El volvió a mirarla a los ojos e inquirió con una vaga e indiferente ironía:

—No?

Sloane se preguntó si sería consciente de lo guapa que estaba con el cabello mojado y revuelto, las mejillas arreboladas y una intrigante mezcla de enfado y deseo en la mirada.

Le hacía desear tumbarla sobre la cama. y mostrarle sin lugar a dudas que lo que había entre ellos era bueno. Demasiado bueno como para permitir que nada se interpusiera.

Sólo que, más tarde, Suzanne se odiaría a si misma por haber cedido.

La deseaba. Oh, cuánto la deseaba. Le dolía el cuerpo de tanto desearla. Pero no quería una satisfacción breve sino una auténtica relación como la que habían tenido.

Suzanne desafió su mirada con visible dificultad.

— Si piensas que compartir el bungalow significa que puedes acostarte conmigo, puedes irte al infierno!

¿Acaso no sabía que venía de allí? Había estado en un infierno desde que entró en el piso vacío y encontró su nota.

—Sécate el pelo, Suzanne. Después, echaré un vistazo a tu mano.

Su voz era engañosamente tranquila, pero Suzanne no se dejó engatusar. La situación era cada vez más peligrosa.

Tras secarse el pelo y maquillarse en cinco minutos, volvió a salir del cuarto de baño. Sloane esperaba, apoyado en una ventana del dormitorio.

—Tengo alcohol en mi neceser.

—No hace falta —Suzanne rechazó la oferta, pero se quedó quieta al ver que se acercaba a ella—. En serio. No hace falta que hagas de enfermera.

—Me hace ilusión.

—No seas idiota!

Pero tuvo que contener la exasperación mientras Sloane la obligaba a volver al baño, sentarse, y esperar a que examinara su mano y la limpiara con una solución antiséptica.

—Ya está —al fin se dio por satisfecho.

—Podía hacerlo yo sola! —Suzanne se puso en pie, irritada.

—No hables así —la amenazó Sloane con una suavidad llena de peligros.

—O qué pasará? —saltó ella, perdiendo los nervios.

—Puedo tomar toda tu rabia —explicó con una suavidad

amenazante—, y hacer que la emplees de una forma que no olvidarás.

El estómago de Suzanne dio un vuelco y olvidó respirar durante unos instantes.

—Cómo vas a hacerlo? ¿Ejerciendo tu fuerza masculina y forzándome? —intentó que su voz sonara tranquila—. No aprecio nada las técnicas trogloditas.

Los ojos de Sloane eran tan oscuros que daba miedo mirarlos.

—No te equivoques, Suzanne —su voz tenía un sarcasmo odioso —. No haría falta ninguna clase de fuerza.

La tensión llenó el aire, como una entidad explosiva que esperaba un solo gesto para estallar.

Con un esfuerzo considerable, Suzanne logró domar su furia y volverse hacia él para decirle con voz fría y cortés.

—¿No te parece que debemos marcharnos?

—Chica lista —respondió él con soma. ¿Cuánto tiempo iba a durar su ya maltrecho sentido común?, se preguntó Suzanne, desolada. Tarde o temprano perdería los nervios. Cada hora con él aumentaba su tensión y debilitaba sus defensas. Lo odiaba por atizar el fuego deliberadamente.

Caminaron en silencio hasta el bar donde los esperaban Georgia y Trenton para tomar una copa.

De nuevo tomaron la cena en la terraza, disfrutando de la brisa nocturna y de los mariscos deliciosos y frescos, el pan hecho en la isla y los pasteles y helados de postre.

Decidieron no tomar café, y permanecieron charlando con sus copas de piña colada hasta que Trenton propuso:

—Hemos pensado en dar un paseo por la playa. ¿Queréis venir?

Y hacer de carabina con su propia madre?

—He retado a Sloane a un partido de tenis -explicó Suzanne, dedicando al objeto de su reto una edulcorada sonrisa—. ¿No es así, querido?

Sloane alargó la mano para acariciar suavemente su brazo desnudo. Y sonrió al ver cómo sus ojos se dilataban ante el contacto.

—Claro. Incluso he pensado darte ventaja.

—Qué —vaciló un instante—.., amable —le tocó la mano con una nueva mirada tierna—. Sobre todo cuando ambos sabemos que podrías echarme de la pista.

Sloane no perdió la oportunidad de fastidiarla y la miró con franco amor mientras besaba su mano.

—Tenemos que ir a cambiarnos.

No había manera de declarar que había cambiado de opinión.

—Pero es mejor que esperemos un rato —repuso Suzanne con una mirada perversa—. No es bueno hacer ejercicio nada más comer —su sonrisa era prometedora y coqueta—. No quiero que te dé un ataque cardiaco tan pronto.

Trenton rió y los ojos de Georgia brillaron de placer mientras ambos se ponían en pie.

—No creo que eso ocurra —dijo—. Pero es mejor que vengáis a pasear un rato antes de poneros a sudar.

—SIoane? —Suzanne decidió dejarle a él la decisión.

—Es una sugerencia excelente, Georgia —se puso en pie y los cuatro se dirigieron hacia la playa.

Suzanne se quitó las sandalias para andar por la arena, y los demás la imitaron. La noche era clara y hermosa, el cielo azul oscuro con una luna llena que se reflejaba en el agua. Una noche ideal para los amantes, se dijo Suzanne mientras sentía la arena crujiente y aún cálida bajo los pies desnudos.

No pudo protestar ante el brazo masculino que la rodeó entonces por la cintura, guiándola con fuerza mientras iniciaban el paseo por la curva de la playa.

—¿Está todo listo para mañana, mamá? —preguntó Suzanne para ahuyentar los malos, o buenos, pensamientos. Sabía que el brazo que la rodeaba se cerraría firmemente si hacía cualquier intento de evasión y tendría que forcejear para librarse. Se lo planteó, desde luego, pero la escena sería incomprensible a ojos de su madre.

—Creo que sí —dijo Georgia dedicándole una mirada afectuosa en la semioscuridad—. Aunque lo más probable es que no pegue ojo dándole vueltas a todo.

—Tengo un remedio para eso —declaró Trenton y Georgia rió.

—Puede que nos unamos a vosotros para un partido de tenis. ¿Pensáis jugar mucho tiempo?

—Lo que diga Suzanne —murmuró Sloane, y ella se volvió hacia él con una dulce sonrisa que se perdió en las sombras.

—¿Y qué ocurrirá si me siento con más energía de la que puedes aguantar? —nada más decirlo, se arrepintió de su inútil provocación.

—Seguro que puedo seguirte.

En todos los sentidos. El silencio, decidió Suzanne, era la opción prudente. Y pensaba callar a menos que alguien le hiciera una pregunta.

El océano era una masa oscura que se mezclaba con el cielo. No había más luz que el reflejo plateado de la luna en las ondulantes aguas. Suzanne sintió la presión de la mano de Sloane en su cintura y una leve excitación se apoderó de ella mientras algo aleteaba en su vientre.

-Creo que debemos dar la vuelta -declaró Sloane, deteniéndose —. Si no nos vemos en las pistas, mañana en el desayuno. ¿A las ocho está bien o queréis madrugar más?

—A las ocho —asintió Trenton—. Pasadlo bien.

Tan pronto como se alejaron unos metros, Suzanne se escabulló del abrazo de Sloane. Ahora podían ver las luces del hotel detrás de los árboles y en pocos minutos llegaron a su bungalow.

Se cambiaron rápidamente y sin hablar. En las pistas no había nadie, puesto que de hecho eran los únicos clientes del hotel. Una vez que alquilaron las raquetas y las pelotas, ambos entraron en la pista iluminada.

Capítulo 6

JUGAMOS un set o dos?

—Dos —declaró Suzanne mientras cruzaba la pista para situarse en un extremo.

—Practiquemos un rato primero —gritó Sloane—. El mejor de tres tiene el servicio, ¿de acuerdo?

—Muy bien.

Era evidente que Sloane podía derrotarla en pocos minutos. Pero no deseaba hacer eso, ni era propio de él abusar, de manera que estuvo conteniendo su saque y su fuerza durante la hora siguiente y ella pudo devolver todas las pelotas, logró ganar algunos juegos, perdió casi todos, pero terminó con el orgullo intacto y las piernas cansadas.

—Has mejorado.

Suzanne tomó la toalla que Sloane le tiró para que se secara el sudor de la cara y el cuello, molesta al comprobar que él no daba la menor señal de cansancio físico. Ni una gota de sudor, y respiraba tan equilibradamente como si viniera de dar un paseito por el parque.

—Esperaba que tu saque me hiciera perder todos los puntos.

Sloane la miró con buen humor.

—¿Te ha decepcionado que no lo hiciera?

El ejercicio físico había sido una buena idea. La tensión seguía ahí, y la excitación, pero sometida a la languidez del esfuerzo.

—Has jugado como yo esperaba que lo hicieras —respondió suavemente y añadió con soma—: Como un caballero.

Sloane se puso la toalla sobre el hombro y sonrió soñadoramente.

—Ah, por fin un punto a mi favor.

—Estamos echando una partida?

—Desde luego.

¿Por qué sentía Suzanne que Sloane tenía su propio proyecto para el fin de semana?

Ella sólo pretendía sobrevivir con el corazón intacto. Pero sólo podía imaginar las intenciones de Sloane.

— ¿Tomamos algo en el bar? —propuso Sloane. Una táctica que Suzanne aceptó porque estaba sedienta y porque la alternativa, volver a la habitación, era peor.

Fue una sorpresa muy agradable encontrar a Trenton y a Georgia cómodamente sentados junto a la barra, tomando una copa. Así no tendría que estar a solas con Sloane.

—Habíamos pensado en unirnos a vosotros para un partido de parejas —dijo Georgia mientras Suzanne se desplomaba en el sofá a su lado.

—Esa era la idea de Georgia —bromeó Trenton—. Yo pensaba en otra clase de ejercicio.

—No digas esas cosas, cielo. Vas a incomodar a los niños.

¿Niños? Suzanne miró a Georgia con sorpresa. Aquellos hermosos ojos que tenían el mismo azul que los suyos poseían un brillo suave que prometía mucho al hombre sentado frente a ella. Amor sin artificios, una alegre complicidad llena de ternura.

Suzanne sintió que se le hacía un nudo en la garganta ante las emociones a flor de piel y bebió un trago generoso del vaso de agua fría que un camarero acababa de poner frente a ella.

Se arriesgó a mirar a Sloane y se encontró con su sonrisa divertida.

—Es cierto que los niños —se atrevió a decir— tienen menos posibilidades de daros una paliza después de pasarse una hora jugando.

Trenton la miró con simpatía.

—Georgia y yo necesitamos toda la ventaja que nos podáis dar.

—Así que nos dejáis tiempo para beber un vaso de agua?

—Por supuesto.

— ¿Y luego haremos dos sets?

—Uno —decretó Trenton.

—En ese caso —dijo Sloane recogiendo la raqueta—, vamos allá.

Padre e hijo decidieron jugar con calma, y Georgia y Suzanne tenían más o menos el mismo nivel. El juego resultó muy divertido. Suzanne no recordaba haber visto a su madre tan viva y feliz en mucho tiempo.

Tras una hora de partido y una victoria estrecha de Suzanne y Sloane, volvieron al bar, del brazo, como dos felices parejas.

— ¿Un refresco? —Sugirió Trenton mientras tomaban asiento—. ¿O preferís un café irlandés?

Eran más de las diez cuando Trenton y Georgia se despidieron para irse a dormir.

—Hasta el desayuno -dijo Trenton mientras besaba la mano de su futura esposa con cariñosa intimidad. Suzanne volvió a sentir algo que no se atrevía a llamar envidia.

—¿Nos retiramos o quieres quedarte aquí un rato?

Suzanne miró a Sloane con cautela.

—Podríamos dar un paseo a la luz de la luna.

—¿Más paseos, Suzanne?

La joven le dedicó una mirada osada, y dijo burlonamente:

—Me gusta pasear.

—¿No tendrás miedo? —la voz de Sloane era tan dulce que la hizo estremecerse.

Miedo era poco. Pánico. Pero lo que temía eran sus propias reacciones si estaba a solas con él.

—Sí -dijo con sencillez.

—Esa increíble sinceridad tuya -declaró Sloane con indolencia. Se puso en pie y alargó la mano. Había sido un día muy largo. Y quedaba una larga noche.

Suzanne quiso replicar algo ingenioso, pero se contuvo.

—Es uno de mis rasgos más admirables —se limitó a decir. Deseaba tomar su mano, devolverle la sonrisa cálida y dejarse llevar por la dulzura del reencuentro. Pero sabía que sería una locura y que no podía permitirse más intimidad.

—Uno entre muchos.

Se levantó, ignoró la mano extendida y se dirigió a la salida.

—El halago no te servirá de nada.

—Es mera sinceridad -declaró Sloane poniéndose a su altura.

Suzanne lo miró de reojo y decidió no responder, acelerando el paso, irritada por la facilidad con que él la seguía.

Llegaron al bungalow y siguieron escaleras arriba sin detenerse. Suzanne se paró sólo a buscar su camisón antes de encerrarse en el cuarto de baño, el único lugar donde, al parecer, podía estar sola.

El gesto era infantil, pero al menos le procuró cierta satisfacción. Diez minutos después, emergió más tranquila y dispuesta a afrontar la prueba de fuego.

Sloane estaba junto a la ventana y miraba la noche.

—El baño es todo tuyo.

Sloane se giró lentamente para mirarla. Parecía tener unos quince años, se dijo, con la cara limpia y el pelo recogido en una cola de caballo. ¿Sería consciente de lo sexy que estaba con aquel camisón de algodón que la cubría hasta las rodillas? Apenas disimulaba sus senos y resultaba mucho más provocativo que un atuendo de seda y encaje hecho para seducir.

—¿Cómo está tu mano?

Oh, la había olvidado por completo.

—Está bien.

—¿Y la cadera?

Le dolía y prometía un moretón importante.

—Regular.

Fue hasta la cama pequeña, la abrió y se refugió entre las sábanas.

—Buenas noches.

—Dulces sueños, Suzanne.

No reaccionó ante la burla de su tono y. cuando oyó la puerta cerrarse, se irguió, sin sueño, aplastó la almohada, se dio la vuelta y gimió audiblemente al sentir el dolor agudo en la cadera.

Estaba cansada y, si cerraba los ojos y se convencía de que estaba muy cómoda, seguro que lograría dormirse.

Oyó el agua de la ducha en el baño. Diez minutos después, se abrió la puerta y la luz se apagó. Suzanne oyó entonces los pasos leves sobre la madera, el roce de las sábanas al abrirse y el casi inaudible sonido de un cuerpo hundiendo levemente el colchón al tumbarse.

Pero por mucho que intentara relajarse, Suzanne no consiguió dormirse. Le dolía la cadera. Era un dolor agudo, olvidado durante el ejercicio, pero que le impedía dormir. Si pudiera tomar algún analgésico, sin duda le sentaría bien.

Pero no tenía nada a mano. Quizás hubiera algo en su neceser o en el botiquín de Sloane.

Maldijo su suerte. Si seguía despierta, iba a estar destrozada el día de la boda de su madre con Trenton.

Cualquiera hubiera creído que un madrugón, unido a un día de emociones casi insoportables, paseos, baños, caídas desde las rocas y varias horas de tenis sería suficiente para hacer dormir a la persona más nerviosa.

Y allí estaba ella, sintiéndose como si hubiera pasado el día inyectándose cafeína.

Decidió levantarse y, sin hacer el menor ruido, fue hasta el baño, se encerró, dio la luz y se puso a revolver en el neceser. Pero no tenía nada. Vaciló antes de meter la mano en la bolsa de Sloane, pero la necesidad era más imperiosa que la discreción y se puso buscar, reprimiendo un suspiro de alivio cuando encontró aspirinas.

Sacó dos, llenó un vaso de agua y se las tomó. Después, apagó la luz, esperó unos segundos para acostumbrarse a la oscuridad y abrió la puerta, avanzando de puntillas hacia su cama.

El plan era impecable. Sólo que en el intento de evitar la cama de Sloane, giró demasiado y se golpeó con una silla que había olvidado.

Al instante, Sloane encendió la luz de la mesilla.

—Se puede saber qué estás haciendo?

Suzanne le lanzó una mirada enfadada y replicó:

—Cambiar de sitio los muebles, ¿qué crees?

Sloane se irguió y se apoyó en el cabecero. Tenía el pelo negro revuelto y el torso desnudo.

Probablemente estuviera completamente desnudo, pensó con angustiada ironía Suzanne, sabedora de su tendencia a dormir sin ropa.

Era demasiado. El era demasiado.

—Tendrías que haber dado la luz.

Oh, claro. Lo último que deseaba era despertarlo. Y aguantar su mal humor o su humor seductor, a saber.

Suzanne apartó la silla y fue hasta su cama, refugiándose bajo las sábanas.

—Te duele la cabeza?

Tendría que haber previsto que no la dejaría en paz. Le lanzó una mirada que tendría que haberle hecho callar.

—Sí —no tenía ganas de dar explicaciones.

—¿Quieres que te dé un masaje?

-¡Oh, justo eso.

—No —, habría notado el tono desesperado en su voz?—. Gracias.

—No pensaba seducirte —dijo con tono sarcástico Sloane haciendo que Suzanne lo mirara de nuevo.

Leía con demasiada facilidad en su mente.

—Oh, qué alivio —dijo Suzanne con mal humor.

—A menos que me lo pidas, claro —terminó Sloane.

La imagen de aquel cuerpo inclinado sobre el suyo para acariciar y besar y encender su piel fue tan intensa, que Suzanne no se atrevió a replicar por temor a que le temblara la voz.

—Si se te ocurre acercarte a mí —amenazó tras un segundo—, puedes resultar herido.

Su risa ahogada la enfureció.

—Valdría la pena.

Sin pensarlo dos veces, Suzanne agarró su almohada y se la lanzó a la cabeza. Sloane la esquivó y, en un gesto rápido, retiró la sábana que lo cubría con la intención de salir.

—No —dijo Suzanne y se refugió al fondo de SU cama, dándole la espalda y gimiendo cuando su cadera golpeó el colchón.

Pero no había nada que hacer, Sloane la tomó por los hombros y la obligó a mirarlo. Suzanne le desafió con la mirada, sabiendo que cualquier gesto ambiguo, cualquier palabra, provocaría una peligrosa intimidad.

Los ojos de Sloane eran negros e impenetrables. Sin dejar de observarla, apartó la ropa de cama con un gesto seco y se inclinó sobre ella, obligándola a girar hacia un lado.

Su gemido de dolor fue muy sincero. Sloane no dijo nada, se limitó a esperar, con los ojos oscuros tan cerca de ella que podía ver cada pequeña arruga. Luego, con un gesto lleno de suavidad, le subió el camisón para desvelar el golpe.

Era un moretón rojizo y morado, que aumentaba de hora en hora.

Sloane soltó un taco, movió la cabeza con censura y palpó con delicadeza la zona externa de la herida.

—¿Has paseado por toda la isla y jugado dos horas al tenis con esto?

—Antes no me dolía tanto.

La miró con enfado, se alzó sobre la cama y bajó al piso inferior sin decir nada.

Le oyó moverse en la pequeña cocina y sacar algo del frigorífico. Poco después, volvía con una botella en la mano.

— ¿Qué haces?

—Ponerte el equivalente a una compresa helada.

—¿Una botella de champán? —inquirió Suzanne mientras temblaba al sentir el frío contra su cadera.

—Servirá. Estate quieta.

No pensaba moverse. Además sabía que era inútil rebelarse.

—¿Qué te has tomado en el baño?

—Aspirina —respondió en un susurro mientras Sloane movía la botella—. Dos. Estaban en tu bolsa —cerró los ojos para no mirarlo y reconoció que el frío estaba entumeciendo el golpe y calmando el dolor.

No por ello dejó de pensar en la proximidad del cuerpo masculino, cubierto, eso sí, por unos calzoncillos de seda, sin duda una concesión a su convivencia forzosa.

Podía oler el aroma de la piel limpia a unos centímetros de ella. Sus sentidos estaban despiertos, sus nervios a flor de piel mientras reconocía, una vez más, la profunda alquimia de dos cuerpos que parecían hechos el uno para el otro.

Aquello no tenía ni pies ni cabeza.

El dolor iba mitigándose poco a poco, y empezó a sentir los párpados pesados. Unos dedos suaves comenzaron a deshacer los nudos de su nuca y de sus hombros con roces expertos.

Era la gloria, se dijo Suzanne relajándose y dejándole hacer su increíble magia. Apenas emitió una protesta inarticulada cuando la

tomó en brazos y la llevó a su cama.

Su cama. De pronto, abrió los ojos, alerta, y empezó a escurrirse hacia un extremo al ver que él se acostaba a su lado.

—No es buena idea —dijo con impotencia mientras Sloane la tomaba por la cintura para acercarla.

—Cállate y duerme -colocó la cabeza de Suzanne sobre su hombro y la abrazó sin tensión alguna. Su cuerpo era deliciosamente caliente y, con cautela, Suzanne dejó caer la mano sobre su pecho.

Era como volver a casa. Un lugar conocido. Salvo por un detalle. No iban a hacer el amor.

La tentación de iniciar una exploración táctil era poderosa. Bastaría un minúsculo movimiento para rozar sus pezones, acariciar su vientre y llegar más abajo.

Poseía un cuerpo fuerte y bello, con una piel lisa de la que emanaba un olor que era el más eficaz afrodisíaco. Despertaba en ella un deseo primario, irresistible.

La voz interior le dijo que no lo intentara. Sería como jugar con dinamita.

Pronto se quedaría dormido y ella podría volver a su propia cama. Aquel fue el último pensamiento coherente que tuvo antes de despertar en una habitación soleada, con el olor a café recién hecho en el aire. Le bastó abrir los ojos para comprobar que estaba sola en la cama. Un segundo después, descubrió la espalda de Sloane inclinada sobre un periódico extendido sobre el mueble bar.

En aquel preciso instante, como si conociera cada uno de sus movimientos, Sloane se volvió hacia ella y sonrió con una ternura que derritió sus huesos.

—Buenos días.

Suzanne, medio adormilada, se sintió tímida y se llevó una mano al cabello revuelto.

—Hola.

Sloane tenía ventaja sobre ella, pues estaba duchado, vestido y recién afeitado, como pudo comprobar mientras se acercaba a la cama.

—¿Cómo está tu moretón?

Suzanne aferró la sábana en un movimiento compulsivo, como si temiera que fuera a empeñarse en realizar una inspección personal.

—Creo que duele menos.

—¿Quieres otra compresa helada de la casa?

A la luz del día, no deseaba que la mimara ni cuidara de ella en ningún sentido. Aunque era un poco tarde para eso. Había dormido

con él. Y no estaba segura de poder soportar muchas atenciones y mimos sin caer rendida.

—No hace falta —dijo Suzanne rápidamente. Era mejor salir de la cama que continuar tumbada, y se destapó con un movimiento ágil. La dignidad era la clave de todo, se repitió, y siempre se era más digno vestido que con un camisón de algodón.

Recogió la ropa interior y unos pantalones beis a juego con un top marrón oscuro de camino al baño. Diez minutos después, salió de nuevo, fresca y con la sensación de haber recuperado el control. Al menos todo el control posible en las actuales circunstancias, se corrigió con lucidez.

Sloane miró su reloj.

—Son casi las ocho. Si estás lista, podemos ir al restaurante.

Sólo necesitaba ponerse un poco de color en los labios y quizás en las mejillas.

—Dame un minuto —dijo.

Georgia y Trenton los esperaban en la alegre terraza del restaurante.

—Hemos dado un paseo por la playa. No sabéis qué paz tan maravillosa se respiraba. Esto es la gloria —les contó Georgia con cálido entusiasmo en cuanto se sentaron.

Suzanne observó el brillo en los ojos de su madre, la dulce curva de su sonrisa y se dijo que la gloria para su madre no era sólo la hermosa isla, sino el hombre que tenía a su lado.

—¿No tienes los nervios típicos de las novias? —bromeó, mientras tendía la taza de café para que la llenaran.

—Un poquito nerviosa sí —concedió su madre—. Dudas de última hora sobre lo que he decidido ponerme en la ceremonia. Me pregunto si los tacones no serán muy altos y si seré capaz de no tropezar. Y también si el sombrero es tan perfecto como me dijo la vendedora de la tienda —sus labios temblaron un poco y después volvió a sonreír—. Tampoco sé si utilizar un pintalabios fuerte o algo más discreto.

Suzanne miró a Trenton y sonrió:

—Graves dudas, ¿no te parece?

El hombre sonrió y alargó las manos con un gesto de impotencia.

—Mi juramento de que me da igual lo que se ponga no parece afectarla.

—Los misterios del alma femenina —intervino Sloane y recibió la mirada airada de Suzanne con los ojos brillantes de humor

—Los hombres —replicó esta—, no saben de qué hablan -dedicó

una sonrisa amplia a su madre—. Después de desayunar, podemos ir juntas a tu cuarto y te diré lo que opino, ¿te parece?

—Oh, sí, cariño. Te lo agradeceré muchísimo.

—Estaremos solos un par de horas —anunció Sloane a su padre y Suzanne no pudo evitar reír con los otros.

—Por lo menos —corroboró, pero no esperaba la caricia de la mano de Sloane en su mejilla y la sonrisa espléndida que le dedicó entonces.

—Pues sugiero que comamos para no perder más tiempo.

¿Por qué cada vez que Suzanne lograba sentirse a gusto, Sloane hacía algo que la desconcertaba o enervaba? Sus ojos se ensombrecieron. Era puro teatro. Un numerito en honor de Georgia y Trenton.

El desayuno era una delicia, con toda clase de bollería, yogures, frutas y jugos. Además de salchichas, huevos y jamón. Un verdadero festín.

Eran las nueve cuando terminaron y los dos hombres se retiraron al vestíbulo con el pretexto de hablar de negocios mientras las mujeres se dirigían al bungalow de Georgia.

La estructura y mobiliario era idéntica a la de Suzanne, pero las alfombras y tapizados diferentes. Georgia cruzó el salón y dijo:

—Vamos arriba, cielo.

Suzanne la siguió y permaneció a su lado mientras su madre abría el armario y los cajones y colocaba cada prenda sobre la cama.

—Vamos a hacer un pase de modelos —sugirió y tuvo que insistir ante la pereza de Georgia—. Es para hacerme una idea.

Quince minutos más tarde, Suzanne se echó hacia atrás expresando su admiración.

—Perfecto. Todo.

—¿Incluido el sombrero?

—Especialmente el sombrero —aseguró—. Es precioso.

Los ojos de Georgia expresaron el alivio.

—Lo dices en serio?

—En serio.

Suzanne siguió mirando a la hermosa mujer que tenía en frente.

—Bueno, y ahora quítate el sombrero y los zapatos y vamos a probar el maquillaje.

Un rosa oscuro fue el elegido sin lugar a dudas para los labios. El pálido era demasiado discreto y el rojo demasiado escandaloso.

—Muy bien —comentó Suzanne mientras su madre se quitaba

con cuidado el vestido y lo colgaba—. Ya está —sonrió y tomó las manos de su satisfecha madre—. Vas a causar sensación, mamá.

Georgia parecía llena de gratitud.

—Qué gusto oírte —tomó aire—. ¿Qué te parece si nos tomamos un refresco y charlamos un rato? —sus ojos brillaron con ironía y dejó escapar una carcajada—. ¿No es eso lo que deben hacer la novia y su madrina antes del enlace?

Suzanne sacó una botella de agua mineral del mueble bar, sirvió dos vasos y tendió uno a su madre.

—Brindo por la salud y la felicidad. Por un hermoso día y una hermosa vida —dijo con sentimiento, chocando el borde de su vaso con el de su madre.

—Brindo por ti, tesoro —respondió Georgia con pasión.

Ambas bebieron y Georgia dijo con similar entusiasmo:

—Menos mal que vamos a vivir en la misma ciudad. Podremos quedar muy a menudo, iremos a los mismos espectáculos y estaremos juntas.

Un agudo dolor atravesó el corazón de Suzanne. Claro que iban a verse y quedar como siempre, pero lo de ir a los mismos espectáculos o compartir la vida social era otra cosa. Ella no podía dedicarse a asistir a eventos donde podía estar Sloane, quizás acompañado por otra mujer.

—Dime que tenéis planeado en París —la luna de miel era un tema más seguro—. Las tiendas deben de ser una maravilla —anunció---, por no hablar de los museos y monumentos. Quiero que hagas cientos de fotos y lleves un diario. Quiero saberlo todo.

Georgia rió.

—Todo, todo, no te lo contaré.

Suzanne siguió el humor travieso de su madre.

—No, claro, lo entiendo.

Su madre poseía una integridad difícil de encontrar. Y encanto a raudales. Un encanto que provenía de su corazón. Trenton Wilson Willoughby era un hombre afortunado. Pero sin duda lo sabía. Por eso tenía tanta prisa en casarse con Georgia y no separarse de ella.

—Te acuerdas cuando vivíamos en Santa Lucía en Brisbane? —Rememoró Georgia—. ¿En esa casita tan adorable?

—¿Con el gato que se creía que todas las casas eran su hogar? —la siguió Suzanne, riendo—. Nosotros le dábamos el desayuno, el señor de al lado le proporcionaba pescado a mediodía, la encantadora señora Simmons atún para la merienda. Era el gato más feliz del mundo. Y el más gordo.

Los años de colegio, en general alegres y sin preocupaciones, y

luego los estudios cuando decidió ser abogada. La universidad, la escuela de leyes. Los amigos, las primeras citas.

Había tenido una infancia feliz, a pesar de la ausencia de padre, y tenía cientos de recuerdos amados. Georgia y ella siempre juntas, compartiendo penas y alegrías de la vida. Y habían estado tan unidas...

Y eso iba a cambiar. «No pienses melancólicamente», se dijo Suzanne. El día era para la felicidad y la celebración y no debía sentirlo como una pérdida.

Capítulo 7

EL BARCO llevó a los invitados de la boda, junto con un fotógrafo y un sacerdote, todos ellos con credenciales para asegurar que ningún miembro de la prensa rosa se había colado entre los invitados.

Suzanne no pudo menos que admirar la determinación de Trenton de lograr que su boda resultara un asunto privado.

Los recién llegados tenían tiempo de instalarse y cambiarse, comer juntos y dar un paseo por la isla antes de la ceremonia al aire libre que se celebraría por la tarde.

Trenton y Sloane se unieron a sus invitados en el restaurante mientras Georgia y Suzanne comían juntas en el bungalow de la primera.

De esa manera tendrían tiempo de sobra para peinarse, arreglarse y vestirse, además de estar juntas y solas un rato más.

Georgia estuvo lista antes de tiempo. Su aspecto era impresionante a pesar de un incipiente nerviosismo. Suzanne tuvo que tranquilizarla de nuevo y abrazarla antes de ponerse el vestido azul que había elegido para la ocasión.

Se había comprado unas sandalias a juego y decidió dejarse el pelo suelto. Añadió un chal beis y se maquilló lo mínimo, sólo los ojos y un poco de rosa pálido sobre los labios.

Entonces, echó un vistazo al reloj.

—Ya es hora —sonrió a su aprensiva madre—. ¿Estás bien? —no parecía muy convencida, pero Suzanne sabía que era el temor a enfrentarse a sus invitados lo que la paralizaba y no las dudas sobre su matrimonio.

Georgia sonrió débilmente.

—Dentro de media hora estaré muy bien.

Suzanne se acercó a su madre y la tomó del brazo.

—Pues vamos allá de una vez.

Caminaron juntas hasta el vestíbulo del hotel. Habían dispuesto una carpa en el jardín, con tres filas de sillas para los invitados y una alfombra roja que llevaba hasta el lugar donde Trenton esperaba con el sacerdote, bajo un arco decorado con flores.

Sloane los esperaba en la entrada y Suzanne sintió que se quedaba sin habla ante la sonrisa cálida, lenta, que le dedicó el hombre antes de tomar la mano de Georgia y acompañarla entre las filas de invitados puestos en pie.

Suzanne los siguió y al llegar al arco de flores donde esperaba el oficiante, se puso junto a Sloane, mientras Trenton daba la mano a

su futura esposa.

Un sol glorioso, una brisa suave, un grupo de amigos y parientes cercanos y una isla de ensueño, 6qué más podía pedirse para una celebración?

Nada, pensó Suzanne ante la expresión radiante de Georgia, y no pudo evitar un sentimiento de envidia, mezclado con la alegría por la felicidad de su madre.

Georgia estaba guapísima y parecía mucho más joven que los cuarenta y siete años que tenía.

Cuando el oficiante comenzó a entonar la letanía del matrimonio, respondió a las preguntas con voz clara y Trenton la siguió con similar determinación. Su beso al terminar la ceremonia, increíblemente tierno, llegó al corazón de Suzanne, ya agitado por todo lo sucedido.

Fue inmediatamente a felicitar y abrazar a la pareja, observando entre sus propias lágrimas, los ojos húmedos de su madre.

Sloane se acercó a Suzanne e, inesperadamente, la besó, breve pero intensamente, ignorando la mirada de sorpresa y censura de la joven.

Su sonrisa no mostraba la menor disculpa, y Suzanne permaneció a su lado, anclada junto a él, mientras saludaban y besaban a los invitados, compartiendo comentarios sobre la felicidad de la pareja.

La caída del sol hizo que todos pasaran al salón interior y fue el momento de la conversación y las sonrisas. De hecho, Suzanne sonrió tanto, que los músculos faciales empezaron a dolerle.

—Lo estás haciendo muy bien —le susurró Sloane mientras Suzanne daba un trago de champán.

—Gracias. Estoy preparada para la vida social.

—Y no se te escapa una.

Suzanne le dedicó una mirada directa.

—Igual que a los demás. Mientras hablamos, se están llevando a cabo grandes negocios y grandes dramas. Observa a dos de los hombres de negocios más importantes del país. Algo preparan —sus ojos brillaron malévolamente—. Sus respectivas acompañantes, bajo su apariencia sofisticada, llevan una lucha a muerte por mostrar cuál de las dos se ha gastado más en la ropa.

—Las acompañantes son segunda y tercera esposa, respectivamente —corrigió Sloane mientras Suzanne ladeaba la cabeza con interés.

—¿Sandrine Lanier y Bettina...? —alzó la ceja con curiosidad—. ¿A quién se le ha ocurrido casarse con Bettina?

Sloane besó levemente su sien.
—No te sienta bien el cinismo.
—Ah, pero puede ser muy divertido en el entorno apropiado —declaró solemnemente Suzanne.
—Sandrine lucha por ser la esposa perfecta.
Era verdad. La antigua actriz era una mujer encantadora y se dedicaba a causas sociales de forma incansable. Era además una excelente anfitriona, dispuesta siempre a entretener a los amigos y socios de su marido. Michel Lanier era un hombre afortunado.
Bettina, por el contrario, era una especie distinta. La rubia llena de glamour había frecuentado todos los lugares de la alta sociedad a los que Suzanne había acudido con ella. Y no había perdido ninguna oportunidad de flirtear abiertamente con él, ignorando la presencia de Suzanne. Lo cierto era que coqueteaba con todo macho con dinero que pasara cerca.
—¿A quién ha elegido Bettina? —pues nadie podía dudar de que ella eligiera.
—Frank Kahler. Se casaron hace dos semanas.
No necesitaba preguntar.
—Fuiste a la boda -dijo.
—Sí —la sonrisa de Sloane mostraba la ironía hacia una celebración que había sido demasiado exagerada para ser considerada de buen gusto.
¿Qué excusa habría dado para justificar su ausencia?
—Estabas en Brisbane con tu madre.
Suzanne miró sus ojos brillantes y dejó que su mirada descendiera por las mejillas hasta los labios sensuales y la firme barbilla.
—Lógico, dadas las circunstancias, ¿no crees?
Muy lógica asintió Suzanne sin hablar.
—Podrías haber dicho que nuestra relación había terminado.
—¿Y por qué iba a hacer eso?
—Porque así era. Así es.
-No.
—Qué quiere decir no?
Se inclinó y la besó en los labios, ligeramente. Después la miró con sus ojos tan oscuros, que Suzanne perdió momentáneamente el hilo.
El corazón empezó a latirle con fuerza, hasta que tomó aire y lo expulsó despacio para volver al mundo real.
—¿En serio creías que iba a conformarme con la explicación que me diste? —preguntó Sloane y vio cómo sus ojos se dilataban con

algo parecido al temor, rápidamente controlado.

—No te pareció posible, claro está, que me diera un ataque repentino de celos ante el número de tus admiradoras y decidiera largarme?

Sloane enseñó sus blancos dientes en una sonrisa de lobo.

—¿Un ataque de celos? Lo dudo mucho, querida.

—Por qué?

Los ojos de Sloane se hicieron más negros y algo que Suzanne no supo definir se movió en ellos.

—No es tu estilo, Suzanne.

Claro que no lo era. Ni era una mujer que actuara por impulsos.

—Tampoco la nota era tu estilo —continuó Sloane en un tono peligrosamente suave.

—Pero ya sabes por qué me fui —se defendió Suzanne.

—Cualquiera que fuera el motivo, estuvo mal.

—Sloane, Suzanne, os necesitamos para las fotos

—la voz profunda de Trenton los interrumpió, y Suzanne tuvo que hacer un esfuerzo para olvidar la conversación y sonreír al fotógrafo.

El hombre era un profesional y sabía lo que quería. De manera que les llevó un buen rato colocarse y tomar las actitudes requeridas. La cámara no mentía y Suzanne pensó que deberían haberle dado un premio por su papel de la enamorada prometida del hijo del recién casado.

Después, empezaron a circular bandejas de entremeses y aperitivos mientras el champán corría. La música acompañaba las conversaciones que se iban haciendo más encendidas.

—Sloane, qué alegría verte, querido.

Suzanne se dio la vuelta ante la ronca y femenina voz y preparó una sonrisa para la tercera esposa de uno de los amigos de Trenton.

—Bettina —saludó Sloane—. ¿Conoces a Suzanne?

La risa de Bettina era lo más parecido a una campanilla que Suzanne había escuchado.

—Claro que sí, cielo.

Una gatita, pensó Suzanne. Una gata muy sofisticada y culta. Con una minifalda de escándalo y una chaqueta moderna demasiado ajustada. El cabello y el maquillaje eran sencillamente perfectos, las uñas una obra de arte, y las joyas que llevaba encima debían costar una fortuna. Una mujer aburrida y amante de las aventuras frívolas.

—Qué idea tan graciosa casarse en una isla —puso la mano impecable sobre el brazo de Sloane y agité las pestañas—. Bailarás

conmigo, ¿verdad? —hizo una mueca mimosa—. A Frank no le gustan las fiestas.

Frank Kahler era un hombre trabajador, serio y rico, reflexioné Suzanne y sintió cierta piedad por el hombre entrado en años cuyo dinero y prestigio había ambicionado Bettina.

—No creo que Suzanne quiera compartirme —declaró Sloane con una sonrisa soñadora.

—Oh, tesoro, claro que tienes que bailar con Bettina

—dijo Suzanne con reproche coqueto y sus ojos brillaron sensualmente—. Al fin y al cabo, me tocará a mí llevarte a casa.

Sloane le tomó la mano y besó sus dedos.

—Desde luego —entonó dulcemente.

Oh, era bueno. Un gran actor. Casi parecía sincero. Aunque no debía olvidar que ella también estaba fingiendo.

—Me gustaría otra copa de champán —Bettina lanzó una mirada llena de coquetería a Sloane—. ¿Puedes traerme una?

«Interesante», se dijo Suzanne, pensando que el truco era viejo. Los ojos de Sloane brillaron y Suzanne encontró cierto placer en decirle:

—Yo también quiero una copa. Gracias, querido —el énfasis era leve, pero reconocible.

—Es guapo, ¿verdad? -dijo Bettina suspirando cuando Sloane se dio la vuelta para buscarles la bebida.

Ya empezaba.

—Sí -dijo la joven, esperando el momento en que Bettina lanzara el puñal.

—Sloane vino solo a mi boda. ¿Estabas enferma o algo así, querida? —se le hizo un hoyuelo en la mejilla aunque no había ironía aparente en su pregunta—. Por un momento, pensé que ya no estabais juntos.

Suzanne odiaba mentir, pero no pensaba dar la menor satisfacción a Bettina contradiciendo la historia de Sloane.

—Estaba en Brisbane con mi madre.

—Vaya golpe —los ojos verdes de la mujer se estrecharon—. Madre e hija saliendo con padre e hijo.

—¿Verdad? —la sonrisa de Suzanne era perfecta y parecía completamente feliz.

—¿Debió ser difícil conseguirlo?

—¿Imposible, verdad, que Georgia y Trenton se enamoraran sinceramente? —Suzanne habló con el mayor encanto y calma.

—Oh, vamos, Suzanne, nadie se enamora sinceramente de un hombre acaudalado. Llevarles al matrimonio exige siempre la más

cuidada estrategia.

—Manipulaciones, quieres decir? —en el juego social no había reglas, y aunque odiara entrar en el juego, no pensaba dejar la victoria a Bettina—. ¿Así lograste cazar a Frank?

—Satisfago sus necesidades.

Suzanne se hizo merecedora de un premio a la interpretación cuando señaló el reloj de diamantes en la muñeca de Bettina.

—Y claramente hay recompensa. Quizás debería probarlo.

—Qué deberías probar?

Suzanne giró para encontrarse con la mirada indolente de Sloane. Aceptó la copa de champán mientras le tendía otra a Bettina.

—Bettina y yo hablábamos de cómo satisfacer las necesidades de un hombre —sus ojos brillaron con deliberada frivolidad—. Mi coche ha estado jugándome malas pasadas, querido. Me apetece un Porsche. Negro —hizo un pequeño gesto infantil y se llevó un sugerente dedo a los labios henchidos en un puchero—. ¿Podríamos negociarlo? Más tarde...

Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando Sloane le tomó el dedo, se lo llevó a los labios y lo besó antes de soltarlo. Sus ojos reflejaron una pasión poco disimulada.

—Estoy seguro de que podemos llegar a un acuerdo

¿Qué estás haciendo?, dijo una voz en el interior de Suzanne. ¿No ves que juegas con fuego?

—¿Parece que estáis pensando en casaros pronto?

—Los planes de Georgia y Trenton se han antepuesto a los nuestros —informó Sloane a Bettina, provocando su risa frívola.

—Pues no esperes mucho, querido. Más de una estaría encantada de sacar a Suzanne de la competición.

Los ojos de Sloane adquirieron un brillo extraño y Suzanne pudo sentir cómo se tensaba todo su cuerpo.

—Si alguien hiciera tal cosa, tendría que vérselas conmigo —su voz era dulce, pero latía en ella una amenaza que no pasó desapercibida.

—Figurativamente hablando, querido. No sé qué habías pensado.

La expresión de Sloane no cambió.'

—Me alegra oírlo —sus ojos lanzaban llamas—. Tomaré muy en serio cualquier amenaza, deliberada o frívola.

El sentido de sus palabras era evidente y Bettina pestañeó nerviosamente.

—Claro —bebió un trago y sonrió ampliamente—. Si me

perdonáis, debo volver con Frank.

—No te has pasado un poco?

La mirada de Sloane seguía siendo dura cuando miró a Suzanne.

—No.

Esta abrió la boca, pero un beso intenso se la cerró.

—No discutas.

Estar con todos y con nadie era un arte social y Sloane un maestro en su ejecución. Circularon entre los invitados, preguntando por la familia o los negocios, recordando o bromeando en el tono adecuado con cada cual.

Sirvieron la cena a las siete. Habían dispuesto las mesas en un cuadrado, para que todos se vieran, y los platos, además de abundantes, fueron soberbios.

Hubo dos discursos: en el primero, Sloane felicitó a su padre y dio la bienvenida a Georgia a la familia. Después, Trenton dijo unas palabras en respuesta.

La tarta nupcial era una obra de arte, un trabajo complejo con flores de helado tan perfectas, que daban ganas de tocarlas para comprobar si eran auténticas.

Lo cortaron, aplaudieron y Sloane probó del suyo para después ofrecerlo a Suzanne, en un gesto tan sensual que ésta tuvo que responder, para alegría de la audiencia y desconcierto propio.

El beso que siguió fue otra cosa. Provocador, dulce, y tan sentido que Suzanne tuvo que contenerse para no lanzarse a sus brazos y perder la cabeza.

Cuando Sloane se apartó, Suzanne lo miró con dolor reflejado en los ojos y vio en los suyos algo que parecía melancolía, pero que se borró al instante.

Trenton y Georgia abrieron el baile.

—Nosotros seguimos —dijo Sloane y se puso en pie, tendiéndole la mano.

Aquello era muy peligroso, pensó Suzanne mientras se dejaba abrazar. Era como volver a casa. Era la gloria. Su cuerpos casaban a la perfección y Suzanne supo que en su interior latía algo sobre lo que tenía poco control.

Sexualidad. La más encendida sexualidad. Una alquimia poderosa. Si el amor era un río, aquellas aguas eran profundas y peligrosas. Llenas de rápidos.

Suzanne no podía ocultarse su respuesta y, apretada contra él, tampoco pudo ignorar la de Sloane.

Resistió la tentación de besarlo y sus ojos se llenaron de bruma

cuando Sloane le acarició la sien con los labios. La joven oyó la risa de u madre y las dos parejas hicieron una pausa y reanudaron el baile tras el cambio.

—Es una boda preciosa —comentó Suzanne mientras bailaba un vals con Trenton. Otros invitados se unieron a ellos en la pista.

—Georgia es una mujer hermosa. Por dentro, que es lo que cuenta -dijo Trenton con amabilidad—. Como tú.

Era un halago lleno de encanto.

—Gracias.

—Te prometo que cuidaré de ella.

—Ya lo sé —y era cierto—. Y también sé que vais a ser muy felices juntos.

Dieron otra vuelta a la pista y después Sloane reclamó a su pareja. Siguieron otros y durante la hora siguiente, Suzanne bailó con casi todos los invitados varones.

Bettina lo dispuso todo para lograr bailar con SIoane. Suzanne observó sus maniobras y tuvo que reconocer su habilidad.

A ojos de los demás, no era más que una invitada alegre, y nadie podría decir nada de ella que no fuera que parecía divertida y estaba muy guapa. Pero a los ojos más atentos de Suzanne, no escapaba la mirada lasciva de sus ojos verdes, los gestos deliberadamente casuales con que rozaba la pechera de su pareja con sus senos operados y generosos, la invitación de aquellos labios rojos, y tuvo que hacer un esfuerzo para no darle una bofetada.

¿Cuánto duró aquello? ¿Tres o cuatro minutos? Suzanne sintió que eran eternos hasta que Sloane se las arregló para volver a su lado.

Se situé entre sus brazos con cierta rigidez y apartó la cara cuando Sloane fue a besar su mejilla.

—Bettina —murmuró Sloane con asombroso acierto.

—Qué perceptivo eres.

—Es un rasgo personal —sonrió el hombre—. ¿Sabes que cuando te enfadas parece que echas humo?

¿Humo? Deseó pegarle.

—No me digas?

Cuál de los dos querías matar?

—A Bettina —declaró Suzanne con vehemencia y le oyó reír.

—Pero no te das cuenta de que es una tontería?

—Ten cuidado —le advirtió Suzanne—. Todavía no me he calmado.

Se dejó ir contra él y oyó el latido de su corazón, sintió la fuerza de su cuerpo y decidió disfrutar del momento. Después fue a charlar

con su madre y se re- tiró al baño de señoras para refrescarse.

Cuando regresó, la mayor parte de los invitados se habían sentado a charlar en las mesas y Sloane estaba enfrascado en una conversación con el marido de Bettina, Frank. Suzanne aprovechó para salir a la terraza a tomar el fresco.

En aquella época del año, el clima de las islas era perfecto. Días soleados y cálidos, noches suaves y poca lluvia. Ideal para los que vivían en el sur, sometidos a inviernos crudos y a vientos huracanados que recorrían las avenidas de las ciudades grises.

En dos días, Georgia estaría en París, la ciudad de los amantes, con su hermosa arquitectura y sus impresionantes colecciones de arte. Buena comida, alta costura y perfecta compañía. Suzanne volvió a sentir envidia, ella que había soñado tanto con París.

Pero no era del todo cierto. Siempre había objetivos en la vida, algunos por los que valía la pena luchar y otros meras ilusiones. Había que luchar por los sueños, pero sin perder de vista la realidad.

Y en aquel mundo había también avaricia y egoísmo, lo que era deplorable, además de superficialidad y arrogancia. Y había personas que luchaban por ello con ahínco. Y veían cómo los sueños morían, el amor era destruido, las vidas se perdían o corrompían en la persecución de la riqueza y sus placeres.

Un estremecimiento recorrió su delgada espalda. Ella había probado ese mundo, había sentido su frío aterrador y había elegido apartarse. ¿Había acertado ocultando la verdad a todo el mundo? Sus dudas emergieron de pronto con fuerza.

—¿Quieres estar sola o estás huyendo?

Suzanne se puso recta al oír la voz de Sloane y no se movió cuando le rodeó la cintura para abrazarla por detrás.

—Ambas cosas —reconoció.

—¿Quieres contármelo?

Se mordió el labio al oír la tierna pregunta. ¿Compartir con él sus más profundos pensamientos? Eso sí sería peligroso.

—Prefiero no contarlo.

Sintió cómo la barbilla de Sloane se apoyaba en su cabeza.

—Eres consciente de que voy a insistir? Sí, lo haría. Pero no inmediatamente.

—¿No deberíamos entrar?

—He salido a buscarte —dijo Sloane—. Georgia y Trenton piensan retirarse pronto.

—Ya? No sé que hora es.

—Son las doce.

Cómo había volado el tiempo.

—El tiempo vuela cuando te diviertes —dijo Suzanne en tono frívolo y sintió un temblor cuando Sloane deslizó una mano por su cintura y la acarició lentamente.

Sabía que les podían ver desde el salón.

—No lo hagas —dijo.

—Pues vamos dentro a despedir a nuestros padres respectivos.

Alejarse de la tentación, eso era. Pero no por mucho tiempo. Tarde o temprano volverían a la habitación que compartían. ¿Qué pasaría entonces? No podría resistir el éxtasis de una noche de amor, seguida de la agonía de una separación definitiva.

Sin una palabra, se liberó de su abrazo y se dirigió al salón.

—Oh, estás aquí, cariño —le dijo Georgia al verla—. Trenton y yo pensamos marcharnos pronto —se acercó y abrazó a su hija—. Ha sido una fiesta espléndida, ¿verdad?

—Una maravilla —asintió Suzanne tomando las manos de su madre.

—Hemos quedado con los invitados en vernos a las nueve para un desayuno con champán. Os esperamos, claro está.

—Claro, mamá.

—Y ahora vámonos de aquí -declaró Trenton mirando a su mujer con apasionamiento.

Las mejillas de Georgia estaban encendidas y sus ojos azules brillaban de gozo.

Trenton dio las buenas noches y sacó a su mujer de la fiesta sin más contemplaciones.

—Quieres un café? —preguntó entonces Sloane.

—Por favor —asintió Suzanne y al momento se reunió con ellos Bettina que estaba llevando el acoso un poco lejos para el gusto de la joven

—Frank quiere acostarse, pero los demás hemos pensado dar un paseo por la playa y quizás darnos un baño. ¿Os venís?

¿Para contemplar las espléndidas formas de Bettina a la luz de la luna, volviendo loco a más de uno?

—Gracias, pero no -dijo Sloane, dulcificando la negativa con una sonrisa amable—. Tenemos otros planes.

—¿Una fiesta?

—Para dos —respondió Sloane con objetividad, mientras dejaba la taza de Suzanne en una mesa cercana y luego agarraba su mano —. ¿Nos perdonáis?

—Deberíamos —protestó Suzanne débilmente—... despedirnos de los invitados.

—Lo haremos. Rápidamente.

—Y no se extrañaran de que huyamos de esta forma?

—¿Quieres quedarte?

No. Pero tampoco quería volver al bungalow. Y desde luego no quería darse baños de luna con Bettina.

—No.

Diez minutos más tarde, estaban en su bungalow. Suzanne lo miró mientras se quitaba la chaqueta, la dejaba en una silla y se soltaba la corbata y los primeros botones de la camisa.

Después, fue al frigorífico, abrió una botella de champán fría, sirvió dos copas y le tendió una. Antes de beber un trago, rozó su copa con la de Suzanne en un brindis silencioso.

Suzanne estaba tensa, consciente de cada uno de sus gestos. La atracción que sentían se había apoderado de la escena y despertaba un ansia profunda en su interior.

Casi podía sentir la sangre circulando en sus venas, el temblor de su piel despierta y el calor que iba creciendo en su cuerpo.

Imaginar cómo sería estar entre sus brazos la excitaba y paralizaba a un tiempo. Un mes sin él había sido una eternidad, un desierto de noches en que despertaba aterida por el deseo y por la soledad. No era capaz de resistir otra prueba como aquélla.

Capítulo 8

SLOANE contempló las sombras en el rostro de Suzanne, comprendió su causa, y luchó contra el deseo de tomarla entre sus brazos. El sexo sería sin duda un alivio para ambos. Sexo sin trabas, salvaje y tierno. Casi podía oler el calor sensual de su piel, saborear su exótico aroma. La idea de hundirse en ella, de escuchar el cambio en su voz, sus gemidos de placer y llevarla lejos, le volvía loco de deseo.

—Ha sido una boda muy bonita.

Suzanne tuvo la sensación de haber dicho ya esas palabras, y supo que sonaban torpes y vacías, llenas de dudas. Debía de ser el champán lo que la hacía perder confianza. Se sentía caliente y mareada y su voluntad flaqueaba por efecto del alcohol y las emociones.

—Georgia estaba radiante —añadió por decir algo.

—Sí, desde luego.

—Y Trenton...

—No va a permitir que nada ni nadie interfiera en sus vidas —la interrumpió Sloane. Guardó silencio unos segundos y después, cuando habló, sus palabras sonaron inflexibles—. Igual que yo.

Había algo en sus ojos, una determinación y rabia, que hizo que Suzanne se estremeciera.

Lo miró con cautela, sintiendo aprensión mientras la luz se hacía en su cerebro.

—Has descubierto quién es, ¿verdad?

Su expresión se endureció, y su rostro hermoso se convirtió en una máscara de hierro.

—Sí. Esta mañana he obtenido la respuesta que buscaba.

Suzanne no tuvo que preguntar cómo lo había hecho. Tenía el poder y los contactos como para descubrir lo que se propusiera. Y era evidente que no iba a quedarse sentado tras conocer la verdad.

—¿Qué vas a hacer?

—Ya lo he hecho. El padre de Zoe conoce los hechos. Y está muy agradecido por que no la denuncie. Se va a ocupar de que la vea un psiquiatra.

Suzanne lo miró a los ojos, pero eran tan implacables que se quedó helada. Y había algo más, algo difícil de definir, pero que asustaba.

—Nadie —dijo Sloane con tono casi brutal— me amenaza, directa o indirectamente —logró contener su ira. Había descubierto que el coche de Suzanne había sido abollado y sólo podía imaginar

cómo había sido el asalto verbal de Zoe.

Suzanne percibió su rabia, observó los puños apretados y dejó la copa de champán sobre la mesa.

Tenía que salir de aquella habitación y estar sola, aunque fuera brevemente.

—Voy a dar un paseo -dijo.

—No voy a dejarte sola.

Suzanne ladeó la cabeza, sin preocuparse por el tono autoritario de Sloane.

—No te pases conmigo, Sloane —dijo y cruzó el cuarto para salir, dispuesta a pegarle si se le ocurría detenerla.

Fuera, la oscuridad era completa, y tranquilizadora, y Suzanne siguió la senda que llevaba a la playa.

Cuando pisó la arena, se inclinó para quitarse las sandalias y seguir caminando con ellas en la mano.

Sloane la había seguido, y tuvo que contenerse para no tirarle una sandalia a la cabeza. No podía impedirle que la siguiera, pero no iba a dejarle que impusiera su opinión o le dictara sus acciones cuando volviera al bungalow. Si es que volvía, decidió sobriamente. Había tumbonas en la playa y no le importaría permanecer mirando el cielo lo que quedaba de noche.

La luna bañaba la playa con un halo plateado y misterioso. Llegó hasta la arena húmeda y siguió la suave curva hacia las rocas. El agua le mojaba los pies y de pronto, guiada por un impulso, se quitó la ropa, la dejó caer sobre la arena y corrió hacia el mar.

El agua era suave y fresca contra la piel encendida, y resultaba maravilloso nadar bajo las estrellas, siguiendo la línea de la costa. Cuando se cansó, se tumbó boca arriba a descansar y mirar el cielo.

Un sonido breve la alertó antes de que Sloane apareciera a su lado. No dijo una palabra, como era de esperar, y Suzanne giró el cuerpo y se alejó nadando de él. No pensaba permitir que invadiera su espacio.

Pero sólo había dado unas brazadas cuando sintió unas manos en las caderas que la obligaron a volverse y hacer pie.

—No sigas...

No pudo decir más. Sloane la besó con una fuerza que pretendía una completa posesión de su cuerpo y su alma.

Intentó luchar, inútilmente. Era un hombre muy fuerte y sólo podía morderle. Pero, ¿cómo hacerlo cuando su boca estaba siendo invadida por su lengua, y sus sentidos arrasados por las sensaciones, su voluntad doblegada?

Le acariciaba la espalda y la nuca, sujetándola con fuerza y el

intento de Suzanne de golpearle la espalda con los puños no tuvo el menor efecto.

Cuando empezaba a ceder a la sensación, Sloane se detuvo, pero sólo para cambiar de estrategia. La cargó sobre su hombro en un gesto fácil y fue andando con ella hasta la arena.

—¿Qué diablos estás haciendo?

Sloane se inclinó de pronto, momento que Suzanne aprovechó para intentar patearle el estómago, siempre sin resultado.

—Estoy recogiendo nuestra ropa.

— Suéltame!

Sloane se irguió, ajustó el peso sobre su hombro y fue tranquilamente hacia el camino.

—No.

—Por Dios, Sloane —exclamó Suzanne—, pueden vemos.

—Me da lo mismo.

—Al menos dame tu camisa —la súplica escapó de su garganta como un gemido.

—Resulta que la llevo para cubrir una parte delicada de mi anatomía —fue la irónica respuesta.

—Reza por que logremos llegar sin que nos vean—amenazó la joven—, o no te lo perdonaré nunca.

El camino a su bungalow no era largo, pero a Suzanne le pareció una eternidad hasta que se encontró de nuevo a salvo de las miradas.

—Eres un cretino! ¿Cómo te has atrevido? —gritó, golpeándolo con los puños cuando estuvo dentro—. Déjame en el suelo.

Pero él siguió andando como si tal cosa. Subió las escaleras, se detuvo a soltar la ropa sobre una silla, fue hasta el cuarto de baño y abrió el grifo del agua caliente.

—¿Y ahora qué haces?

—Lo que parece —replicó Sloane, entrando con su carga en la ducha y cerrando la puerta de cristal. Sólo entonces la dejó bajar.

Sin pensarlo, Suzanne alzó la mano y le dio una bofetada. La rabia brillaba en sus ojos y, cuando levantó la mano de nuevo, Sloane la detuvo en el aire.

—¿Quieres pelea, Suzanne?

— Sí, especie de animal!

—Pues adelante —le soltó la mano y se mantuvo sereno, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Le brillaban los ojos, retándola para que lo hiciera y Suzanne lo hizo, golpeándole con ambos puños en los hombros y el pecho, rabiosa.

Sloane aceptó todos los golpes y sólo se quejó una vez. La joven tenía los ojos llenos de lágrimas, que empezaban a descender por sus mejillas, junto con el agua. Le dolían las manos de golpear los huesos y músculos de Sloane. Pero éste no se movió hasta que Suzanne dejó caer las manos a sus lados.

—¿Ya has terminado?

El agua caía por sus hombros y pecho y Suzanne se volvió hacia la puerta de cristal para salir, pero Sloane la detuvo.

Sin una palabra, la abrazó y calmé con gestos afectuosos todo deseo de lucha.

—Déjame salir —seguir allí era perder la cabeza.

Las manos de Sloane habían empezado a acariciarla la espalda, las nalgas y la cintura, impidiendo que pudiera moverse. Se resistió, pero no le sirvió de nada.

Le tomó el rostro entre las manos, impidiendo que se apartara de sus besos. Suzanne esperaba una invasión posesiva de su boca, y no estaba preparada para la suave caricia de su lengua. Sloane comenzó una tierna exploración, un asalto sensual que pronto la obligó a responder, sintiendo que sus entrañas se volvían líquidas y su voluntad maleable.

Sin preocuparse más del futuro, le echó los brazos al cuello y se pegó a él, devolviéndole los besos. Primero, con lentitud y cautela, cada vez con más pasión hasta que ambos se miraron con ansia.

—Por favor —el gemido de Suzanne era expresivo. No podía esperar más y una risa exultante escapó de su garganta cuando Sloane le separó los muslos y la alzó contra su cintura.

Entró en ella y Suzanne gritó ante la sensación intensa provocada por su penetración.

Se mantuvo quieto unos segundos, y luego comenzó a moverse, lentamente primero, con embistes profundos, acelerando poco a poco el ritmo, hasta que sus cuerpos se fundieron y alcanzaron el clímax al unísono.

Suzanne creía haber experimentado cada faceta de su amor, pero en aquel encuentro había una cualidad explosiva y salvaje, como si Sloane no pudiera contener sus emociones, que la dejó exhausta y conmovida. Apoyó la mejilla en su hombro, dejándose abrazar y besar tiernamente.

Siguieron mucho tiempo así, con los labios calientes de Sloane dibujando su cuello y su hombro hasta que su respiración se calmó. Sólo entonces la dejó en el suelo con infinito cuidado.

Después, le enjabonó todo el cuerpo antes de hacer lo propio con el suyo.

Suzanne se sentía incapaz de moverse, mucho menos de decir una sola palabra. Salió de la ducha y tomó una toalla, pero Sloane se la quitó de las manos y la secó tiernamente.

Ni una vez dejó de mirarla y Suzanne se dejó mimar, perdida en su mirada, en la promesa sensual que contenían sus ojos.

Lo deseaba. Mucho más de lo que podía expresar. Pero, ¿qué pasaría luego? ¿Qué sucedería el lunes, cuando volviera a Sydney y a su apartamento, intentando volver a su vida como si el fin de semana fuera un sueño?

Comenzaría la pesadilla del deseo y el amor perdidos. Una vida vacía que no quería vivir.

—Sloane… —no se atrevía a pronunciar las palabras y alzó una mano para dejarla caer con un gesto impotente.

Sloane se limitó a acariciarle la mejilla sin dejar de mirarla, recorriendo luego su cuello con los dedos abiertos. Suzanne se estaba derritiendo, alcanzando un estado de languidez en el que sólo deseaba que siguiera hasta convertir las brasas en llamaradas.

Sloane lo sabía. Ella lo veía en sus ojos, lo sentía en su caricia, que había alcanzado su pecho y lo acariciaba voluptuosamente, deteniéndose en los pezones.

Bajó la cabeza y tomó un pezón en su boca, en un beso tan evocador que rompió las pocas defensas que aún subsistían. Lo chupó y acarició con la lengua, saboreándolo hasta que Suzanne se arqueó en una invitación a que siguiera.

Una noche, gimió sin palabras. Sólo una noche.

Enlazó las manos en su nuca, y luego empezó a acariciar sus brazos, su espalda, su cintura, buscando hundirse en él, pidiendo que siguiera.

La sangre que corría por sus venas era fuego líquido y alimentaba su piel excitada hasta hacer de ella pura sensualidad.

Sloane la llevó a la cama y se hundió en ésta con ella. Estaba magnífica, con los ojos de un azul profundo y la boca suave ligeramente entreabierta y humedecida por sus besos. Tenía la piel sonrojada y el cabello revuelto sobre la almohada.

Se inclinó sobre ella y empezó a besarla, disfrutando de la sensación de poder que le producía su desatado deseo. En un gesto fluido, Suzanne se puso sobre él, arqueó el cuerpo y lo tomó dentro de ella, gimiendo al sentirlo.

Sloane se sintió feliz. Aquello era la felicidad, la unión de dos cuerpos perfectamente acoplados. La sensación creció y Suzanne empezó a moverse, creando un ritmo profundo que él siguió, con las manos en su cintura, moviéndola con fuerza hasta que la joven

alcanzó el éxtasis.

Lentamente, Suzanne se inclinó sobre él, miró sus ojos oscurecidos y no pudo dudar de la pasión que contenían. Entonces, alargó la mano y le acarició los labios, el pecho y el estómago, dibujando una línea hasta el lugar en que seguían unidos, para recorrer su propio cuerpo hasta su boca.

Un calor dulce, lento, subía por su cuerpo y Suzanne rió de contento cuando Sloane tomó su cabeza entre las manos para volver a besarla.

Esta vez no hubo dulzura en su beso. Tenía algo dramático, en su fuerza y en su deseo de posesión, como si la reclamara completamente. Buscaba más que la satisfacción sexual. Iba mucho más lejos.

Hizo gemir a Suzanne, antes de ponerla sobre la cama y colocarse sobre ella. Esta vez, Sloane tenía el control y Suzanne cruzó las piernas sobre su cintura y le dejó llevarla a su ritmo.

Después, no pudo moverse, sólo acariciar su espalda mientras el hombre descansaba con la cabeza apoyada en su pecho.

Debió quedarse dormida, pues se despertó al sentir los besos de Sloane explorando las delicadas formas de su cuerpo, saboreando su piel y descendiendo hasta sus puntos más íntimos.

Una llama nunca apagada ascendió por sus venas, recuperó su vida vibrante y primitiva, y la habilidad de Sloane la hizo ascender de nuevo entre hondos gemidos y gritar su nombre mientras caía.

Después, le dio placer, disfrutando del sudor que cubrió su piel, su respiración agitada y los temblores breves de su vientre.

Siguieron amándose toda la noche, creando un éxtasis sensual que a ratos era salvaje y a ratos perezoso y evocador.

Suzanne deseaba que no terminara nunca la mágica noche. Con el alba, llegó el sueño y después un despertar lleno de besos que los llevó a hacer el amor con ternura infinita.

—Deberíamos ir a desayunar —dijo con pesar Suzanne cuando terminaron.

Los ojos de Sloane brillaron con una ironía que no engañó a Suzanne.

—¿Crees que deberíamos?

—Sí.

Sloane la besó con dulzura, saboreó su calor y depositó pequeños besos en su hinchado labio inferior.

—¿Por qué?

Tenía que recuperar la autonomía. Aquél era el secreto. Porque si seguía con él no querría salir nunca de la cama.

—Porque estoy hambrienta —mintió, y al ver el humor en los ojos oscuros del hombre, explicó—: Hambrienta de comida. Necesito algo sustancioso —y elaboró más su propuesta con una sonrisa feliz—. Y lo mataría por una taza de café —se puso en pie ágilmente, se estiró sintiendo el placer de los músculos despiertos—. Pero lo primero es la ducha —le dedicó una mirada irónica—. Sola. De otra forma nunca saldremos de aquí.

Sloane alargó la mano y la asió para besarla por última vez. Después, la dejó marchar comentando:

—Te doy cinco minutos. Después entraré a ducharme contigo.

Eran las nueve pasadas cuando entraron en el restaurante y Suzanne eligió una mesa en la terraza, pidió café y se acercó al buffet para servirse una selección de yogur y frutas.

—Tienes un aspecto frágil esta mañana, cielo. ¿Has dormido mal?

Se dio la vuelta para encontrarse con la sonrisa deliberadamente suave de Bettina.

—¿Basas esa observación en la experiencia personal? —preguntó a su vez.

—Por qué negarlo? Me he encaprichado de un anillo de esmeraldas magnífico —la mujer sonrió cínicamente—. Y Frank necesita un pequeño empujón para comprarlo.

—Empujón que no dejarás de darle —comentó ácidamente Suzanne.

—Claro, cielo. Las mujeres siempre hemos intercambiado favores sexuales por toda clase de regalos

—Bettina pestañeó con afectación—. ¿No estás tú también trabajando duramente para que Sloane te compre un Porsche?

—La única forma de pagarme eso sería un compromiso de por vida.

Suzanne se volvió ante la voz de Sloane, que la miraba con una sonrisa soñadora e irónica a la que contestó con humor.

—No necesariamente. Mis gustos son sencillos.

—Los míos también —dijo él rápidamente—. Tú.

El pulso de la joven se aceleró al oírlo. Sloane lo apreció en la leve agitación de su garganta y en la forma en que sus labios se entreabrieron.

—Lo del Porsche era una broma —dijo Suzanne mientras se retiraba a la mesa con su plato.

—Ya o sé.

—Si se te ocurre regalarme algo -declaró con fiereza—, te lo tiro a la cara.

Sloane se sentó junto a ella dócilmente.

—Ya sé que lo harías.

—Sloane...

—¿Crees que no sé que Bettina se divierte metiendo cizaña? —la sonrisa de su boca no se correspondía con la dureza de sus ojos.

Suzanne conocía de sobra la determinación acerada bajo las formas civilizadas de Sloane. También era consciente de su penetrante inteligencia que no se dejaba engañar por la hipocresía ajena.

—Te ha puesto el ojo encima.

La risa de Sloane la hizo tensarse con enfado.

—Bettina necesita confirmar de continuo que atrae al sexo contrario. Su elección de gestos, palabras, ropa y joyas no es más que un despliegue de esa necesidad

-declaró Sloane con más seriedad—. Cualquier hombre le sirve.

—No estoy de acuerdo -declaró Suzanne alcanzando la taza de café—. Sólo le interesan los hombres ricos y famosos —bebió con ganas, y dejó la taza de nuevo—. Y tú eres el más perseguido de todos.

—No es más que palabrería —asintió Sloane con tolerancia.

—Me dijo que eras guapo, o impresionante, no recuerdo —continuó Suzanne como si no le hubiera oído.

—¿En serio?

Se lo estaba pasando muy bien, el muy cretino.

—Claramente, quiere ser tu amante.

—¿Y para qué quiero yo una amante si te tengo a ti?

—preguntó Sloane con languidez.

Suzanne tomó un trozo de fruta, lo masticó y saboreó, tomándose su tiempo antes de contestar. Luego, eligió las palabras cuidadosamente:

—No me tienes a mí.

Sloane dejó el tenedor, se inclinó sobre la mesa, relajado y claramente decidido a no mantener una conversación tensa.

—Tengo un recuerdo particularmente claro de cómo hemos pasado la noche —dijo con indolencia—. Por no hablar de las últimas horas.

No era fácil olvidarlo. Las sensaciones eran tan vivas que Suzanne sintió que el calor invadía su rostro.

—No creo que eso sea relevante.

Observó cómo Sloane alzaba la ceja con humor.

—¿No? Disiento.

—Era sólo sexo —y qué sexo, pensó para sí, sabiendo que

mentía. El término «sexo» no decía nada de lo que ellos compartían.

—Creo que tengo que llevarte otra vez a la cama

—comentó Sloane con tono burlón—. Es el único lugar en el que siempre estamos de acuerdo.

Suzanne capturó otro trozo de fruta con el tenedor.

—Se notaría mucho si nos marcháramos. La mirada que le dedicó Sloane fue definitivamente sensual.

—No acabo de ver cuál es el problema.

—Sólo piensas en una cosa —le amenazó Suzanne con el tenedor.

—Han sido más de tres semanas. La abstinencia tiene este efecto en los hombres.

No sólo en los hombres. Le bastaba pensar en la noche pasada para que la sangre se parara en sus venas.

Lo que más la molestaba era que él lo sabía. Su conocimiento se hizo patente en la forma en que le miró los labios, para descender lentamente por la pulsación que latía en su garganta y detenerse en sus senos.

—Creo —comenzó Suzanne, odiando la ronquera de su voz— que ya he comido bastante.

—Georgia y Trenton acaban de llegar —advirtió Sloane en voz baja— y vienen hacia acá.

El desayuno se convirtió en una nueva fiesta, con el champán acompañando los más delicados aperitivos.

—Debemos jugar al tenis esta tarde -declaró Georgia mientras bebía la segunda taza de café—, o no podré ponerme ningún vestido.

—Perfecto —seguido de una siesta en la playa, pensó Suzanne que necesitaba una tarde de pereza tras la noche transcurrida.

Una punzada de angustia atravesó su corazón. ¿Qué pasaría aquella noche? ¿Querría Sloane repetir la anterior? Sí, le dijo una voz interior, burlona y tentadora. Claro que querría. Pero, ¿podría ella sobrevivir a otra noche de pasión sin romperse en mil pedazos? Quizás podría explicárselo y llegar a un acuerdo con él.

Le lanzó una rápida mirada de soslayo y deseó no haberlo hecho. Sus ojos estaban clavados en su rostro, leyendo sus expresiones variables y turbulentas. Y acertando sin duda, o no lo conocía bien.

¿Podría alguien más darse cuenta de su estado de nerviosismo y ansiedad bajo su apariencia cordial y alegre? Tras la última noche, todos los límites habían sido traspasados y Suzanne ya no estaba segura de nada.

¿Qué pasaría cuando regresaran a Sydney? «No pienses en eso», se dijo. Pensar no servía de nada pues sólo había dos escenarios posibles. Y ninguno de los dos llevaba paz a su corazón.

Tuvo que hacer un esfuerzo para recuperar la calma y respirar lentamente. Le dolía el corazón, aunque fuera imposible, y sabía que su aportación a la conversación general era por lo menos pobre.

En cierto modo, era un alivio circular entre los invitados, perderse, aún por un corto lapso de tiempo, en un intercambio social con mujeres cuya máxima preocupación parecía ser el estado de su cabello, el chisme de moda y las fiestas y acontecimientos del invierno urbano a los que era de buen tono acudir.

Sloane parecía igualmente absorbido por la conversación con algunos de los amigos de Trenton. Pero cada vez que miraba en su dirección, encontraba sus ojos fijos en ella.

—¿Todavía no tenéis fecha, Suzanne? —le preguntó una mujer siguiendo su mirada.

—Paúl y yo estamos ocupadísimos hasta Navidades. Avisad con tiempo, por favor, querida —exigió otra con afecto.

—Tienes que ir a Stefano. Hará maravillas con tu pelo —aseguró una elegante morenita y una dama de aspecto maduro comentó:

—Y Marie Louise es excepcional haciendo la manicura.

—Gianfranco —insistió la pelirroja que había sacado el tema de la boda—. Es mi favorito para los vestidos. Pero dile que te envía Claudia.

—Y claro, no .se te ocurrirá ir a otro que O'Neil para las flores.

—Frank se gastó casi un millón en nuestra boda

—explicó Bettina, y no observó el silencio incómodo que siguió a su indiscreción.

Suzanne percibió el desagrado repentino de aquellas mujeres. Hablar de cantidades era de muy mal gusto entre la clase alta. Uno podía tranquilamente mencionar casas en La Riviera francesa, yates y aviones privados. Podía exponer toda su fortuna, pero jamás mencionar el precio. Todo aquello debía parecer gratuito, un regalo hecho por la vida a su superioridad y hablar de dinero era recordar el mediocre mundo de las cifras.

Eran más de las once cuando los invitados empezaron a abandonar el restaurante y, poco después, la isla, en dirección a Dunk donde tomarían sus vuelos.

Suzanne y Sloane junto con los recién casados se acercaron al puerto para despedirlos y ver alejarse el barco.

Capítulo 9

POR FIN puedo relajarme —Georgia pasó el brazo por la cintura de Trenton y se apoyó en él—. Ha sido un fin de semana espléndido. Gracias, querido.

La mirada que Trenton dirigió a su esposa hizo que Suzanne sintiera un nudo en la garganta. Había en ella tanto amor, tan visiblemente expuesto.

—No creo que pueda volver a comer o beber nada—declaró con ligereza—. Voy por un libro e iré a tumbarme a la playa.

—Nos veremos en las pistas de tenis —sugirió Trenton—. A las cuatro, ¿te parece?

—Podrías descansar sin salir de aquí —dijo Sloane cuando entraron en el bungalow.

Suzanne lo miró de frente.

—Ya. No creo que tu idea del descanso me siente muy bien — subió las escaleras y sacó un bikini negro de la maleta.

—¿Te asusta estar a solas conmigo?

Suponía una amenaza enorme para su equilibrio mental, pero miedo no era la palabra adecuada.

—Sabes que no.

Sloane se acercó a ella y le puso la mano en la espalda, iniciando un suave masaje que le pareció delicioso y tentador.

—Estás cansada?

Quería cerrar los ojos y dejarse ir contra él, dejar que la abrazara y besara, lenta, lentamente. Si se dejaba llevar por la tentación, no saldrían más del bungalow.

—Un poco.

—Déjame que te mime —ordenó con tranquilidad Sloane.

La pasión empezó a desperezarse en su interior, convirtiéndose en una excitación que recorrió su cuerpo. Pero sonrió con tristeza mezclada de nostalgia.

—No creo que sea buena idea.

Los dedos de Sloane se detuvieron un instante sobre su nuca.

—¿No?

Sus dedos volvieron a iniciar el movimiento, apartando el cabello de su cuello para poner en éste los labios y dibujar la forma suave de la garganta.

—Sloane —la protesta no fue más que un susurro ante sus caricias.

—Shhh —le dijo él dulcemente—. Relájate. ¿Debía atreverse? Quizás unos minutos no importaran. No podía ser malo dejarse

acariciar unos minutos.

Suzanne cerró los ojos y permitió que sus músculos se relajaran mientras Sloane ponía en juego toda la magia de sus fuertes manos.

Apenas tuvo conciencia de que estaba bajando la cremallera del vestido, que cayó graciosamente a sus pies. Su sostén se abrió sin resistencia y las manos de Sloane le acariciaron las caderas.

—No me parece que...

—No pienses —susurró roncamente Sloane—. Déjate ir.

Comenzó a besar su piel, siguiendo los hombros, el cuello, la piel del brazo hasta la parte interior del codo, para seguir luego las venas con los labios y alcanzar la sensible piel de la muñeca.

Un gemido de entrega escapó de su boca cuando hizo lo mismo con el otro brazo. Y no tuvo voluntad para resistirse cuando Sloane la tomó en brazos y la dejó sobre la cama.

Lo que siguió fue una lenta, torturante exploración de cada punto de su piel, cada pulso. Siguió con los labios la curva de su cadera, los muslos y rodillas hasta sus pies, que besó con pasión.

Se sintió como si fuera a morir de placer, una lenta agonía, en la que Sloane iba encendiendo cada uno de sus nervios, recorriéndola con labios y manos sin dejar nada de lado. Acarició sus senos con la lengua, su estómago, el moretón de su cadera. Nada escapó a su atención amorosa.

La sangre de Suzanne se agitó cuando alcanzó el lugar más sensible de su cuerpo, separando lentamente sus muslos y haciéndola gemir y retorcerse con sus caricias.

La tomó por las caderas y la retuvo mientras jugaba tan tierna e intensamente, que su cuerpo vibró y se estremeció en oleadas que no parecían tener fin.

Sloane sintió el temblor de su clímax y después ascendió por su vientre, besándola hasta detenerse en un pecho. Fue un largo paseo hasta su boca. Su beso fue lento y dulce, tanto que Suzanne sintió que lágrimas largo tiempo contenidas se deslizaban por sus mejillas.

Sloane percibió su temblor y alzó la cabeza para secarle las lágrimas con la lengua. Después, la estrechó contra su cuerpo.

—¿Estás mejor?

¿Tenía alguna idea de cómo se sentía?

—Sólo hay un problema —murmuró con la voz temblorosa.

Los dedos de Sloane le acariciaron la cara.

—Cuál? -

—Llevas demasiada ropa —se quejó Suzanne mirándolo.

Sus ojos eran infinitamente cálidos.

—Puedes entretenerte quitándomela.

—¿Es una invitación?

La besó levemente.

—¿Necesitas una invitación?

Aquello debía ser especial. Algo único, cuyo recuerdo la acompañara siempre. Durante las noches largas y tristes en que su alma buscaría consuelo en el pasado.

Le quitó los zapatos, luego se entretuvo un rato con su cinturón, aceptó su ayuda para retirarle el pantalón y le tocó el turno a la camisa, desabrochando cada botón lentamente, aprovechando para acariciar su pecho.

Al final sólo quedaron unos calzoncillos de seda. Suzanne rozó su cintura, pasó la mano por su estómago y permitió que sus dedos acariciaran brevemente su erección.

Control. Sloane nunca lo perdía. Una parte de Suzanne deseaba comprobar cuánto aguantaría. Le quitó los calzoncillos en un gesto rápido.

Con increíble lentitud, siguió su ejemplo, y lamió, besó y acarició su cuerpo, gozosa al sentir el temblor de su vientre, el estremecimiento de su piel mientras la recorría.

La parte más erótica y vulnerable de su anatomía fue deliberadamente dejada de lado, hasta que le llegó el turno y Suzanne comprobó que Sloane a duras penas conservaba el control.

Poco después, con un ronco gemido, la tomó por los hombros y la puso sobre la cama, entrando en ella con un envite profundo.

Suzanne rió de gozo y recibió sus besos, antes de perderse con él en una espiral de sensaciones de la que salieron unidos, exhaustos y felices.

Después, se pegó a su cuerpo, dejándose acunar, sintiendo sus caricias en la espalda hasta que llegó el sueño. Se adormeció sin sentir dudas, segura entre sus brazos. Era suya. Nada más podía pensar.

Suzanne despertó sintiendo unos labios sobre los suyos y abrió los ojos muy despacio hasta enfocar al hombre que había perturbado la dulce ensoñación de la que no deseaba salir.

—Son casi las cuatro —la informó Sloane y Suzanne sonrió dulcemente.

—Es hora de levantarnos, duchamos y reunirnos con Georgia y Trenton para jugar al tenis.

—Puedo telefonear y decirles que no vamos.

—No podemos dejarlos plantados —opinó Suzanne haciendo reír a Sloane—. ¿O sí?

—Eres mala —Sloane salió de la cama y le tendió la mano—.

Venga, o llegaremos tarde.

Y llegaron tarde, pero sólo diez minutos. Encontraron a sus padres en la cancha de tenis, jugando un partido amistoso.

Optaron por jugar un set y se divirtieron mezclando competencia y bromas, hasta que Suzanne y Sloane obtuvieron una estrecha victoria.

—¿Queréis beber algo? —sugirió Sloane al terminar, y Trenton le puso la mano en el hombro, asintiendo.

—Empiezo a notar la edad —dijo Georgia, riendo, mientras se dejaba caer en un sofá en el hotel.

Trenton avisó al camarero, que les llevó bebidas frías.

—Cenamos a las seis y media? —propuso después—. Al fin y al cabo, no hemos comido.

Era su última noche en la isla, pensó Suzanne, sin saber si se sentía triste o aliviada por ver el final del túnel.

Lo que había empezado como una tortura había tomado un rumbo tan inesperado que ya no sabía qué sentir.

Todo temor o resentimiento había desaparecido. ¿Qué había ocupado su lugar? El sexo había sido estupendo. Mejor: increíble. Pero, ¿era sexo todo lo que había entre ellos?

Deseaba preguntarlo, pero no se atrevía. Temía la respuesta, pues sabía que tenía que preservarse de un dolor o humillación demasiado fuertes si quería salir indemne de todo aquello.

—Va a ser la última noche que pasemos con Georgia y Trenton en mucho tiempo —reflexionó Sloane con amable indolencia—. ¿Qué os apetece hacer? ¿Jugar a las cartas? ¿O pasear por la playa tras la cena?

Trenton miró a su esposa y a Suzanne esperando confirmación.

La sonrisa de Georgia fue contagiosa.

—Cartas. Suzanne y yo somos buenas. ¿Verdad, tesoro?

Era la elección más estimulante y más fácil, asintió Suzanne, agradecida.

—Sí -dijo con buen humor—. Combinando nuestro talento somos invencibles.

Sloane alzó la ceja, mirando a su padre.

—Chicos contra chicas?

Trenton soltó una carcajada.

—Sabes jugar, Sloane? Si no es así, tenemos un problema.

—¿En nuestro bungalow o en el vuestro?

—El vuestro —decidió Trenton antes de lanzar una mirada juguetona a su mujer—. Así podremos irnos cuando nos apetezca.

—Traed cerillas —les advirtió solemnemente Suzanne—. Georgia y yo nunca jugamos con dinero.

Terminaron los refrescos y salieron a tomar el aire fresco de la tarde. Caía la noche y ya habían encendido las luces del hotel y sus alrededores.

Trenton y Georgia tomaron la senda que llevaba a su bungalow.

—Nos vemos en media hora.

Una vez en su bungalow, Suzanne subió directamente a la ducha, se quitó la ropa y entró en la ducha. Para su sorpresa, Sloane se unió a ella al instante.

Su presencia desencadenó una espiral de energía sensual a la que se entregaron hasta terminar jadeantes y muy limpios. Antes de salir del baño, Sloane la besó con pasión por última vez. Luego, se secaron.

—No creo que haga falta que nos arreglemos esta noche.

Pero Suzanne lo hizo. Se puso unos pantalones de seda negros y un top igualmente negro y añadió únicamente la cadena de oro que Georgia le había regalado cuando cumplió veintiún años. Sandalias de medio tacón completaron su atuendo.

Con sus pantalones de lino y una camisa azul, Sloane estaba guapo y emanaba de él una energía vibrante y masculina, por la que Suzanne se dejó rodear mientras caminaban de la mano hacia el restaurante.

Cenaron charlando alegremente: mariscos de la zona, ensaladas, seguido de una tabla de quesos, todo regado con vino blanco. Después fueron caminando lentamente, alargando el paseo, hasta el bungalow de Suzanne y Sloane, y una vez allí, se instalaron cómodamente a jugar.

Suzanne disfrutaba del juego, más que de la victoria. Le gustaba calcular mentalmente qué cartas había en la mesa e intuir cómo se comportarían los demás jugadores. No le gustaban los sistemas, pero la mezcla de cálculo y psicología la entusiasmaba.

Como pareja, Georgia y ella eran invencibles. Tras cuatro manos ganadas por las chicas, Sloane comentó:

—Creo que estamos a punto de hundimos.

Trenton sonrió.

—Si volvemos a ganar, podemos cambiar de pareja

—ofreció Georgia generosamente.

—Eso puede ser interesante —murmuró Sloane mirando a Suzanne.

—No creo que debamos hacer eso, mamá. Estos dos no están acostumbrados a perder y les sienta bien.

Sloane alzó la mano y le acarició la mejilla.

—No creas —dijo dulcemente—. A veces me ha sucedido —la mirada era tan cálida, que Suzanne no pudo evitar que el calor inflamara sus mejillas.

—Vas a violentar a mi madre —se quejó para detenerlo.

—Lo dudo —rió Georgia.

—Bueno, vamos a jugar —dijo Suzanne queriendo cambiar de tema, pero dispuesta a devolverle la provocación a Sloane cuando estuvieran solos. Le dedicó una mirada amenazante, apenas disimulada, y recibió a cambio una de sus sonrisas llenas de humor.

La satisfizo volver a ganar, y después, se emparejó con Trenton, y la partida se igualó, ganando por muy poco Georgia y Sloane.

Estar sentada frente a él le daba la oportunidad de observar cada uno de sus gestos, la duda cuando miraba sus cartas o a la alegría ante una buena mano.

Era un gran estratega y aprendía muy rápido. Demasiado. Le hacía pensar si no habría perdido antes deliberadamente.

—¿Alguien quiere un café?

—No, gracias, hija —Georgia miró su reloj y se puso en pie—. Nos veremos por la mañana. ¿A las ocho?

Sloane acompañó a Suzanne a la puerta.

—Ahí estaremos.

Se besaron como despedida y Georgia comentó:

—Descansad.

Tan pronto como se cerró la puerta, Suzanne fue hacia la mesa y se puso a recoger cerillas y a guardar las cartas.

—Déjalo así.

Su sonrisa era cariñosa y tan íntima que Suzanne estuvo a punto de derretirse ante su calor.

—Sólo tardo un minuto. Luego, haremos las maletas.

La expresión de Sloane no cambió.

—Tenemos tiempo de sobra de hacer eso mañana. Suzanne lo miró con gesto impotente.

—Sloane...

¿Cómo explicarle que era un nudo de nervios, que se sentía aliviada por el final de su convivencia y al mismo tiempo destrozada por la inminencia de su separación? ¿Deseándolo y temiendo otra noche de pasión que la dejaría con el corazón roto? Suspiró y luego dijo, reuniendo sus fuerzas:

—No tardaré.

Pero Sloane estaba cerca, demasiado cerca. Contuvo el aliento mientras su pulso se aceleraba.

—Mírame.

El estómago de Suzanne dio un vuelco.

—Sloane... —repitió.

—Suzanne, mírame —la orden era demasiado suave. Suzanne dejó de recoger las cartas y lo miró, cruzando los brazos en un gesto voluntariamente defensivo.

—Estás nerviosa y frágil como un gatito recién nacido —Sloane habló con tensión, él mismo consumido por las emociones—. Quiero que hablemos del porqué.

¿Dónde podía empezar? Las palabras le parecían superfluas o contradictorias, y sin embargo sabía que debían hablar.

Miró sus rasgos endurecidos y sintió que avanzaba al borde de un precipicio.

—Tengo que acostarme. Es tarde y estoy cansada.

Sloane alargó la mano y la tomó por la barbilla para hacerle dar la cara.

—Estás evitando el tema.

Los ojos de Suzanne se oscurecieron por el esfuerzo de contener la emoción.

—Mañana volveremos a Sydney y a nuestras vidas separadas.

—Si crees que voy a permitir que eso ocurra, estás muy equivocada.

Sloane acompañó la frase del gesto, besándola con dureza y voluptuosidad. Suzanne luchó por no responder, sintiéndose vulnerable ante la forma en que su cuerpo respondía a sus gestos.

Un hombre podía poner en juego todos los trucos de la seducción para conseguir satisfacción sexual. ¿Era eso lo que estaba haciendo Sloane? ¿Lo que llevaba haciendo todo el fin de semana?

Aunque todo tenía dos caras. Y ella no se había resistido precisamente.

Cuando Sloane alzó su rostro, Suzanne sólo pudo permanecer en silencio, luchando por ocultar el dolor en su mirada. Sloane pasó el brazo por su cintura y ella intentó poner cierta distancia entre ellos.

—Por favor, no lo hagas —rogó.

—¿Que no haga qué, Suzanne? ¿Llevarte a la cama? ¿De eso estamos hablando? —buscó sus ojos y encontró el aleteo de temor que los recorría.

—El sexo no es la respuesta a todo.

El observó el leve temblor de sus labios, el gesto angustiado... y deseó borrar de su mente toda indecisión, y reemplazarla por el amor sin trabas que Suzanne le había dado al principio de su relación.

—Lo que compartimos no es sexo —dijo Sloane amablemente.

Era intimidad compartida, el placer buscado con todos los sentidos, y el último fin de todo ello, sólo el amor.

—La última noche…

—La última noche fue un error.

Los rasgos de Sloane se endurecieron ante la sentencia de Suzanne.

Capítulo 10

NO FUE un error.

—Sloane...

—¿Qué excusa vas a probar ahora, Suzanne? ¿Que tomaste demasiado champán cuando todos sabemos que bebiste dos copas? ¿Que no pensaste en nada? —la miró con dureza de obsidiana—. ¿Qué?

Oh, señor. Suzanne cerró los ojos y volvió a abrirlos.

—No he dicho eso.

—Pues explícame qué fue lo de anoche.

Fue magia, euforia. Una sensación devastadora. Intentó alzar los hombros y no lo logró.

—Dejé que la simulación se hiciera real —realmente sólo había deseado estar en el paraíso por última vez.

—Y piensas que me lo voy a creer? —la voz de Sloane era peligrosamente tranquila.

—Por Dios, Sloane, ¿qué quieres ahora? ¿Un maldito análisis de mis sentimientos?

—Quiero la verdad.

—¿Qué verdad?

—Éramos dos en la cama. Y tú estabas conmigo en cuerpo y alma si no recuerdo mal.

—Y qué prueba eso, aparte de que eres un buen amante?

—¿Quieres decir que responderías a cualquier hombre como a mí?

No. Lo sabía. Tan profundamente, que no pudo ni pronunciar palabra.

—¿Suzanne?

Los ojos de Sloane lanzaron llamas.

—No has contestado a mi pregunta.

Suzanne alzó la barbilla y lo miró retadoramente.

—¿Qué harías s te dijera que sí?

La expresión de Sloane era una clara respuesta:

—Tendría la tentación de darte una paliza.

—No eres un hombre violento —Suzanne habló con seguridad, aunque sabía que la calma aparente de Sloane ocultaba un volcán de emociones que podía escapar a su control.

—Prueba —la voz del hombre era suave como la seda, y un estremecimiento recorrió la espalda de Suzanne.

Poco quedaba de la frialdad del brillante abogado. Tampoco estaba allí el sofisticado miembro de la alta sociedad. En su lugar,

había un hombre dispuesto a luchar con palabras y gestos para salir vencedor.

Suzanne movió los hombros con un gesto lleno de alarma.

—¿No podemos esperar a la mañana? —la luz del día les ayudaría a salir de aquello.

—No.

—Sloane

—No —reiteró sin un temblor en la voz.

Suzanne se sentía sin fuerzas, agotada física y emocionalmente, deseosa sólo de meterse en la cama y dormir mucho tiempo.

Pero cuando se despertara por la mañana, el largo fin de semana habría terminado. Tendría que volver a Sydney, a la monotonía, al trabajo y a la vida sin Sloane.

—¿Qué quieres de mí? —el grito escapó de su corazón.

Un músculo tembló en la mandíbula de Sloane.

—A ti. Sólo a ti.

A Suzanne, la garganta le dolía por la emoción y hubiera jurado que su corazón había dejado de latir.

—Como mi esposa, mi compañera, la mitad de mi alma. Para el resto de mi vida.

Suzanne lo miró en silencio, intentando encontrar palabras con sentido.

Pero Sloane no le dio la oportunidad de hablar.

—He traído los papeles para la boda —declaró—. Lo único que tienes que hacer es firmar antes de la ceremonia de mañana.

La voz de Suzanne salió a duras penas.

—¿Mañana? —su pregunta no fue más que un gemido—. ¿Te has vuelto loco?

—Estoy más cuerdo que nunca.

Suzanne sintió que necesitaba sentarse.

—No podemos...

—Claro que podemos —insistió Sloane—. Conoces tan bien la ley como yo —hizo una pausa y luego acarició la mejilla de Suzanne con dulzura—. Georgia y Trenton serán testigos.

—Crees que voy a aceptar todo esto? —su pregunta fue muy débil.

Sloane la miró durante largos minutos, casi eternos, examinando el cabello rubio, los ojos cristalinos, tan hermosos sin maquillaje, la piel translúcida. Y jugó su última carta.

—Podemos volver a Sydney mañana y planear con calma el evento social del año. Decidir la fecha, el vestido, la lista de invitados, las relaciones con la prensa. Si es lo que deseas, lo haré.

Feliz y sin rechistar —hizo una pausa y dulcificó el tono—. Haré todo para obtenerte —volvió a acariciarle la mandíbula—. O podemos casarnos tranquilamente mañana —su sonrisa era cálida, amorosa—. Tú eliges.

La vida con Sloane. La vida sin Sloane. No había la menor elección. Nunca la hubo.

—Mañana? —repitió Suzanne con asombro.

—Mañana —insistió Sloane.

La mente de Suzanne empezó a correr locamente.

—Lo habías planeado así —dijo con la voz temblorosa—. ¿Verdad?

—Había planeado casarme contigo —reconoció Sloane—. El cómo y dónde era irrelevante.

Lo miró fijamente y encontró la familiar determinación.

—La boda de Trenton y Georgia, una isla perdida

—olvidó hablar, perdida en sus pensamientos—... Sus planes facilitaron los tuyos.

—Esa es la verdad —terminó Sloane.

—Pero qué pasaría si...

Hubo un temblor de tensión bajo el aspecto seguro de sí mismo de Sloane. Perderla un tiempo había estado a punto de volverle loco.

—Dijiste que necesitabas tiempo y espacio —comenzó lentamente—... Y decidí dártelo. Un tiempo razonable.

Suzanne asimiló las palabras y comprendió su sentido profundo.

—Tenías tanta confianza en mí?

Un ligero temblor en la voz de la joven le hizo sonreír, y alzó la mano para retirarle un mechón de la cara.

—Sí -declaró.

Suzanne leyó la pasión en los ojos castaños y sintió que sus huesos empezaban a derretirse.

—Gracias -dijo con sencillez.

La sonrisa de Sloane fue amplia y feliz. Luego, se inclinó hacia ella y la besó en el cuello, ascendiendo hasta rozar sus labios.

Sin vacilar, Suzanne le echó los brazos al cuello y separó los labios para un beso que le robó el alma. Mucho tiempo después, se separaron y Sloane murmuró:

—Tenemos que organizar una boda.

Los ojos de la joven brillaron y decidió burlarse un poco de él:

—No puedo casarme. No tengo vestido.

—Claro que sí.

Suzanne intentó recordar qué ropa había metido en la maleta.

—¿Sí? —el vestido azul que había llevado el día anterior bastaría para una ceremonia sencilla.., si es que la limpieza y la plancha operaban milagros.

—Confía en mí.

Suzanne abrió la boca y volvió a cerrarla. El gesto hizo sonreír a Sloane.

—Debo tomar esa respuesta como un sí?

Suzanne intentó hablar solemnemente, pero no pudo:

—Depende de a qué esté diciendo que sí.

Sloane se inclinó de nuevo a besarle la mejilla, el cuello, y los labios. La besó hasta dejarla sin aliento, sin la menor duda de lo que quería de ella. Todo.

—Cásate conmigo.

La boca de Sloane y sus manos estaban jugando con ella, haciéndola perder el sentido, recorriendo sus senos y sus caderas.

—Mañana.

Sí, gritó Suzanne en silencio. Deseaba hablar y hacer promesas y decir lo que sentía.

—Sloane.

Las manos del hombre se detuvieron al oír su tono de voz y su boca se separó de su garganta. Alzó la cabeza para mirar sus ojos muy abiertos.

—Te quiero —era lo que necesitaba decir. Palabras sencillas con las que entregaba su alma.

A Sloane le temblaron ligeramente las manos por la emoción y su expresión fue completamente sincera.

Alegría, amor, pasión por ella. Eso decían los ojos negros de Sloane.

—Gracias —murmuró.

Toda la rabia, la desesperación y el temor que habían teñido las últimas semanas habían desaparecido. Y Sloane supo que no quería volver a sentir lo mismo.

No permitiría que nadie amenazara u ofendiera el sentimiento que había entre ellos. No dejaría que las dudas les hicieran daño, no permitiría que la inseguridad los afectara. Se ocuparía de ello personalmente. Cada día de su vida.

Suzanne observó las emociones en su rostro y supo comprenderlas. La resolución, la ternura. El amor.

El pulgar de Sloane acarició su labio inferior con una adoración que casi la hizo llorar.

—Soy tuyo —dijo en voz baja—. Para siempre —su sonrisa se hizo más tierna—. Siempre —repitió.

Suzanne tuvo que pestañear para ocultar la humedad sospechosa de sus pupilas.

—¿Qué van a pensar Georgia y Trenton?

Sloane le besó la punta de la nariz.

—Estarán felices.

Suzanne se dejó ir contra él, encantada de poder al fin buscar refugio en su fuerza sin sentir temor al futuro.

—Vamos a...

Se detuvo y Sloane terminó la frase, después de acariciarle la espalda.

—... Hacer el amor? —su voz y sus gestos eran infinitamente sensuales.

—Vamos a dar un paseo por la playa —ahora que no quedaban invitados en la isla, quería disfrutar de la hermosa noche bajo la luna, de aquel lugar alejado de la ciudad donde todo había vuelto a ser mágico.

—Claro. Después -dijo Sloane.

—A condición de que nos quede energía —rió Suzanne y su risa fue interrumpida por un beso intenso que prometía placeres sin fin.

—¿Estás planeando agotarme, eh? —bromeó Sloane mientras subían y se tumbaban en la cama.

Mientras se desnudaban, los ojos de Sloane eran oscuros y hermosos, llenos de vida, de una pasión que cortó el aliento de Suzanne. Lentamente, con una sensualidad que no era teatral, la joven se quitó el top y lo dejó caer junto a la cama.

Sloane se puso de rodillas frente a ella y Suzanne le besó el hombro, siguiendo hasta el pezón y luego la línea oscura del vientre. Acarició con la lengua la potente erección cubierta aún por los calzoncillos de seda. Tomó estos con los dientes y comenzó a bajarlos, lentamente, hasta dejarlos enrollados en los muslos.

Las formas masculinas eran hermosas, y la promesa del placer intensa. Suzanne se sentía como si quisiera llorar y reír al mismo tiempo, feliz por estar con el hombre al que amaba. Quería decirle, o mejor expresarle, que al fin se sentía en casa, y que no había nada de lo que se arrepintiera.

Y así lo hizo. Con infinita ternura y pasión, sin la menor reserva o pudor.

No hubiera podido decir cuándo Sloane recuperó el control y la tomó. Sólo que ambos compartieron sensaciones y emociones que los llevaron hasta el amanecer.

Suzanne se estiró mientras los incansables dedos de Sloane le

acariciaban el vientre con amor. No quería moverse. Tampoco se sentía capaz de moverse.

—Supongo que el paseo a la luz de la luna tendrá que esperar.

El tono divertido de Sloane junto a su aliento cercano hizo que Suzanne abriera los ojos, observando la claridad grisácea de la aurora.

—Bueno —dijo—, siempre podemos damos un baño matutino.

La risa suave de Sloane le acarició la sien y lo miró, encontrando la calidez de su generosa sonrisa y sus ojos casi líquidos de pasión. Arrugó la nariz para decir:

—No me crees capaz?

La sonrisa se intensificó, creando pequeñas arrugas alrededor de sus ojos.

—Tendría que ir contigo por si te ahogas.

—¿Mientras que tú, por supuesto, estás lleno de energía, como siempre? —llevó la mano al vientre de Sloane y lo acarició.

—Ve más abajo y no me hago responsable de las consecuencias —le advirtió Sloane roncamente.

—Sólo quería comprobarlo —la sonrisa de Suzanne era coqueta, pero tuvo que gemir cuando Sloane la hizo ponerse de espaldas, se puso sobre ella con todo el peso de su cuerpo enardecido y tomó su boca.

Se abrazó a él y se unió a su pasión, a una fiereza que terminó en algo increíblemente dulce.

—Un baño —dijo con una sonrisa débil Suzanne—. Nos hace falta un baño o nunca saldremos de aquí.

Se levantaron, se pusieron los bañadores y tomaron las toallas mientras Suzanne se cubría con un vestido de algodón.

Fuera todo estaba en calma, y no había un solo sonido. Ni siquiera los pájaros habían empezado a agitarse. Sólo se oía el rumor del viento en las copas de los árboles y el ruido de las olas.

Un nuevo día, se dijo Suzanne soñadoramente, mientras los colores se iban haciendo más intensos. La arena blanca, crujiente, el cambiante color del mar, azul primero, cada vez más verdoso, tan definido frente al cielo que empezaba a clarear. El aire era cálido, aunque sin la pesadez de las horas de sol.

Mientras avanzaban por la arena, el sol se iba elevando sobre el mar y los pájaros volvían a su agitada y cantarina vida.

Sloane observó los gestos de Suzanne, el brillo de sus ojos y la forma en que su sonrisa recibía el nuevo día.

—Quieres que caminemos por la orilla?

Suzanne se volvió hacia él. Sus ojos estaban llenos de alegría.

—¿Mojar los pies y jugar con las piedras y las caracolas?

—¿Volver a la casa y sacrificar el baño a cambio de una ducha caliente? —propuso Sloane, siguiendo el juego.

Suzanne rió y tomó su mano.

—Cobarde —dijo--. Un buen baño en el agua fría y un buen desayuno —sonrió—... Es lo que necesitamos para empezar el día —sus ojos brillaron de humor—... Tonto el último —pero no pudo correr, pues Sloane la agarró y la cargó sobre sus hombros—... ¡Sloane! ¿Qué haces? ¡Suéltame!

El agua estaba fresca, no fría, y definitivamente deliciosa. El desayuno vino después de una ducha caliente y compartida.

Las cosas fueron luego muy rápidas. El oficiante había regresado, dispuesto a iniciar otra ceremonia. Georgia y Trenton estaban completamente felices con la noticia. El gerente del hotel no tuvo ningún problema en preparar un festín para cuatro.

Suzanne soltó una gozosa exclamación cuando Georgia sacó un vestido de novia color marfil de su armario y se lo tendió. Era el plan de emergencia previsto por Sloane. Evidentemente no faltaba el velo ni los zapatos de raso.

Suzanne acarició la tela exquisita de satén.

—Es precioso —y la talla era perfecta—. ¿Tú has ayudado?

Georgia negó con la cabeza.

—Te juro que lo hizo solo.

—¿No vas a preguntarme si tengo dudas?

—No hace falta —dijo su madre suavemente_, Sé que mi hija no iría a casarse si tuviera dudas de algún tipo.

No, pensó Suzanne, contemplándose en silencio mientras arreglaba su maquillaje y se recogía el pelo.

A las once, terminó de ajustarse el velo y se miró en el espejo del baño.

—Estás impresionante —dijo Georgia con una sonrisa trémula.

—No se te ocurra llorar —le advirtió Suzanne sonriendo a su vez —, O yo lloraré también y tendremos que maquillarlos de nuevo y llegaremos tarde. Y Sloane enviará a su padre a buscarnos, y organizará un escándalo —sus ojos brillaron malévolamente_. No quiero ni imaginar la escena, todos llorando, incluido el sacerdote. Tampoco queremos que esta ceremonia tan presurosamente organizada aparezca como un rapto a ojos de alguien que alerte a la prensa. ¿Te imaginas lo que escribirían en las revistas de cotilleo?

La boca de Georgia volvió a temblar mientras tomaba la mano de su hija y la apretaba con gratitud.

—Sería impensable.

Habían retirado las mesas de un extremo del restaurante y colocado un elegante arco de flores exóticas bajo el cual esperaban los hombres. Habían colocado una alfombra roja entre las filas sin invitados y la música escapaba de algún oculto lugar.

Suzanne tomó aire, sintió el apretón cariñoso de su madre que la llevaba del brazo y comenzó a avanzar lentamente hacia el lugar donde esperaba Sloane.

Padre e hijo eran similares en peso y estatura, ambos elegantemente vestidos y ambos giraron casi al tiempo para mirar a las mujeres de su vida.

Suzanne sintió que el tiempo se detenía. Sus ojos se encontraron con los de Sloane y allí permanecieron, mientras el resto del mundo se disolvía.

La expresión de aquellos ojos hablaba de un amor tan completo, que Suzanne dejó de respirar, a punto de tropezar ante la admiración y dulzura de su sonrisa.

Cuando llegó a su lado, Sloane le tomó la mano y se la llevó a los labios para besar cada dedo, haciendo que el tiempo se detuviera de nuevo.

Apenas se fijó en que Georgia se había colocado a su lado y sólo recuperó la atención cuando el oficiante inició las palabras que les convertirían en marido y mujer.

—Puede besar a la novia.

Sloane levantó el velo con cuidado y tomó su rostro con las manos para besarla.

Después, brindaron con champán, posaron para el fotógrafo que había permanecido en el hotel, tomaron asiento en una mesa bellamente dispuesta, y disfrutaron de una comida exquisita seguida de una tarta nupcial deliciosa que precisó más champán y nuevos brindis de felicidad. Después, tomaron café.

En cuestión de bodas, aquella debía de ser la más íntima y discreta de la historia, se dijo Suzanne mientras se despedían de los padres, daban las gracias al personal del hotel y se dirigían al bungalow.

Por desgracia, el fin de semana romántico estaba a punto de terminar, pues el barco dejaba la isla en menos de una hora y tendrían que regresar a Sydney.

Una vez dentro de su villa, Sloane le tomó las manos y la acercó a él.

—No tenemos tiempo para eso —dijo Suzanne con una risa ahogada por los besos.

—Depende de qué sea «eso» —bromeó Sloane, besándola en la

comisura de los labios y mordiendo su labio inferior.

Un gemido escapó de la garganta de Suzanne, que abrió la boca para facilitar una posesión completa.

Tardaron mucho en separarse y cuando lo hicieron, los ojos de Suzanne parecían brumosos de deseo.

—Creo -dijo con un temblor— que debemos hacer las maletas.

Sloane sonrió.

—Cambiarnos estaría bien, pero no hace falta hacer las maletas —le besó la sien y permaneció con los labios pegados a ella—. Nos quedamos aquí.

—¿Qué dices? Tenemos que trabajar mañana —abrió los ojos—. Y tú debes de tener algún juicio —su voz se hizo un susurro—. No es posible.

Sloane se alejó para vigilar su expresión con divertida languidez.

—Sólo tuve que hacer unas llamadas.

—Pero no puedes...

—Lo he hecho.

—Mi trabajo...

—Está asegurado —rió Sloane—. No hay problema.

Suzanne tomó aire y lo soltó para calmarse.

—¿Qué les has dicho?

Sloane le acarició el cuello antes de hablar:

—La verdad —dijo—. Y tienes una semana de vacaciones, además de la bendición de tus jefes.

Era cierto que su trabajo podían hacerlo entre sus compañeros. Pero Sloane era otra cosa.

—¿tú?

—Yo he planeado esto con tiempo —declaró Sloane y se encogió de hombros—. He pedido unos cuantos favores, y renunciado a algunos casos.

—Cuánto tiempo?

No podía ser más de un día o dos.

—No me esperan hasta el viernes.

Suzanne deseó abrazarlo y besarlo al mismo tiempo.

—Te quiero -dijo con pasión—. Y más tarde, te demostraré cuánto.

—Promesas?

Suzanne le dedicó una sonrisa amplia.

—Oh, sí, claro que son promesas —dijo—. Pero ahora tenemos que cambiarnos e ir a despedir a Georgia y Trenton.

La boca de Sloane se curvó sensual y burlonamente.

—¿Y luego?

—El día de la boda de una chica es algo muy especial —Suzanne lo miró con perversidad—. Algo para recordar toda la vida —alzo la mano y contó—. Está el champán, el vals, el ramo de la novia —el humor hizo más azules sus ojos—. Has planeado la primera mitad del día. ¿Me dejarás hacer la segunda a mi manera?

Sloane tomó sus manos y las besó antes de soltarla.

—Supongo que sí.

Capitulo 11

ALCANZARON el embarcadero unos minutos antes de que Georgia y Trenton, junto con el sacerdote, embarcaran. Los adioses fueron tiernos y alegres, pero breves.

—Quiero tarjetas de París —insistió Suzanne besando a su madre.

—Desde luego.

Permanecieron enlazados hasta que el barco se perdió en el horizonte, y sólo entonces se dieron la vuelta.

—Vamos a la playa.

Sloane miró el rostro de Suzanne, observó sus ojeras y se sintió culpable. Necesitaba dormir y recuperarse. Ambos necesitaban dormir.

—Nada de trepar rocas —amenazó y Suzanne rió con risa alegre y ligera que le calentó el corazón.

—¿Intentas conservar la energía?

—No sólo la mía, querida —respondió Sloane. Caminaron por la senda hasta la arena y luego por la playa hasta llegar al límite y volver sobre sus pasos. La piscina brillaba de forma incitante y nadaron un rato antes de tumbarse, uno junto al otro, en las tumbonas, dejando que el sol y la brisa los acariciara.

Suzanne debió dormirse, pues soñó con historias inconexas hasta que una caricia en su brazo desnudo la despertó. El sol estaba bajo y las sombras cubrían sus tumbonas.

—Es tarde.

—Qué más da? —dijo Sloane, poniéndose sobre un codo para mirarla.

La joven se puso en pie, con energías nuevas.

—Tenemos una reserva para la cena dentro de media hora —tendió la mano—. Tenemos tiempo de vestirnos y ponemos guapos.

En poco tiempo, estaban de nuevo en la terraza del hotel, mirando el atardecer sobre la bahía. Pidieron vino y una cena ligera y sabrosa, compuesta de ostras y lenguados a la plancha.

La anticipación era el afrodisíaco más fuerte y ambos perdieron tiempo deliberadamente, mirando la oscuridad, hablando de todo y de nada, retrasando el momento de regresar al bungalow.

Había música de fondo y Suzanne sonreía continuamente mirando a Sloane. De pronto alargó la mano hacia él.

—Falta el baile.

El paraíso no podía ser mejor que aquello, pensó soñadoramente Suzanne mientras se dejaba llevar por el ritmo de su cuerpo,

sintiendo el aliento cálido de Sloane sobre su sien.

Sería tan fácil murmurar, «vámonos», y volver al bungalow.

Sloane percibió sus sentimientos y besó la frente de la joven. Tendrían muchas otras noches como aquella, toda una vida por delante. Cerró los ojos y murmuró «Gracias a Dios» para sí mismo.

¿Se daba cuenta Suzanne de lo que representaba para él? ¿De lo que había pasado creyendo que podía perderla? La vida sin ella le parecía una lenta agonía.

Desde el primer momento supo que era alguien especial. Incluso cortejarla había sido difícil para un hombre que jamás había tenido que perseguir a una mujer. Todas se le ofrecían, pero Suzanne fue diferente. Allí no había artificio, ni juegos, ni disimulos emocionales. Sólo sinceridad y un alma hermosa.

Él se había movido demasiado rápido. La había presionado. La imagen de los Wilson Willoughby no había jugado a su favor, todo lo contrario. A punto estuvo de perderla por la antipatía que ella sentía por cualquier forma de esnobismo.

La noche en que entró en su apartamento y descubrió la nota, fue la peor de toda su vida. Durante varios minutos sólo sintió pánico, el horror de la pérdida y una rabia ciega, casi homicida. En la nota no había teléfono ni dirección y no logró hablar con ella hasta la mañana siguiente cuando llegó a trabajar.

—Ya es hora de tirar el ramo.

Sloane relajó el abrazo que los recuerdos habían tensado involuntariamente y la miró mientras elegía unas flores de un centro de mesa.

—Y a quién se lo piensas lanzar?

—Eso sí que es un problema —sonrió Suzanne—. ¿A la camarera?

Se limitó a explicarlo al personal y en pocos minutos, medio bar estaba ante ella, riendo y bromeando con la ocurrencia.

—No es realmente un ramo.

—No creo que les importe.

Y claro que no les importó. Todos rieron cuando las flores volaron para caer sobre un par de manos alzadas.

Suzanne se volvió hacia Sloane con un brillo en la mirada.

—Ya podemos marchamos.

La luna bañaba el paisaje con una luz tenue. A mitad de camino, Suzanne se detuvo para besar a su marido y éste respondió convirtiendo un gesto espontáneo en algo mucho más sensual.

Tenían casi una semana para ellos, con sus días de abandono y sus noches de pasión, soñó Suzanne mientras entraban en el

bungalow. Tiempo para el romance antes de volver a la realidad de sus agitadas vidas. Pero por algún motivo, sus obligaciones sociales ya no la asustaban.

Sloane abrió la puerta y dio la luz. Suzanne entró y se detuvo en seco.

La casa estaba repleta de flores. En grandes jarrones, distribuidas sobre todos los muebles, tanto abajo como en el dormitorio, todo estaba lleno de rosas rojas que invadían el lugar con su dulce aroma.

Suzanne abrió los ojos, aspiró con placer, y sintió que iba a echarse a llorar. Se dio la vuelta con aire interrogativo, con los labios. Temblando de emoción.

—Mientras tú hacías tus planes —dijo Sloane—, yo también hacía los míos.

—Son tantas —dijo ella sin aliento, tocando el ramo más cercano.

Sloane fue hasta ella y la abrazó.

—Una docena por cada año del resto de nuestras vidas.

El corazón de Suzanne dio un vuelco. Giró para mirarlo y se encontró con sus ojos graves y llenos de dulzura, tan negros como la noche.

—Te quiero, no sabes cuánto —susurró Suzanne—. Siempre te he querido.

Sus labios se rozaron y separaron un momento.

—Ya lo sé -dijo él con sencillez—. Saberlo me permitió no volverme loco.

La besó de nuevo, buscando todo lo que tanto habían echado de menos.

Pero no bastaba. Suzanne gimió mientras sus dedos buscaban la carne bajo la ropa, y rió de contento cuando Sloane la tomó entre sus brazos y la alzó sin dificultad.

Después, empezó a subir las escaleras que llevaban al dormitorio.

—Puedo andar —bromeó la joven, y contempló su pasión con asombrado placer.

—No se supone que el novio debe llevar en brazos a la novia?

—Es algo así -dijo Suzanne medio en serio, medio en broma, acariciándole la mejilla—. ¿Hay otras tradiciones que quieras repetir?

Sloane llegó arriba y, junto a la cama, la dejó suavemente en el suelo, sin dejar de abrazarla.

—Un par de ellas.

Con las manos libres, desabrochó los botones de su vestido que cayó a sus pies, con un sonido de seda crujiente.

Suzanne no llevaba sostén y tembló bajo la mirada apasionada que Sloane dedicó a sus senos desnudos. Sólo llevaba las braguitas y se quedó quieta, esperando, mientras Sloane alargaba la mano para alcanzar una rosa cercana.

Con delicadeza, le acarició la cara con la aterciopelada rosa y la llevó hasta su boca. El aroma exquisito llenó sus sentidos y Suzanne sintió que se le ponía la piel de gallina ante la caricia que continuó sobre sus senos.

Con cuidado y lentitud, dibujó la forma de su pecho y siguió por su vientre, acariciando la unión de los muslos, haciendo que su respiración se agitara y que su sangre saltara de excitación en sus venas.

Con un gesto ágil, Sloane se inclinó y destapó la cama. Siguió mirándolo con fascinación cuando separó los pétalos y comenzó a echarlos sobre las sábanas blancas. Luego, continuó con otra flor, hasta crear un lecho de pétalos rojos, cuyo aroma encendía los sentidos.

Suzanne pensó que sus huesos iban a derretirse y se quitó los zapatos sin perder su sonrisa asombrada y feliz.

Entonces, le desabrochó los botones de la camisa, uno por uno y, tras quitársela, se ocupó del cinturón y de los pantalones, que siguieron la misma suerte. Por fin se descalzó y quedó desnudo.

Sin una palabra, Suzanne eligió una rosa y empujando ligeramente a Sloane, le hizo tumbarse sobre la cama.

La risa ronca del hombre se acompañó de una mirada llena de excitación y curiosidad.

Copiando sus gestos previos como un espejo, Suzanne comenzó a acariciarle con la rosa, echándole pétalos sobre el pecho hasta que no quedó ninguno. Con una sonrisa de placer, tomó otra rosa y la llevó a los labios de Sloane.

El se dijo, con humor, que no iba a poder mirar una rosa de nuevo sin ser víctima de una reacción inmediata. La caricia de la rosa, tan sutil y sensual, unida al olor y a la visión del cuerpo de Suzanne sobre él, le llevó a una excitación que le resultaba difícil contener. De hecho, no pensaba contenerse más...

Suzanne vio cómo se oscurecían sus ojos y rió brevemente cuando Sloane la tomó por las caderas y la echó sobre él. La rosa cayó al suelo cuando él entró en ella, sin soltarla y dirigiendo sus movimientos con dulce violencia.

El sudor empezó a cubrirlos, unido al olor de sus cuerpos y de

las rosas mientras galopaban hacia un lugar lejano donde los sentidos explotaban en un calor tan intenso, que Suzanne creyó que iba a quemarse o a perder la cabeza.

Después, se dejó caer sobre su pecho, en un estado de agotamiento emocional. Sintió los dedos de Sloane sobre su piel, acariciando su espalda y su nuca.

Lentamente, recuperó el aliento y su corazón volvió a un ritmo más pausado. Quería seguir para siempre tan cerca de él como se sentía en ese momento. Sentir que su amor sería siempre tan intenso y tan emotivo.

Alzó la cabeza para mirarlo a los ojos y encontró un sentimiento similar al suyo, la sorpresa por su suerte, la emoción de tenerla tan cerca, en cuerpo y alma.

—Te amo —dijo Sloane con una sencillez que alcanzó su corazón—. No podría sobrevivir sin ti. Eres mi vida y más que eso. Mucho más.

Suzanne tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Lo mismo siento yo.

Le acarició los labios. Sloane tomó uno de sus dedos y se lo metió en la boca, haciendo que Suzanne se estremeciera. De nuevo, el calor la invadía, con grata facilidad, haciendo que sus pupilas se dilataran y su respiración se hiciera jadeante.

En un solo movimiento, Sloane la puso sobre el colchón y se colocó sobre ella. El aroma de los pétalos aplastados era intenso y de nuevo se unieron sus cuerpos mientras sus rostros se acercaban para un beso.

—Gracias -dijo Suzanne—. Por el día de hoy. Por las rosas. Por todo. Y especialmente por ti.

—El gusto es mío —murmuró Sloane contra sus labios, consciente de que el gusto era mutuo. Y de que siempre lo sería.